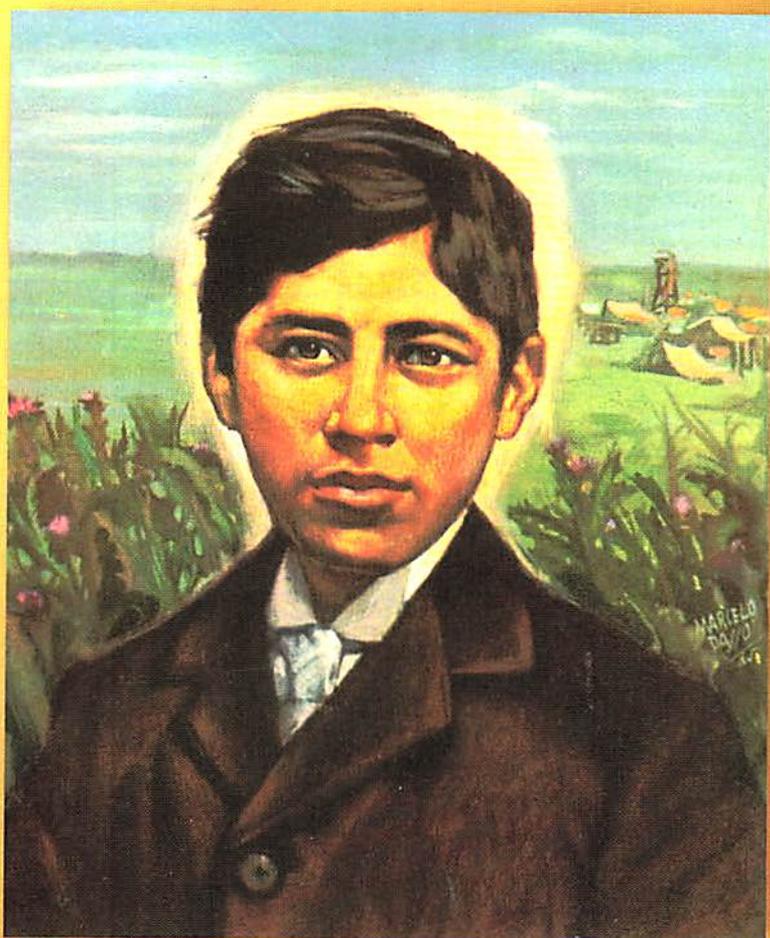


RICARDO
NOCETI



La sangre de la tierra

Para una nueva visión de
CEFERINO NAMUNCURÁ

EDICIONES DIDASCALIA





RICARDO NOCETI

*La sangre
de la tierra*

Para una nueva visión de
CEFERINO NAMUNCURÁ



Ediciones Didascalía
Rosario, 2000. República Argentina

Hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Impreso en la Argentina. Printed in Argentina.

© *Ediciones Didascalía*

Presidente Roca 150

(2000) Rosario (Santa Fe), Argentina, año 2000.

Teléfono y fax: (0341) 4480225

I.S.B.N. 950-787-048-2

Tapa: Pastel del pintor rosarino Marcelo Dasso.

Presentación

Después de las conocidas biografías de Ceferino Namuncurá escritas hace tiempo –y en la actualidad agotadas– por Luis J. Pedemonte (*Víctima de amor* y otras, de 1930 en adelante), Manuel Gálvez (*El santito de la toldería*, 1947), Luis Cástano (*Ceferino Namuncurá, el Lirio de las Pampas*, 1968) y Raúl A. Entraigas (*El Mancebo de la Tierra (Ceferino Namuncurá)*, 1974), y de varios otros trabajos posteriores que analizaron diversas facetas de “El Lirio de las Pampas”, aparece ahora este relevante trabajo de Ricardo Noceti, sacerdote salesiano de la Patagonia.

Si bien contiene los datos biográficos esenciales, no es este trabajo propiamente una biografía, sino un profundo estudio que constituye una “nueva visión” –como lo aclara el subtítulo– de la espiritualidad de Ceferino y de la cultura y religiosidad de los Mapuches.

Y nadie mejor que Noceti para intentar y lograr esta nueva visión del hijo del famoso cacique Manuel Namuncurá. Porque, además de ser un consciente estudioso de todo lo que concierne a Ceferino y a sus ancestros, Noceti es un infatigable apóstol entre las sufrientes comunidades mapuches de Río Negro y Neuquén, a las que apacienta y acompaña con inteligente comprensión y fraternal afecto. Además, ha sido durante varios años, párroco de Chimpay, cuna de Ceferino y meta de numerosas peregrinaciones.

Para comprender y valorar como corresponde esta obra es indispensable leer con mucha atención la *Introducción*. Allí el Autor se expresa en los criterios que tuvo en cuenta al redactar este libro y en los objetivos y metodología de su personal discurso, siempre digno, claro y sobrio.

Cada capítulo comienza con una página, tipográficamente distinta, en la que se enfoca el argumento a la luz de la Historia de la Salvación. Los textos en recuadro son citas bien seleccionadas que iluminan y favorecen la comprensión de cada capítulo.

Las ilustraciones (en su mayor parte fotografías) tienen, casi todas, un singular valor histórico y provienen de buenos archivos. Además de las ilustraciones de cada capítulo hay otras 12 páginas con más ilustraciones a todo color. Al respecto agradecemos su valiosa colaboración al P. José Vicente Martínez, responsable del Archivo Histórico de las Misiones Salesianas de la Patagonia de Bahía Blanca; al P. Emiliano Aparicio, responsable del Archivo Ceferiniano de la Procura de la Inspectoría de Bahía Blanca en Buenos Aires; al Hermano Marino Francioni, responsable del Archivo de la Inspectoría Salesiana de Buenos Aires; a la señora Blanca Civalero Harrison, presidenta de las "Obras Benéficas Ceferino Namuncurá", de Rosario; y a la Sra. Lourdes de Michelino, presidenta de la "Peña Ceferiniana" de Rosario.

Es un honor para Ediciones DIDASCALIA la publicación de esta obra. Seguramente serán muchos los que se beneficiarán con su lectura.

Néstor Alfredo Noriega

Rosario de Santa Fe, abril de 2000.

A manera de Prólogo

En estas pocas líneas quisiera pedir perdón, agradecer y dedicar:

Pedir perdón, especialmente a los hermanos mapuches porque muchas veces, como Iglesia, no hemos sabido “entenderlos”, entrar en su mundo, valorar su cultura. Perdón por la sangre derramada y por no habernos unido siempre a la justa reivindicación de sus derechos.

Dar gracias al “Padre de las misericordias” por la tarea abnegada, sacrificada y generosa de tantos misioneros y misioneras que se “jugaron” por el Reino de Jesús en las tierras patagónicas.

Agradecer también a quienes -sobre todo mapuches y hermanos salesianos- leyeron o escucharon leer estas páginas y nos brindaron sus aportes y sugerencias.

Finalmente, dedicar. Muchas veces, a lo largo de esta obra, hemos pensado en los “sufrientes” olvidados o condenados de la tierra. Son demasiados y todavía pasan desapercibidos. A ellos, va dedicado este libro.

Hemos trabajado no sólo con la cabeza, sino con el corazón. La figura de Ceferino Namuncurá nos ha cautivado desde siempre.

Por eso creemos que el esfuerzo valió la pena.

El Autor



Ceferino a los 17 años y 11 meses. Fotografía tomada en Buenos Aires por "Fotografía Milanesa" en julio de 1904, antes de su viaje a Italia.

Introducción

Lo primero que cabría preguntarnos -y respondernos- al acometer esta tarea es: ¿Por qué una nueva biografía de Ceferino Namuncurá? Se han escrito ya muchas (más de treinta, si no estamos errados) con diversos enfoques y para todos los gustos. Es cierto también que la gran mayoría de ellas están agotadas y que el tiempo, voraz alimaña que devora y desgasta todo cuanto existe bajo el sol, hace que muchas de ellas aparezcan envejecidas o superadas para la sensibilidad del hombre de nuestro tiempo.

La última biografía -del notable historiador salesiano Raúl Entraigas- data ya de 1974. Es una obra que demandó un minucioso trabajo de investigación y cuyo mayor mérito reside en el acopio documental y la seriedad con la que se han compulsado las diversas fuentes, para llegar a resultados (en la medida que esto es posible a la actividad humana) casi definitivos.

Sin embargo, hoy sabemos que no es suficiente la reconstrucción de los hechos para entender a fondo la vida de una persona o de una época. Y en el caso de nuestro protagonista hay muchos otros factores (el antropológico, el sociológico, el teológico, el "espiritual"), que no fueron tenidos en cuenta por el gran historiador rionegrino y que hoy se hace necesario otro enfoque.

Ya el P. Luis Klobertanz -en su interesante y polémico folleto de 1986- daba algunas pistas al respecto.

Entendemos que el Gran Jubileo del año 2000 nos convoca audazmente a volver a las fuentes y repasar con una mirada nueva los misterios de la fe y el mensaje de los testigos de la fe. Se hace indispensable releer o reinterpretar cuanto ellos hicieron, dije-

ron y vivieron, para que hoy podamos sentir que efectivamente están vivos, que todavía tienen algo valioso para decirnos.

Además, nuevas generaciones de cristianos que simpatizan o admiran la figura de Ceferino Namuncurá, siguen llegando al mundo. Ellos nos solicitan “algo más”, ellos quieren saber cuál es el misterio oculto en el corazón de este joven mapuche, cuál es la razón de su entrega heroica y sencilla al Evangelio.

Por todo esto nos hemos decidido a encarar esta aventura. Por si fuera poco, cuando se nos confió la responsabilidad pastoral de la Parroquia de Chimpay y nos sentimos asediados por la curiosidad y la demanda espiritual de los peregrinos, nos dimos cuenta que valía la pena ahondar en todo lo que pudiera ser el mensaje y la figura de Ceferino Namuncurá.

¿Cuáles son los **criterios** que nos han guiado en la redacción de esta obra?

a) Ante todo, *la profunda valoración de lo indígena.*

En los últimos tiempos se ha producido un notable acercamiento y redescubrimiento de los pueblos nativos, que nos ha hecho admirar los valores de los cuales ellos son portadores. Los estudios antropológicos (entre los que no puedo dejar de mencionar la producción estupenda de la Editorial Abya Yala, de Ecuador) y las orientaciones del Episcopado Latinoamericano, nos invitan no sólo a respetar, sino a promover y difundir muchos valores de las culturas aborígenes. En estos tiempos de anulación o destrucción de las diferencias, ellos nos muestran el camino para mantenerse fieles a la propia identidad, a no dejarse avasallar por la topadora de la globalización y a resistir la penetración de los modelos foráneos. El Documento de Puebla denunciaba ya que “a causa de influencias externas dominantes o de la imitación alienante de forma de vida y valores importados, las culturas tradicionales de nuestros países se han visto deformadas y agredidas minándose así nuestra identidad y nuestros valores propios” (pág. 53).

Además, los mismos indígenas, en nuestro caso los mapuches, expresan hoy de diversas maneras la necesidad de ser reconocidos y de constituir una sociedad multiétnica y pluricultural, don-

de todas las minorías puedan tener efectivamente su lugar en la sociedad, según la consigna de Juan Pablo II: "Si quieres la paz, respeta a las minorías". Ceferino Namuncurá fue un mapuche cristiano y nunca podríamos entrar en el misterio de su persona, si no conociéramos y valoráramos debidamente la cultura mapuche.

b) *La inserción en la Historia de la Salvación.*

Como cristianos, sabemos que el plan de Dios sigue adelante y que, solamente desde la perspectiva de la fe, podemos entender lo que aconteció y sigue aconteciendo en el mundo. También nosotros hoy somos no sólo destinatarios sino protagonistas de esta historia. Hemos tratado de leer las principales etapas de la vida de Ceferino en la clave de las principales etapas de la Historia de la Salvación, porque hemos pensado que este paralelismo podía ser válido y enriquecedor.

c) *Necesidad de un marco.*

Aunque es justo destacar que en la mayor parte de las biografías ya escritas, existió esta preocupación de manera explícita, también este aspecto necesita hoy ser actualizado. Hay necesidad de un marco teológico adecuado, desde el cual entender las vivencias de la fe que se dan en la vida de las personas. Hay un marco que dan las ciencias humanas y la filosofía, aplicadas al diagnóstico de una época y de una sociedad. Hay también un marco "espiritual" en el que se sitúa la asimilación y la integración de los valores evangélicos.

d) *Respuesta a la sensibilidad contemporánea.*

Esto es lo más difícil y sin duda estaremos en "déficit". En efecto, en este sentido tenemos que hacer frente a dos tendencias muy fuertes, en cierta forma contrapuestas. Por un lado, porque la actual sensibilidad post-moderna, hija de la cultura cosmopolita y mediática (light) en que nos movemos, no parece particularmente proclive a "entender" una propuesta fuerte y de concentrado vigor religioso. Por otro lado, como tendremos ocasión de verlo, la figura de Ceferino, signada por su tenaz fidelidad a lo cotidiano, carece también del impacto de lo "extraordinario" y lo "sensacio-

nal”, al que tienden a acostumbrarnos la propuesta mediática y las iglesias electrónicas.

e) La superación de lo anecdótico.

Sin lugar a dudas la gente, el pueblo fiel, desea hincar el diente en la carne jugosa de los hechos, de las cosas que pasaron, de la anécdota que hace al caso. Pero entendemos que todo está dicho en el caso de Ceferino Namuncurá en sus múltiples biografías. Entendámonos: no hemos querido ni podido renunciar totalmente al anecdótico, puesto que éste también hace a la trama de una historia. Pero hemos tratado de seleccionar y sintetizar lo que nos parecía más significativo. Y sobre todo, hemos tratado de ver los hechos como indicadores de actitudes o situaciones más decantadas y permanentes.

f) Transparencia y honestidad.

En efecto, hemos tratado de plantear esta “vida”, tratando de superar prejuicios y eludiendo los encasillamientos fáciles y los planteos acomodaticios.

Porque Ceferino, digámoslo con claridad desde el principio, es un personaje “incómodo”. Incómodo para los huincas, por todo lo que hicieron con su gente mapuche y por su incomprensión y dureza de corazón que aún hoy siguen demostrando. Incómodo para los mismos mapuches, algunos de los cuales no le pueden perdonar su apertura a la cultura huinca, ni pueden dejar de reconocer su estatura moral y su vocación de servicio hacia su gente. Incómodo también para la Iglesia a quien le costó reconocer los valores indígenas y a quien le sigue costando hoy inculturarse con su pueblo. Incómodo para los funcionarios y gobiernos que, muchas veces, persiguieron al indígena o no supieron (y no saben) reconocer sus derechos y escuchar sus legítimos reclamos.

g) El reto de la Iglesia latinoamericana en su opción por los pobres.

En efecto, el Documento de Puebla nos instaba a “reconocer los rasgos sufrientes de Cristo en los rostros de indígenas... que viviendo marginados y en situaciones inhumanas pueden ser consi-

derados los más pobres entre los pobres” (pág. 34). Sólo que en este caso hemos querido aprender de los pobres. Ceferino Namuncurá es precisamente uno de ellos y ha encarnado, como tendremos ocasión de verlo, valores irrenunciables para todo el pueblo cristiano. En este sentido, puede convertirse en un canal para que muchos puedan llegar a Jesús de Nazaret, el pobre de los pobres.

h) *El rescate de lo retórico y convencional.*

Con frecuencia la gente de Iglesia, es decir, nosotros, corremos el peligro de acuñar expresiones y fórmulas retóricas, “grandes palabras” que se han vaciado de contenidos para describir las virtudes o logros de nuestros biografiados.

Pareciera que, de esta manera, los colocamos ya en un nicho especial, en un pedestal de oro, al cual no tienen acceso el común de los mortales. Peor todavía cuando estas expresiones alcanzan una cierta cristalización y quedan fuera del contexto en que nacieron.

Además, estas formulaciones reflejan un cierto modo de pensar que puede responder más a la mentalidad de una época que a la verdad del Evangelio.

Es tan fuerte esta tendencia que no estamos seguros de haber alcanzado siempre nuestro objetivo, aunque ésa ha sido nuestra intención.

i) *Por último, hemos querido escuchar antes de escribir:*

No hemos querido hablar solos. En primer lugar, escuchar a quienes conocieron a Ceferino. Afortunadamente, el autor conoció a los padres Telmo Ortiz y Miguel de Salvo, quienes fueron compañeros de Ceferino, y al Padre Pedro Pasino, que conoció a su madre y dialogó con ella, como así también a varios de sus parientes más directos. Hemos escuchado también, a través de sus obras, a quienes ya escribieron sobre el joven mapuche. Hemos escuchado a la Iglesia que, sobre todo en la figura de los obispos patagónicos, que periódicamente peregrinan junto a su pueblo a Chimpay, nos instan a recoger el legado espiritual y militante del joven mapuche.

Pero, sobre todo, hemos querido escuchar a sus hermanos de

raza, a los mapuches de hoy, para dejarnos enseñar por ellos. Precisamente, a esto está dedicado el último capítulo que, creemos, puede constituir uno de los aportes más importantes y originales de esta obra.

En efecto, la auténtica vida de Ceferino vivo hoy la siguen escribiendo ellos, con su fe firme como la piedra, con su sufrimiento callado, con el empeño por la reivindicación de sus derechos, con su compromiso por mantener viva su cultura, con su amor por la patria grande latinoamericana y la patria chica de sus ancestros.

Hemos escuchado también a tantos peregrinos que testimonian que también hoy Ceferino sigue actuando e intercediendo por su pueblo. Si bien, aparentemente, no tienen cabida en este libro, están muy presentes porque ellos nos muestran también que Ceferino vive en el alma de su gente.

Éstos han sido nuestros propósitos y nuestras intenciones. ¿Habremos conseguido siempre nuestros objetivos? Sin duda que no. Por eso, queremos disculparnos desde el principio. En el fondo, la única pretensión válida para el cristiano (y aun ésta, qué difícil de alcanzar) es la de ser fieles al Evangelio de Jesús.

Ceferino Namuncurá lo vivió sin concesiones. Que su testimonio pueda servir para cuantos, en estos años oscuros, están buscando la luz.

CAPÍTULO 1

La tierra y la gente de Ceferino Namuncurá

“Y vio Dios que era bueno” (Gn. 1,12)

Esta es la palabra que resuena constantemente cuando Dios va creando el Universo. Todo lo que brota de sus manos es bueno. Dios ha creado las cosas bien, Él tiene un maravilloso plan de salvación para que el hombre pueda ser plenamente feliz, pueda llegar a la plena realización de sus aspiraciones y todavía más, a un plus de felicidad que el hombre ni siquiera sospecha y que viene de la prodigiosa bondad del Padre.

La creación es buena, la tierra es buena, el ser humano es bueno. En la aurora de la historia humana, al comienzo, todo era bueno.

Esto nos invita a valorar el plan de Dios sobre la vida de cada uno de los hombres y en la gran historia de la humanidad.

Y esto nos invita también a valorar la madre tierra, que es el planeta que habitamos, el suelo que pisamos, la fuente de la que dependemos para vivir; la casa de todos los hombres.

Y a preguntarnos: ¿qué hemos hecho de ella? De su suelo, de su agua, de su aire, de sus plantas y animales, de su cielo? Las etnias indígenas, incluso las que hoy siguen poblando América, cuestionan profundamente nuestra “civilización” (?) del consumo y de la contaminación y nos conminan a defender, respetar y amar la tierra, sin la cual es imposible la vida.

Además, esta historia que comienza con la Palabra de Dios que va creando las cosas y finalmente el ser humano, es un fuerte llamado al optimismo y a la esperanza. Ninguna iniciativa es posible, ninguna lucha tiene la menor posibilidad de

éxito, ningún esfuerzo o sacrificio tiene sentido, si no partimos de la certeza de que hay en el universo y en la humanidad un fondo, un fundamento de bondad y de valor:

Y este fundamento, en última instancia, es Dios, reconocido también por los mapuches como el supremo hacedor y fundamento de todo lo que existe.

Los mapuches ("gente de la tierra") representan hoy para nosotros este desafío y esta consigna: Dios quiso la tierra, Dios quiso al hombre. Vale la pena luchar por ellos.

* * * * *

La tierra de Ceferino Namuncurá es la Patagonia, vasta planicie surcada por anchos y caudalosos ríos, que descienden de las altas cordilleras para desembocar en el Atlántico. Tierra demasiado ancha y extensa para ser considerada como un todo indiferenciado. Tierra de fértiles hondonadas (como las del Río Negro) y desoladas y agrestes estepas, ricas en petróleo y minerales.

Tierra de altas cumbres nevadas, majestuosos bosques de coníferas, lagos cristalinos que miran al cielo, arrebatadoras cascadas y arroyos saltarines.

Tierra de costas marítimas de asombroso dibujo y variada conformación, donde se suceden altos acantilados y playas incomparables.

Tierra de contradicciones, maldita para algunos que en ella han perdido propiedades, familiares o jirones de la propia vida; venturosa para otros, ya que en ellas han podido labrar un porvenir que les parecía vedado.

"Y vio Dios que era bueno" (Gn. 1,12). Ciertamente lo es la tierra patagónica, cada vez más cultivada en los valles ribereños y cada vez más erosionada por el viento en las regiones de la meseta.

Tierra de tehuelches y mapuches: aventureros y piratas (como Cook y el autoproclamado rey francés Orelie Antoine de Tou-

nens); de pioneros e investigadores (como Darwin y Ameghino); de bandoleros y militares (como Bairoletto y Villegas, ante quien se rendiría Don Manuel Namuncurá en 1884), de misioneros y colonos (como Milanésio y colonizadores de diversos países que poblaron la región).

Esta tierra, cubierta por el mar durante varios siglos, poblada de gigantescos y milenarios bosques, de los que aún perduran restos fosilizados, y recorrida por temibles o inofensivos dinosaurios, cuyos restos aún hoy nos estremecen.

Esta tierra avistada ya por los españoles en su titánico viaje de 1520, cuando fueron abandonados a su suerte parte de la tribulación en Magallanes para castigar su rebeldía e insubordinación.

Esta tierra alternativamente abandonada y temida por el blanco, circunstancialmente ambicionada u olvidada.

Esta tierra a la que paulatinamente y en sucesivas oleadas fueron llegando colonizadores de otros países (italianos, españoles, galeses, sirios, alemanes, ingleses), como así también argentinos (y en las últimas décadas, sudamericanos), en busca de nuevos horizontes.

Esta tierra donde la evangelización tardaría en llegar (mucho más lentamente que en el norte), pero en la que el Evangelio de Jesús daría frutos espléndidos de santidad como la Beata Laura Vicuña, Don Artémides Zatti y el mismo Ceferino Namuncurá.

Esta tierra donde la prepotencia conquistadora del blanco condenó al indígena a la muerte o al desamparo.

Esta tierra que prometía la Ciudad de los Césares y muchas veces entregaba sólo el hambre y la miseria.

Esta tierra rica en promesas y expectativas y, a veces, avara en soluciones o resultados a corto plazo.

Esta tierra de interminables y fascinantes leyendas, regada de mitos y misterios, habitada muchas veces con recelo por el hombre, como si temiera una traición o una emboscada.

Esta tierra de manos pintadas en sus entrañas, que testimonian la vocación del hombre por embellecerla y amarla.

Esta tierra del frío y del viento, en la que muchos han dejado el pellejo o han terminado al borde de la locura.

La araucanización

Es claro que grupos de los llamados auca -no araucanos, sino grupo cordilleranos araucanizados- venían realizando expediciones esclavistas y participan del comercio de ganado, pero sin radicarse de este lado de la cordillera. La presencia efectiva de la cultura araucana debió comenzar por el aspecto material, por elementos traídos más por la moda que por la necesidad: tejidos, platería, alfarería. Inicialmente, esos objetos se obtendrían por canje; luego se imitaría su fabricación. La intensidad del contacto llevaría a la progresiva adopción de la lengua. Es importante señalar que la lengua mapuche es la que se usaba en los contactos con las autoridades españolas y con los misioneros, en los parlamentos y en el comercio. Esto debió darle prestigio y practicidad, hasta que entre mediados del siglo XVII y fines del XVIII se transformó en la lengua común de un área que abarca del Pacífico al Atlántico y desde Buenos Aires y Santiago de Chile hasta el Río Negro y la Isla de Chiloe. Posteriormente, y a través de la lengua común, se fueron extendiendo en uno y otro sentido elementos culturales más profundos, como relatos tradicionales, creencias religiosas y nombres propios. Recién a principios del siglo XIX podemos constatar la radicación de grupos originarios de la Araucanía en el Neuquén y en la pampa central. En este último caso procedían de Boroa, cerca de Temuco, aunque su cacique, Juan Calfucurá, era pehuenche. Esto no significó el traslado de todos los rasgos materiales de la cultura araucana a la pampa, sino, por el contrario, la adaptación de los recién llegados a la vida en la llanura: el toldo como vivienda, en muchos casos el quillango como vestido, la boleadora como arma, etcétera.

Ya en el siglo XVII, los misioneros jesuitas provenientes de Chile recogen datos sobre la araucanización: Rosales (1653) conoce caciques pehuenches con nombre mapuche y que hablan ambas lenguas, y Mascardi (1670) anota nombres mapuches de animales y plantas en la zona del Nahuel Huapi. El movimiento hacia el Este, transformado ahora si en

presencia física, caracterizará los siglos XVIII y XIX, con mayor intensidad desde la destrucción de las misiones en el Neuquén (1717) y en la Araucanía (1723). Los datos de viajeros, misioneros y hombres de la administración colonial van constatando la aparición de contingentes auca entre los que tratan o luchan con el español en la frontera de Cuyo (desde 1707) y de Buenos Aires (desde 1710). Para mediados de siglo son los misioneros y hacendados de la campaña bonaerense los que escuchan la “lengua de Chile” y ven ropa y adornos mapuches en lugar de los anteriores. El mapa del jesuita inglés Falkner, predecesor de las exploraciones españolas del norte de la Patagonia, nos muestra al Hueyque Leuvu (río de los Sauces), al Huaranca Leuvu (río Barranca), al Cum Leuvu (río Colorado), al Curru Leuvu (río Negro), etcétera, todos nombres en mapuche, y el mapa de Cano y Olmedilla, glosado en 1775, sitúa al sur de la provincia de Cuyo a los “pichunches y pehuenches mezclados con huilliches y moluches, todos descendientes de los auca”, y señala ya el “camino de pehuenches y picunches” que corre al norte del Colorado. La lengua tehuelche va desapareciendo, subsistiendo a principios del siglo XIX en la meseta rionegrina y chubutense y de allí hacia el sur –fundamentalmente desde la batalla de Languiñeo–, al noroeste del Chubut. Las migraciones se caracterizan por una creciente competencia por la tierra y sus recursos y por el poder; lucha no exenta de choques violentos y bien explotada por los blancos.

Entre los que perdieron su lengua originaria estuvieron los pehuenches cordilleranos, quizás entre fines del siglo XVII y principios del XVIII. Los pehuenches mantuvieron el control territorial –fundamentalmente el de los pasos cordilleranos– y su identidad frente a araucanos y tehuelches, lo que los llevó a convertirse en intermediarios comerciales y a menudo en importantes aliados de los españoles de Chile y Cuyo.

(El Gran Libro de la Patagonia)

Tierra deshabitada y aletargada en soledades que, simultáneamente provoca miedo y atracción, repulsión y deseo.

Tierras de cielos transparentes y noches estrelladas y de hondas cavernas que descienden al centro de la tierra.

Tierra de historia reciente y de antiguas oquedades milenarias, donde aún hoy se pueden encontrar parajes desolados y lugares vírgenes.

Esta tierra del desnudo y del coraje, del lejano sur y oeste, donde las caravanas fueron llegando con la única certeza de ir hacia lo desconocido.

Esta tierra donde las mujeres engendraron y parieron por muchos años con pavor y temblor, no sabiendo qué sería de sus hijos en el incierto mañana.

Esta tierra de la sabiduría indígena, tallada en la roca y en la piedra, inclinada bajo la mano poderosa de los vendavales y erguida ante las imponentes cordilleras.

Esta tierra que va descendiendo lenta y escalonadamente hacia el océano, hasta sumergirse en él, entregándose mansamente al ímpetu azul de sus aguas.

Esta tierra, entrañablemente misteriosa y bravía, ofrecida al vigor y a la inteligencia del hombre, para que éste la trabajara y le siguiera arrancando sus secretos o descubriendo y admirando su inagotable hermosura.

Esta tierra compartida con nuestros hermanos chilenos y con ellos durante demasiado tiempo disputada y litigada, hasta el reciente amanecer de la concordia.

Esta tierra deshecha en islas y archipiélagos hacia el sur, donde la vida es ardua, pero que se atreve a trepar sobre la piedra, a horadar el témpano, a hundirse en la greda inhóspita, para defenderse y arraigarse hasta volver a crecer.

Esta tierra violenta, carcomida por guerras tribales, humillada por la "conquista del desierto", sacudida por crímenes impunes, asediada por matones y aventureros.

Esta tierra que, de todos modos, excita la fantasía cautiva del corazón, fascina los espíritus y, finalmente, termina atrapando a los hombres que le declaran fidelidad a muerte, que nunca quisieran

abandonarla porque en ella se brinda cotidianamente con el peligro y la amenaza, y porque de ella brota el calor de la madraza.

Esta tierra donde aún casi todo está por hacerse y donde casi todo parece siempre mucho más difícil.

Esta tierra que, en su historia reciente sigue siendo objeto de polémicas y utopías, de gestas conmovedoras y hechos aberrantes: la capital al sur, la escalada Benetton en las estancias y el ganado lanar, la llegada de ricos y famosos a suntuosas residencias en lugares paradisíacos, el basurero nuclear de Gastre, el surgimiento de nuevos profetas como Monseñor de Nevares, la guerra de las Malvinas, la reserva ecológica, el caso del soldado Carrasco o el triple crimen de Cipoletti con sus múltiples ramificaciones.

La Patagonia sigue siendo, también hoy, ámbito de contradicciones, donde la luz combate con las tinieblas y el corazón de los hombres no sabe muchas veces qué partido tomar.

Esta tierra necesita de hombres enteros, capaces de luchar y de sufrir, de construir y soñar, de resistir y avanzar, de poner el hombro y juntarse con otros para realizar.

Esta tierra, tu tierra y mi tierra. La tierra de Ceferino Namuncurá.

La gente de la tierra

Como ya hemos tenido ocasión de aludir, esta tierra estuvo poblada no solamente por variados saurios -y otros animales más recientes- cuyos vestigios siguen sorprendiendo y admirando a los científicos y turistas, sino también por etnias aborígenes como los onas, alacalufes y yamanes (llamados por algunos tehuelches meridionales), del extremo sur y los tehuelches y mapuches.

En las últimas décadas se ha producido un replanteo radical sobre el significado de estas culturas y el aporte que han dado a la construcción de la patria grande latinoamericana. Ya no son considerados según el fácil e injusto clisé de "bárbaros e incivilizados", porque no responden a los paradigmas de la cultura blanca. Los estudios antropológicos más recientes rescatan aportes y

valores de estas culturas, absolutamente necesarios en la coyuntura actual. El cuidado y el uso adecuado de la tierra, el respeto de los ciclos naturales en la agricultura y otras actividades humanas, el sentido de la hospitalidad y de la familia, el sentimiento religioso que se dirige a todos los ámbitos de la vida, el respeto y la valorización de la sabiduría de los ancianos, son valores fuertemente arraigados en las culturas aborígenes, que cobran nueva actualidad ante la pérdida de sentido y el vacío en que ha caído la sociedad actual.

El mismo documento de Santo Domingo reconoce y rescata el aporte que las etnias de América están llamadas a dar: "Los pueblos indígenas de hoy cultivan valores humanos de gran significación y en la palabra de Juan Pablo II tienen la persuasión de que el mal se identifica con la muerte y el bien con la vida. Estos valores y convicciones son fruto de las "Semillas del Verbo" que estaban ya presentes y obraban en sus antepasados para que fueran descubriendo la presencia del creador en todas sus criaturas: el sol, la luna, la madre tierra, etc." (S.D.44).

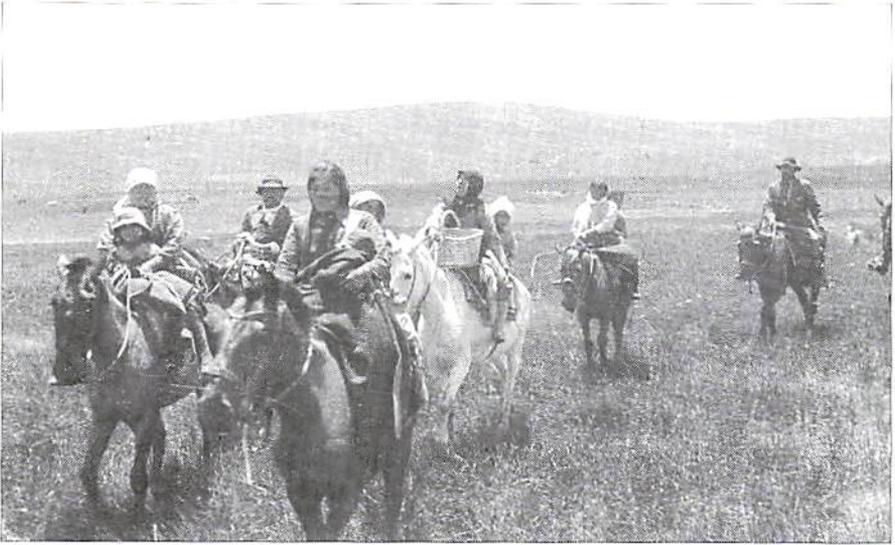
Y en otro lugar se habla de los "pueblos indígenas, habitantes originarios de estas tierras, poseedoras de innumerables riquezas culturales, están en la base de nuestra cultura actual" (S.D. 38).

Hablar, entonces, de las gentes de esta tierra es hablar de Ceferino Namuncurá, porque este fue el suelo que nutrió sus raíces y en el que se fue fraguando, desde su primera infancia, su fuerte personalidad.

Los tehuelches

Se trata de una etnia patagónica fuertemente arraigada en la zona, a quienes Magallanes y los suyos llamaron "patagones", por la impresión que causaban sus pies envueltos en pieles para protegerse del frío. Los tehuelches se autodesignan "chon", es decir hombres.

Se pueden distinguir los grupos más meridionales, adaptados a la rigidez del clima en el extremo sur y de hábitos marítimos, y los tehuelches del norte, más arraigados a los usos y costumbres



Aborígenes mapuches del Cacique Painefilú, en el Malleo, lugar en donde Ceferino pasó un mes de vacaciones en 1905. Fotografía del 25 de diciembre de 1925. (Archivo Histórico de las Misiones Salesianas de la Patagonia, de Bahía Blanca)



Familia de aborígenes mapuches que vivían en las orillas del lago Huechu-Lafquen. (Archivo Histórico de las Misiones Salesianas de la Patagonia, de Bahía Blanca).

mediterráneos, que fueron asimilando más rápidamente las costumbres del blanco, entre otras, el uso del caballo.

Fueron pueblos cazadores, que progresivamente incorporaron también la pesca y la recolección de raíces, semillas y mariscos. De todos modos, la base de su alimentación era la caza del guanaco y el ñandú.

Sus armas eran rudimentarias: arco y flecha corta con caña, punta de piedra y hueso, boleadoras y cuchillos de concha o piedra (raspadores).

Su organización social estaba fundamentalmente basada en la familia o en grupos de familias o clanes. Dedicaban bastante tiempo a la familia y al trato con los hijos y los aprendían desde pequeños para que aprendieran a montar y los ejercitaban en el uso de las armas. A los veinte años, los jóvenes se incorporaban como guerreros.

Respecto de las mujeres, cuando las chicas ingresaban en la pubertad, se celebraba para ellas una virtual fiesta de iniciación, después de la cual podían ser pedidas en matrimonio.

Los tehuelches eran, por lo general, mansos, más bien reflexivos y pacíficos, con un gran sentido de hospitalidad y camaradería. Tuvieron buenas relaciones con españoles y criollos. En el siglo XIX favorecieron de alguna manera el dominio argentino en la Patagonia. Creían en *Kóol* como creador y Señor del Universo, que había criado también a los hombres. Entre el mundo de los dioses y el de los hombres se admitía la existencia de figuras "intermediarias" que tenían como misión completar el universo, terminar de ordenarlo y enseñar a vivir a los humanos. Profesaban también el culto a los muertos.

Los mapuches

Aunque su origen sigue siendo discutido, los araucanos o mapuches parecen tener algunos contactos con la Patagonia Argentina ya en los siglos XVI y XVII. Sin embargo, recién comenzarán a radicarse en forma más o menos estable en el siglo XIX.

Se organizaban en grupos de familias (por lo general no más

de sesenta), bajo un cacique o lonas, en un territorio bien delimitado, el *rebue* o *Lov*. En esta forma de agrupación el grupo básico familiar es extenso; incluye al padre de familia, sus hijos varones con sus propias familias (en caso de estar casados) y todas sus hijas solteras.

El jefe de familia o *Clan* es el representante y patrón de la familia, en función sobre todo, de su elocuencia (el arte de hablar era muy valorado por los araucanos) y de su riqueza (que se cuenta por la cantidad y calidad de vestimenta y joyas, y generalmente por el número de esposas).

Los araucanos tenían dos grandes asambleas o formas colegiadas de gobierno, cuya convocatoria era muy esporádica.

El *Añul Mapu Travún* (junta de paz de la tierra) que se reunían anualmente con fines sociales para confraternizar, establecer o afianzar alianzas, favorecer nuevos matrimonios entre miembros de distintas clases e intercambiar productos.

El *Aucatravun*, era una asamblea de carácter bélico, mediante la cual se convocaba a los Jefes de *Clan* para organizar la defensa colectiva, cuando había alguna amenaza o peligro de agresión externa o para comentar ataques entre otras etnias u hombres blancos. En estas reuniones, además de planear las correspondientes estrategias de la futura contienda, se elegía al Jefe que debía llevar adelante las acciones.

La subsistencia económica de los araucanos se organiza principalmente en torno a la casa, en donde obtienen carne, cueros, pieles y plumas; pero es importante también, por parte de las mujeres y niños, la colección de frutos silvestres, huevos de ñandú, manzanas o piñones; la construcción de toldos; el labrado de objetos de plata; los tejidos; la confección de utensilios en hueso o piedra, etc.

A partir del siglo XVII y también en el XVIII surge la captura y comercialización de ganado mayor y el uso del caballo.

En la cúspide de la religión mapuche se encuentra *Nguenechén*, *Vilpejilve*, omnipotente y todopoderoso, creador de todo cuanto existe.

Bajo el gobierno de *Nguenechen* se encontraban los *Nguene-*

cbenú, potestades de las aguas celestiales, encargados de provocar las lluvias y otros dioses o entidades mitológicas que le estaban subordinados.

Entre los espíritus maléficos se destaca sobre todo el *Huecuvú*, llamado también *Hualichú*, causante de diversos males que asediaban al hombre.

También era muy sentido el culto de los antepasados o *pillán*. Aunque no tenían sacerdotes, en un lugar de primera importancia estaba la *machi* (por lo general, mujer) que hacía oraciones o cantos a los dioses, tenía recursos especiales contra el *Huecuvú*, podía curar a los enfermos y ejercía el arte de adivinar (todo dirigido por el cacique).

El *Nguenpin* es quien convoca al *Nguillatún* y en diversos momentos interviene con encendido fervor.

El *Nguillatún* era precisamente la oración o rogativa comunitaria más importante del mapuche. En ella se resume todo el misterio de la fe mapuche. Aunque el *Nguillatún* varía mucho de un lugar a otro hemos tratado de recoger aquí sus aspectos más generales.

Se realiza cada año o año y medio, según el acuerdo del cacique o los caciques participantes. Dura tres días y se realiza por lo general en un terreno llano, donde se arma el *rebue* (altar). Allí se colocan los barriles con chicha y las vasijas o damajuanas con *mu-dai*. Tienen tres instrumentos musicales que se utilizan en la ceremonia: el *cultrún*, la *pifilca* y la *trutruca*.

Después de las oraciones introductorias, hechas primero por los hombres y luego por las mujeres, se oye también el *tayül* acompañado de *cultrún* y *trutruca*s. Luego los jinetes hacen el *Auín* (vuelta en círculo, una con bandera azul y otra con amarilla) y otros dos hombres llevando un cordero cada uno.

Luego prosiguen el rezo y los jóvenes extraen el corazón a cada cordero que será colocado ante las ramas del *rebue*, luego se hará alternativamente el *auín* y el *purrrún* (baile).

Durante el baile los *Nguenpin* animan a la concurrencia.

El baile varía pero siempre se repiten los ritmos. Puede ser el *loncomeo* (imitando al avestruz) o el *rinquil purrrun* (baile saltado).



Visitantes del Colegio Salesiano Pro IX en 1924. El anciano del centro es el cacique Catriel, y el marcado con una cruz, el hijo del cacique Manuel Namuncura y hermano de Ceterino. En pie, a la derecha, los padres Esteban Pagliere y Jorge Serie (Publicada por la revista *Albores*, Buenos Aires, junio de 1924, num. 1, pag. 11)



Toldos de aborígenes Tehuelches de la Patagonia Austral (Foto F. Bruno. En "Los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora en la Argentina", de CAYETANO BRUNO, Volumen I, Buenos Aires, 1966, pag. 78)

Cada tanto se rociará el suelo con *mudai*.

El *Nguillatun* es la gran oración mapuche de acción de gracias por los dones de la tierra y al mismo tiempo se pide la fecundidad y el bienestar para todos. Sobre todo que haya pasto y hacienda para poder comer.

Transcribiremos la oración de uno de los *Nguillatunes* ubicados al sur de Neuquén.

“Este día arrodillados en la tierra, Dios deme buena cosecha, deme fuerza, mucha cosecha deme, buen pasto deme, buena hacienda deme, buen pensamiento deme, deme vida con toda mi familia, deme un buen trabajo, muchos años y larga vida deme”.

Hemos querido desarrollar un poco más extensamente este aspecto porque ésta fue la realidad que en sus primeros años vivió Ceferino Namuncurá.

CAPÍTULO 2

La llegada del Evangelio

“Dijo Dios” (Gn. 1,3)

En la historia de la Salvación Yavé (y luego Jesús) se presenta como un Dios que habla. Él es el que por su palabra crea las cosas y saca el universo de la nada, pero Él es sobre todo quien dialoga con el hombre para liberarlo de sus esclavitudes y conducirlo a la “libertad de los hijos de Dios”.

Es la palabra liberadora de Yavé la que llama a Abraham y la que pone en marcha al pueblo hacia la tierra prometida.

Y hay otra constante en este diálogo de Dios con su pueblo, en esta Alianza que su Amor quiso realizar con el hombre: son siempre los pequeños, los pobres, los sencillos quienes responden. Ellos son quienes, por estar al abrigo de la suficiencia y de los aparentes “éxitos humanos”, se abren a la palabra que salva y que redime.

Por eso Jesús pudo decir: “En aquel momento Jesús se estremeció de gozo, movido por el Espíritu Santo, y dijo: ‘Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido’” (Lc 10,21).

Esta palabra también se cumple en la historia de Ceferino y del pueblo mapuche: La Palabra de Dios, con toda su potencia liberadora, irrumpe en el corazón del hombre para llevarlo a la plenitud de la Verdad. Por eso, la sabiduría del pueblo mapuche no se cerró sobre sí misma, sino que se abrió de par en par a los secretos del Reino.

No es nuestro objetivo hacer una historia detallada de la evangelización de la Patagonia, en la que participaron varias congregaciones religiosas, además de representantes del clero diocesano. Sólo queremos dar unos pantallazos que nos ayuden a situar y comprender mejor, tanto la situación religiosa de los principales momentos históricos, como las dificultades que debieron afrontar los misioneros y evangelizadores que fueron llegando a la Patagonia. En esta gran obra evangelizadora hubo sus luces y sus sombras, como en el resto del continente. Por eso, podemos hacer nuestro el juicio de Puebla cuando opina: "Si es cierto que la Iglesia en su labor evangelizadora tuvo que soportar el peso de desfallecimientos, alianzas con los poderes terrenos, incompleta visión pastoral y la fuerza destructora del pecado, también se debe reconocer que la Evangelización, que constituye a América Latina en el "continente de la esperanza", ha sido mucho más poderosa que las sombras que dentro del contexto histórico vivido lamentablemente le acompañaron" (Puebla 10).

Una de las constantes que se dio a lo largo de esta historia fue la incompreensión y falta de valoración que hubo por parte de las autoridades nacionales, que dificultó durante varios años la integración pacífica y ordenada de estas tierras al país.

Magallanes avista y luego se adentra en la Bahía San Julián el 23 de marzo de 1520. El 1º de abril (Domingo de Ramos) desembarcan y asisten a la misa oficiada (primera misa celebrada en la Argentina) por el Capellán de la nave Trinidad, el P. Pedro Balderrama.

Durante seis meses deambularon entre San Julián y Santa Cruz. Dos sacerdotes iban en la expedición; además del ya citado, el P. Bernardo Calmette (francés). Este último, castigado en San Julián por alentar la sublevación de Juan de Cartagena, quedó abandonado en el mismo punto el 24 de agosto, en compañía del Capitán Gaspar de Quesada, con sendas talegas de bizcocho y de vino.

También con la flota piloteada por Juan Sebastián el Cano vinieron tres capellanes. Uno de ellos, Juan de Areizaga, se quedó varios días, tomó parte en varias aventuras y participó en el des-



Expedición de Magallanes. La primera misa en la costa patagónica (puerto de San Julián), el 1° de abril de 1520. (Oleo de Jose Bouchet. Museo Histórico Nacional).

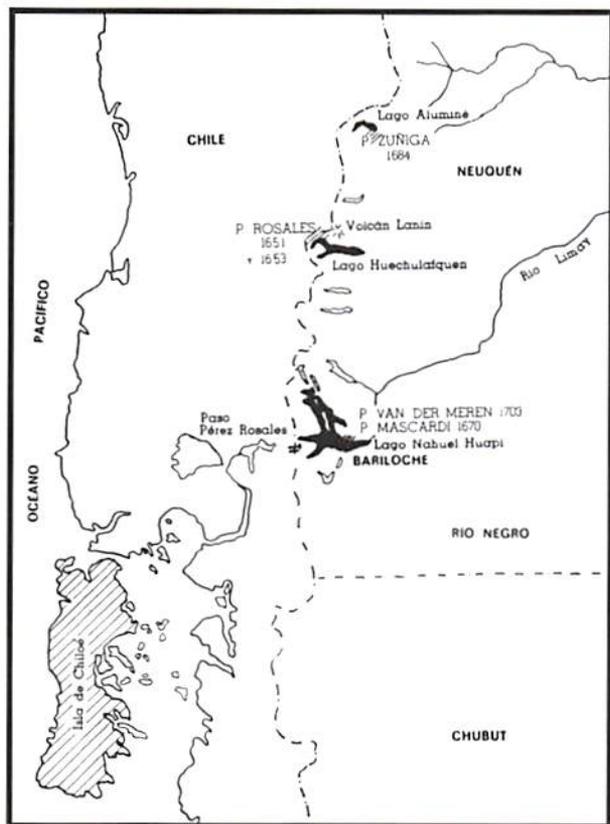
cubrimiento del Río San Alifonso (luego llamado Gallegos) el 23 de enero de 1526.

Posteriormente hubo otras expediciones con capellanes y otros contactos misioneros, pero mencionaremos sólo la expedición de Juan de Aldazaba, que habiendo llegado a la Patagonia mandó hacer una iglesia el 9 de marzo de 1535, en la actual Bahía Hornos, cerca de Camarones. En esta iglesia de lonas y velas (probablemente la primera del país), se rezó misa y se celebraron funciones litúrgicas durante varios meses.

Luego durante varios años, sobreviene una especie de intervalo y silencio y merman mucho las expediciones por los mares australes hasta que Pedro Sarmiento de Gamboa, establecía la primera población, a la que luego seguiría otra, jurídicamente implantada, y que se llamó ciudad del nombre de Jesús. Estaba situada muy cerca del cabo Vírgenes.

Allí se comenzó a construir la iglesia dedicada a Nuestra Señora de la Candelaria. En esa expedición venían dos frailes franciscanos, uno de los cuales se quedó tres años con los sufridos habitantes, que finalmente, terminaron casi todos muriendo de inanición.

Hubo una frustrada tentativa de alcanzar por tierra la zona de



Misiones jesuíticas en la región de los grandes lagos junto a la Cordillera: las dos del padre Rosales, de 1651 y de 1653, respectivamente, junto al volcán Lanín y al lago Huechulafquen; la del padre Mascardi, de 1670, junto al Nahuel Huapi; la del padre Zúñiga, en 1684, junto al Alumine; y la del padre van der Meer (de la Laguna), en 1703, junto al Nahuel Huapi. Abajo, a la izquierda, la isla de Chiloé, punto de partida de los misioneros; y más arriba, el paso Pérez Rosales, por donde atravesaban la Cordillera.

(Diseño de J. I. López para "Historia de la Iglesia en la Argentina", de CAYETANO BRUNO, Volumen 3º, Buenos Aires, 1968, pág. 511).

la cordillera por parte de don Jerónimo Luis de Cabrera. A fines de 1620 partió rumbo a Mendoza con una considerable expedición de carretas, cuatrocientos hombres de a caballo y seis mil cabezas de ganado. Al llegar aproximadamente a la altura del Moquehue, fueron atacados por los indios pehuenches que incendiaron las carretas de las provisiones y los obligaron a retroceder.

Aunque desde Chile ya había habido varias incursiones militares que causaron mucho malestar entre los indígenas que poblaban la zona de los grandes lagos, la primera gira evangelizadora de importancia la realiza el jesuita Diego de Rosales, quien cruzó casi solo la cordillera, se granjeó buena relación con los caciques Malopara y Catinquel, predicó y catequizó en sus tribus. Estos ca-

ciques le confiaron incluso una misión de paz con sus vecinos Pehuenches. Ese mismo año 1651 volvió a Chile muy satisfecho de lo realizado. En 1653 Rosales vuelve a su zona de misión y puede continuar su tarea sin inconvenientes y disfrutando de la benevolencia de los indígenas.

El P. Nicolás Mascardi, prosiguió la feliz evangelización iniciada por su antecesor y, acompañado solo por indios Puelches, realizó cuatro expediciones al interior patagónico, viniendo desde el país trasandino: en 1670 hasta San Martín; en 1671 hasta las cercanías del Lago Muster, en 1672 hasta las inmediaciones del Cabo Vírgenes; finalmente, en 1674, cuando se dirigía nuevamente al estrecho de Magallanes, un grupo de huiliches lo atacó y lo mató.

A comienzos de 1700 otro jesuita, el P. Van der Meer, a quien los indígenas llamaban Laguna, misionó en los alrededores del Nahuel Huapi, pero fue envenenado en 1707. Y otro tanto ocurrió en 1716 con el P. Juan José Gulielmi. Al año siguiente, lo sucedió el P. Elguea, que también murió en un incendio provocado en la Misión.

Y a mediados del siglo XVIII, tres destacados jesuitas exploraron y misionaron La Pampa y la Patagonia: José Gardiel, Matías Strobel y Tomás Falkner. Este último era médico y destacado hombre de ciencia. Es el autor de la célebre obra "Descripción de la Patagonia".

Mientras tanto, de Buenos Aires al sur, por vía terrestre, era difícil intentar alguna salida, por la presión de las tribus que asediaban las llanuras pampeanas.

Por vía marítima, otros contactos esporádicos tuvieron los misioneros navegantes con las poblaciones portuarias de la Patagonia (el más notable, el caso del Párroco de Saint Maló, Noël Jouin, que en 1698, evangelizó a los indígenas del estrecho durante siete meses).

Y a la isla de Tierra del Fuego fueron llegando también varios misioneros protestantes, algunos de los cuales cumplieron importantes tareas de evangelización.

Un hecho decisivo para la historia patagónica se produce cuando Francisco de Viedma, el 7 de enero de 1778, funda el Puerto del Carmen, que se convertirá en el Fuerte de Río Negro

Nicolás Mascardi

Según las crónicas, Mascardi nació en setiembre de 1625. Hacia 1670 aparece en la historia de las misiones jesuíticas de Nahuel Huapi el ya eminente padre Mascardi, que se había embarcado en Sevilla y que, a su pedido, había sido enviado cerca del río Maule, en Chile. Al llegar al Nahuel Huapi tenía cuarenta y cinco años. Poseía facilidad para aprender idiomas y una elocuencia que le permitía comunicarse con desenvoltura con los indígenas, a quienes les hablaba en su propia lengua o dialecto.

Destinado en Chiloé, durante los años 1667 y 1668 realizó diversas tareas misioneras, y planeó una expedición hacia la zona oriental de la cordillera de los Andes, con el argumento de que era necesario ampliar su ministerio hacia los indígenas de esas latitudes. El padre Mascardi tenía el ambicioso proyecto de encontrar la mítica “Ciudad de los Césares”, que –se suponía– estaba al este de la cordillera de los Andes. Le preocupaba, además, la situación espiritual de unos náufragos extraviados cerca del estrecho de Magallanes, supuestamente fundadores de una ciudad en el centro de la montaña.

Había aprendido las lenguas poya, araucana y puelche. Logró conquistar la amistad de los poyas (que moraban cerca del lago Nahuel Huapi) e instruirlos en la religión católica hablándoles de mansedumbre y paz. Más tarde convenció a su superior eclesiástico para fundar una misión en el lago; en consecuencia, partió con una escolta de soldados, algunos aborígenes y una india muy especial a la que llamaban “la Reina” (de gran ascendiente entre los nativos), cuyo nombre autóctono era Huanguelén (Estrella).

Al final del año 1670 llegaron a orillas del lago, y Mascardi empezó a buscar un lugar adecuado para levantar una capilla. Al sur del Nahuel Huapi habitaban los huilliches, muy diferentes de los poyas en el aspecto físico y las costumbres: se distinguían por su rebeldía y poca predisposición a las actitudes amistosas. Como buen misionero, Mascardi decidió entonces instalarse entre estos últimos para ganar mayores méri-

tos. Además, desde allí podía visitar las tierras de los poyas, que estaban cerca del nacimiento del Linc Leuvú (actual río Limay).

Se estableció en proximidades del lugar conocido hoy como Puerto Venado, en la parte más ancha de la península Huemul. Para levantar tanto la capilla como su vivienda utilizó madera de coihue (árbol nativo del bosque cordillerano), y coirón (especie gramínea), para su techo. Desde allí emprendió diversas expediciones hacia el Sur, incluidos sus cuatro viajes en dirección al estrecho de Magallanes. En la última de sus excursiones, acompañado por el cacique amigo Manquehuanai, cuando ya había llegado al paralelo 47°, al norte de la provincia de Santa Cruz, fue muerto durante el encuentro con un grupo hostil de huilliches, en setiembre de 1673.



Foto histórica. Junio 1875. El primer grupo de Misioneros Salesianos enviados por Don Bosco a la Patagonia, la tierra de sus sueños, presididos por Cagliero. Sentados, de izquierda a derecha: Juan Cagliero, San Juan Bosco, el Consul argentino en Savona (Italia) Sr. Gazzolo, y José Egnano.

o Carmen de Patagones, que fue durante varios años la “atalaya” o ciudad de avanzada sobre la Patagonia. El mismo navegante, fundó (o refundó) Puerto Deseado y erigió una Capilla, aunque posteriormente la población fue abandonada.

En efecto, tanto para las autoridades del Virreinato, como luego de 1810, para las de Buenos Aires, la Patagonia constituía una tierra hostil, estéril, costosa y sin utilidad para el hombre.

La ciudad del Carmen, a pesar de las dificultades, y su vecina Mercedes, se mantuvo estable e incluso en lento crecimiento y tuvo ininterrumpidamente servicios religiosos a través, primero de los franciscanos, luego de los mercedarios y lazaristas, aunque la Parroquia recién se erigirá canónicamente en 1807.

La vía terrestre hacia el sur fue intentada nuevamente desde la perspectiva militar por Juan Manuel de Rosas en 1832. Rosas consiguió además realizar varios acuerdos de paz con las tribus de la Pampa.

Mientras tanto, en Turín, un visionario sacerdote italiano, soñaba ya desde 1848 con la Patagonia. Era Juan Bosco, que se sintió llamado por Dios a enviar misioneros de su recién nacida Congregación a las tierras australes.

Para Don Bosco, la Patagonia se convertirá en una verdadera obsesión. En 1877, uno de sus colaboradores más inmediatos decía: “Hace quince días no hace más que hablar de las misiones de la Patagonia”. En efecto, después de vacilar mucho, de asesorarse convenientemente y de estudiar a fondo la cuestión, Don Bosco llega a identificar claramente la tierra de sus sueños como la región más austral del continente americano, situada al sur del Río Colorado.

Por esos tiempos, el 11 de marzo de 1840, Domingo Faustino Sarmiento, luego presidente argentino, afirmaba: “Para Buenos Aires es cosa inútil (el extremo sur). ¿Qué haría el gobierno de Buenos Aires con el estrecho de Magallanes, país frígido, remoto, inhospedable? Si Chile lo abandonara, ¿lo ocuparía acaso Buenos Aires? ¿Y para qué?”.¹

Y el diputado argentino Valentín Alsina, el 13 de agosto de

1. Citado por Belza. Apuntes para una historia de la conquista espiritual de la Patagonia, pag. 41.

1867, después de afirmar que más al sur “no hay nada vendible, nada utilizable, ni contratable... nada que sirva...”. Agrega: “No ha sabido nadie desde el año 10, que haya ocupado ni aún la costa del mar que es lo mejor... Todo está abandonado, no por respetar el derecho de nadie, sino porque no les conviene. Puede ser que haya quien solicite ocupar tal o cual punto de la costa, pero no el interior de las tierras. Esas ni de aquí a ochenta años. Ojalá los descendientes de nuestros nietos vean poblados estos campos”.²

Sorprende la falta de visión de nuestros políticos, pero recordemos que Buenos Aires miraba hacia Europa y daba la espalda hacia el interior del país, consolidando poco a poco un modelo de país dependiente.

Del lado chileno, podemos recordar que en 1880, el destacado escritor Benjamín Vicuña Mackenna, publica su obra *La Patagonia*, en la que se queja que se dispute con “la hermana Argentina por... tierras estériles, páramos inútiles, infierno del orbe creado”.³

En cambio, para Don Bosco, la Patagonia, precisamente por el abandono en que yacía, era el lugar privilegiado para sus misiones. En 1848 había exclamado, rodeado de muchos de sus niños y jóvenes del Oratorio de Valdocco: “Oh, si pudiera disponer de muchos sacerdotes y clérigos, yo los enviaría a evangelizar la Patagonia y la Tierra del Fuego: porque esos pueblos fueron hasta hoy los más abandonados”.

Finalmente, después de muchas y laboriosas tratativas con el gobierno y el Arzobispo de Buenos Aires, monseñor Ancieiros, Don Bosco puede enviar sus primeros misioneros que desembarcan en el puerto porteño el 14 de diciembre de 1875. Al comienzo se instalan en San Nicolás y en la iglesia Mater Misericordiae, de Buenos Aires. Dos años después, ya tienen cinco residencias en Argentina y dos en Uruguay.

Pero no pudieron marchar inmediatamente a la tierra soñada por problemas de política estatal y eclesiástica. Mientras tanto, Don Bosco insistía en la urgencia de radicar las Misiones, sorteando cualquier obstáculo que se pusiera delante.

Escribiendo al P. Santiago Costamagna, que le pedía todavía

2. *Ibidem*, pag. 41 y 42.

3. *Ibidem*, pag. 41.



Padre Juan Cagliero retrato juvenil del que luego sería "El Apóstol de la Patagonia". (Archivo de las Misiones Salesianas, Bahía Blanca).



Padre Jose M. Beauvoir, con traje de capellan militar Extraordinario misionero. Fue secretario de Monsenor Cagliero y su compañero en trabajosas correrías apostolicas. (Archivo de las Misiones Salesianas, Bahía Blanca).

un poco de paciencia, Don Bosco escribía: "Ni tú ni Bodratto me comprendéis, debemos ir a la Patagonia, lo quiere el Papa, lo quiere Dios".

Ahora bien uno de los obstáculos para llegar al sur era que la llave de la Patagonia, era Carmen de Patagones y esta parroquia había sido encargada a los lazaristas juntamente con las misiones de la Patagonia.

Y ya antes de que éstos manifestaran su desecho de dejar la Patagonia, se habían hecho algunas tentativas frustradas para poder llegar.

Hasta que, con ocasión de la expedición al desierto, Monseñor Federico Anciros, acuerda con el Ministro de Guerra que tres capellanes acompañarían la columna principal de las tropas que parten (entre ellos el P. Santiago Costamagna y el Clérigo Botta).

Éstas irían de Buenos Aires a Carhué y, desde allí, a Choel Choel.

Esta desafortunada e inoportuna connivencia entre la cruz y la espada (que hoy lamentamos porque ambas tenían fines muy

distintos) no fue obstáculo, sin embargo, para que muchos misioneros cumplieran abnegadamente su labor, defendiendo al indígena, incluso frente a las autoridades militares o a los poderes constituidos.

Entre otras muestras de estos conflictos podemos indicar la expulsión del P. Beauvoir de la Patagonia en 1884, las demoras y dificultades para aprobar el nombramiento de Monseñor Cagliariro ("Roca me recibió con un rebenque", dirá Cagliariro después de su primera entrevista), las intrépidas intervenciones de Fagnano tanto en Patagones, como luego en Tierra del Fuego, la persecución y los arrestos que sufriera el P. Milanésio en Viedma (por parte de Winter) y en Chos Malal (por parte de Olazcoaga). Pero fue, sobre todo, su sacrificada tarea de acompañamiento y evangelización itinerante, la que les ganó el respeto, la adhesión y la gratitud de los indígenas.



Superiores y Hermanos Coadjutores reunidos en el Colegio "San Francisco de Sales" de Viedma, en 1902. Zatti (el 3° de la izquierda de la 3° fila, de pie) acababa de llegar enfermo a Viedma. Sentados, de izquierda a derecha: Padres Jose Maria Brentana, Juan Beraldi, Angel Veneroni, Bernardo Vacchina (Director), Monseñor Juan Cagliariro, Felix Guerra, Ramon Favero y Bernardo Bottino. El ultimo de la 1° fila, es el Coadjutor Salesiano Andres Patriarca, constructor Cetermo, que llego enfermo al Colegio "San Francisco de Sales" de Viedma en 1903, conoció y trato a estos Sacerdotes y Hermanos Coadjutores. (Archivo de las Misiones Salesianas de la Patagonia, de Bahía Blanca)



Padre Domingo Milanesio (1843-1922), extraordinario misionero, llegado a la Argentina en 1877. Amigo del Cacique Manuel Namuncurá y defensor de los aborígenes. Bautizó a Ceferino el 24 de diciembre de 1888. (Museo de las Misiones Salesianas de la Patagonia, Bahía Blanca).

Y aunque no siempre supieron apreciar los valores de la cultura indígena, muchos de ellos aprendieron su lengua, dieron a conocer su cultura, fundaron museos o escribieron libros en los que se recoge la memoria de los pueblos autóctonos, promovieron escuelas, cooperativas y otras instituciones a través de las cuales los mismos indígenas pudieron organizarse. Recordemos, entre otras cosas, que el P. Pedemonte¹ fue el promotor del Primer Congreso Nacional Indígena.

El 24 de mayo de 1879 es considerado, pues, el día del ingreso de los primeros misioneros a la Patagonia. Ellos suceden a los franciscanos, jesuitas, mercedarios, lazaristas e incluso a sacerdotes diocesanos que fueron pioneros del Evangelio en las tierras patagónicas, que testimoniaron, incluso con su sangre, su fidelidad a la causa de Jesucristo.

Y el 20 de enero de 1880, un grupo de salesianos e Hijas de María Auxiliadora, desembarcan en Carmen de Patagones para hacerse cargo el 2 de febrero de la Parroquia y de las Misiones de la Patagonia. ¡Los sueños de San Juan Bosco comenzaban a realizarse!

¹ LUIS PEDEMONTI. Nació en Buenos Aires en 1876, profesión en 1892, sacerdote en 1899, murió en Buenos Aires en 1962. Fue Director de varias Obras Salesianas en la Argentina, se preocupó mucho de los huérfanos, de los chicos de la calle y de las vocaciones. Fue el quien "descubrió" a Ceferino Namuncurá y promovió grandemente la Causa de Beatificación del Indio Santo. Escribió varios folletos sobre Ceferino y su primera biografía "Victima de amor". Fue Inspector Salesiano de la Patagonia, Perú y Bolivia, de las Antillas y Majico. Es uno de los más eminentes y recordados Salesianos de América Latina. Raúl A. Entraigas escribió su biografía. (Nota de los Editores).

CAPÍTULO 3

Los antepasados

La serpiente

Pero después de haber creado, Dios deja al hombre junto con el gran regalo de la creación, también una consigna. Y aparece la serpiente: "el más astuto de los animales de la tierra" (Gn 3,1). Y la serpiente tienta al hombre. El hombre se deja seducir, quiere ser como Dios. Quiere determinar el bien y el mal. Y cae. Y se esconde. Porque el pecado y el mal son una manera de huir de Dios, de esconderse, de enmascararse. El fruto amargo del pecado es la soledad.

También las etnias primitivas tienen siempre ante los ojos la presencia del mal. No se ilusionan ante el porvenir del hombre. Saben que la maldad acecha siempre a la humanidad. Por eso, el pueblo mapuche tiene un sentido fuertemente comunitario, como una de las maneras más eficaces de promover efectivamente el bien y enfrentar la maldad. Quien siente y vive la comunidad, tiene el apoyo de su gente y se siente más motivado para ser fuerte en el momento de la tentación. Quien se apoya en Dios, sabe que tiene la fuerza más importante en la lucha contra el maligno.

En el mundo que salió bueno y hermoso de las manos de Dios ha ingresado la maldad. Pero el Dios bueno y poderoso sigue estando presente como fundamento del mundo y Él tiene poder para liberarnos del Maligno.

Además, siempre hay una promesa de Salvación. Esto también ocurrió en la vida de Ceferino Namuncurá.

Hacia 1832, cuando Rosas comienza su campaña, tres grandes agrupaciones indígenas favorecen su poder en las llanuras pampeanas. Los Ranqueles, el cacique Yanquetruz, radicado en Levincó, al norte de la actual provincia de La Pampa; los Vorogas de Rondeau, asentados en Salinas Grandes (al sur pampeano) y los Pampas de Cachul y Catriel, merodeaban en las inmediaciones.

Los antepasados de Ceferino Namuncurá venían de Chile, del Mulú Mapú o país de la humedad, como se designaba esa tierra de origen por sus abundantes lluvias.

En realidad, existía ya desde los siglos XVI y XVII un movimiento de intercambio, de ida y vuelta entre las tierras preandinas y trasandinas, ya que los indígenas desconocían las jurisdicciones o divisiones que incorporaron la conquista española y luego los estados nacionales.

Pero un acontecimiento de mayor importancia debía turbar el delicado equilibrio que existía entre las tribus pampeanas.

En 1835, existía desde hacía ya un tiempo, un importante núcleo de vorogas chilenos en Salinas Grandes. Un día se presentan ante el cacique Rondeau una embajada de vorogas trasandinos, que vienen con el propósito de preparar el camino y anunciar la llegada de un grupo considerable de indios que comerciaban utensilios y mercaderías como tejidos, objetos de plata, zarcillos, pintura para la cara de las mujeres.

Hay más de 200 indios Chilihue, a diez leguas de Salinas Grandes.

El Cacique decide recibirlos. Pero el 13 de febrero de ese año descienden de las alturas de Masallé los indígenas "comerciantes" convertidos en intrépidos guerreros que, en poco tiempo, reducen a la tribu y pasan a degüello a sus jefes y ancianos.

El caudillo o cacique del grupo recién llegado es precisamente Calfucurá (piedra azul, en lengua mapuche).

Después de dos años de tranquilidad, a mediados de 1837, los vorogas deciden tomarse venganza de Calfucurá y un nutrido contingente de 2.000 lanzas, al mando de Railef, cruza la cordillera. Sin embargo, después de atacar la Fortaleza Protectora Argentina, situada en Bahía Blanca y estancias y pueblos de los alrededores, engolosinados con el botín enemigo, en lugar de atacar a

Calfucurá deciden volver igualmente victoriosos con más de cien mil cabezas de ganado. Pero Calfucurá, que no pierde oportunidad de sacar tajada, a la sazón aliado con Rosas, les corta el camino en Queutrecó y les inflige una derrota en toda la línea. Muere Railef y quinientos guerreros, mientras los otros alcanzan a duras penas a huir a Chile. Y Calfucurá se corona con una gran victoria, rescata a los cautivos y se apodera de las cien mil cabezas de ganado.

Con esta victoria se afianza el poder de Calfucurá, que se ejerce desde la zona de frontera (Junín, Bragado, 25 de Mayo, Azul y Tandil) hasta la cordillera y sur argentino.

A la caída de Rosas, con quien Calfucurá había hecho alianza, el gran cacique mapuche altera momentos de pacífica convivencia con momentos de guerra o confrontación, según su propia conveniencia y la situación de la Confederación. Por lo tanto, es la era de los grandes malones y los indígenas, sobre todo después de la batalla de Sierra Chica, llegan hasta el partido de Lobería y en algún momento alcanzan incluso el Río Salado, a 200 kms. de Buenos Aires.

El gobierno de Buenos Aires decide reaccionar y en 1872 lanza una vasta ofensiva contra Calfucurá.

El Coronel Rivas sale a buscar al gran cacique mapuche. Éste decide enfrentarlo en una ruda batalla campal, precedida por una seguidilla de guerrillas. Es el 11 de marzo de 1872 y Calfucurá, derrotado en todas las líneas, es obligado a retirarse a Chilihué.

Es la primera gran batalla que pierde Calfucurá. El rey de Salinas Blancas nunca había conocido antes el sabor de la derrota. Ya se siente viejo y cansado, como para soportar este inesperado fracaso. Y, en efecto, al año siguiente, el 3 de junio de 1873, muere a los ochenta años.

Se trata ahora de establecer la sucesión. Se reúnen 224 caciques para elegir al nuevo gran Cacique. Además de los Piedras, hay también otras familias como los Laguna (Laufquen), los Ríos (Leuvú), los Médanos (Loó), y otros que tienen su cuota de influencias y sus aspiraciones.

Los hijos varones de Calfucurá son quince. El mayor es José Millaqueu Curá (piedra como de oro). Manuel Namuncurá (ga-

rrón de piedra), es el tercero y posee una personalidad recia y aguerrida. Sus actitudes para el mando sobresalen netamente por encima de los demás candidatos, especialmente sobre su hermano mayor, ya muy deteriorado por el alcohol. Sin embargo, también éste tiene sus adherentes. Durante 8 días se prolonga el parlamento entre muchos cabildeos y tentativas de alianza.

Finalmente, la asamblea decide confiar el mando de la Confederación a un triunvirato formado por Bernardo, Alvarito y Manuel Namuncurá que fue quien, en definitiva, asumiría todo el poder. En ese momento tenía 62 años y había recogido las últimas recomendaciones del viejo Calfucurá, antes de morir.

Namuncurá se propone recobrar la confianza de su gente y recuperar el terreno perdido, está resuelto a defender la tierra de sus antepasados cueste lo que cueste. Pero sabe también que tiene que negociar y parlamentar con el blanco, entrando en un juego de astucia.

Entre tanto, el nuevo emperador mapuche, que ya había tenido contacto con la Iglesia, a través del Padre Bibolini, se encuentra con el padre José María Salvaire, sacerdote lazarista, que va a su encuentro desde Luján, con el intento de rescatar algunos cautivos.

El encuentro estuvo a punto de resultar fatal para el valiente sacerdote, ya que algunos blancos (temerosos de que se ponga coto a su explotación de los indígenas) predisponen mal al cacique contra el sacerdote, a quien presentan como un brujo que ha venido a sembrar la peste entre los indígenas.

En efecto, cuando Salvaire llega a Carhué el 27 de agosto de 1874, es hostigado y amenazado por algunas patrullas indígenas, pero puede proseguir su camino, llegando en noviembre a los toldos de Salinas Grandes.

Namuncurá no lo quiere recibir y le ordena acampar a una legua y media de sus toldos. El cacique consulta a los capitanejos y muchos piden la muerte del sacerdote. Sin embargo, Bernardo Namuncurá lo defiende calurosamente y lo pone bajo su protección.

El P. Salvaire salvará su vida, y será en esta ocasión en la que hará públicamente voto solemne a la Virgen de Luján de escribir

La rendición de Namuncurá

“El Gobierno Nacional selló la paz con el cacique Namuncurá incorporándolo al ejército con el grado de coronel y otorgándole una pensión vitalicia. ¿El jefe mapuche se pasó cómodamente al bando vencedor, traicionando a su gente? ¿Se sintió corrido por el despojo y la miseria?

Manuel Namuncurá era un hombre lúcido y responsable. Si acepta vestir el uniforme militar no es para acomodarse él mismo. Sabe perfectamente que comienzan tiempos nuevos para el país y que no se puede encerrar en sus posturas o en sus rencores. Namuncurá da un intrépido paso adelante: luchar por su pueblo y tutelarlo con las armas nuevas, la paz, el trabajo, la instrucción.

Por eso, hace permanentes gestiones ante las autoridades e invita a sus hijos, sobrinos y nietos a estudiar y a promocionarse.

El cacique no es un bárbaro sediento de destrucción y de muerte. Es un político lúcido que no se refugia en sus cobardías. Ve claro que su pueblo, sin renunciar a su identidad y a su cultura, no puede quedar al margen de las nuevas transformaciones. Es preciso ver la realidad con ojos nuevos. Estas inquietudes las transmite a sus hijos, especialmente a Ceferino”.

(Klobertanz, Ceferino Namuncurá, 1986)



Don Manuel Namuncurá, padre de Ceterino, con traje de Coronel del Ejército Argentino, con dos de sus hijos. Año 1908. Don Manuel tiene 97 años. (Museo de las Misiones de la Patagonia de Bahía Blanca).

su historia y edificarle un templo. Éste es el origen de la actual Basílica de Luján.

Entre tanto, Namuncurá no se queda quieto. Sabe que, en la lucha contra el blanco, no se debe dejar la iniciativa. En 1875 realiza “salidas” a trescientas leguas y se alza con quinientos mil vacunos. Llega hasta las puertas de Azul que, por muy poco, no cae en sus manos.

El ministro de Guerra de la Nación, Don Adolfo Alsina, ha comenzado ya la famosa “zanja”, erizada de fortines, para frenar la avanzada del indígena.

En 1887 le sucede el General Julio Argentino Roca, decidido a terminar de cualquier manera con los indígenas.

Namuncurá había iniciado tratativas de paz con Alsina. En el fondo, se da cuenta de que no será posible resistir por mucho tiempo a la maquinaria de guerra del blanco.

También ante Roca proseguirá sus intentos de firmar una paz honrosa para su pueblo. Pero las condiciones que pone Buenos Aires son inaceptables para el cacique mapuche.

La generación del 80 que gobierna el país tiene sus ojos puestos en Europa. El esquema sarmientino “civilización y barbarie” es la clave de la interpretación de la realidad nacional. La realidad indígena no es valorada. Más bien se la considera como una rémora para la así llamada “civilización”. No hay una política integradora de los pueblos nativos. No hay el menor atisbo de comprensión de su cultura y del aporte que ellos pueden dar a la construcción de la República.

Namuncurá se encuentra ante una difícil encrucijada, pero siente que debe luchar hasta el fin. En efecto, el gobierno pretende que los indígenas retrocedan abandonando las mejores tierras y aceptando condiciones de vida poco dignas. Esto es lo que de hecho ocurrirá después. Y Namuncurá tiene grabado todavía en los oídos las palabras del viejo Calfucurá: “No podemos renunciar a Carhué ni a Choele Choel”.

De todos modos, el poder de la confederación indígena se encuentra muy debilitado. Por eso, la Conquista del Desierto será un avance casi sin obstáculos. Manuel Gálvez la sintetiza con estas palabras: “En octubre de 1878 las tropas salen de cinco fuertes:

desde Ita-Lóo en el norte, hasta Puán en el sur. Se realizan veintiséis operaciones de guerra, que Roca dirige telegráficamente desde su despacho ministerial. El 20 de noviembre escribe a Levalle: 'Necesitamos dar una buena lección a Namuncurá y perseguirlo lo más lejos posible'. En seis meses queda destruido el poder de Namuncurá. Han caído prisioneros más de mil doscientos indios de lanza y han muerto más de mil trescientos. Diez mil quinientos 'de chusma' están prisioneros también, y un millar han consentido en reducirse. En total: hay catorce mil indios menos. Y han sido rescatados cuatrocientos ochenta cautivos. Y el territorio conquistado por Roca se acerca en extensión al de Francia".¹

Además, varios caciques, como Pincén, Cachul y Marcelino Catriel, han sido tomados prisioneros. Otros se van rindiendo o se presentan espontáneamente, aceptando cualquier condición como lo hace Juan José Catriel.

Y Namuncurá retrocede apresuradamente, primero hacia el Colorado y luego hacia Lihuel Calel, donde instala su campamento.

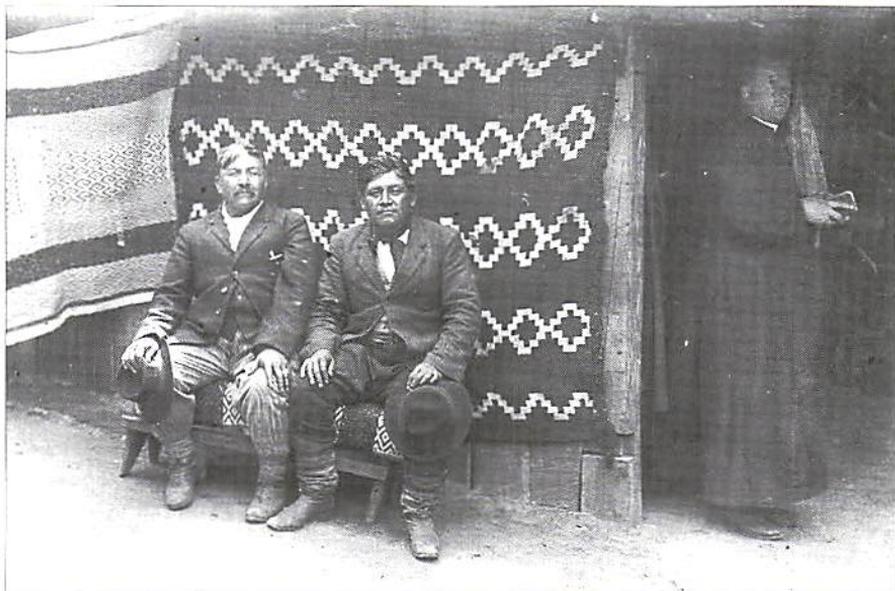
Sin embargo, en un movimiento muy veloz, las tropas del Ejército llegan también hasta allí. Después de algunos escarceos, Namuncurá consigue huir con su familia y una reducida escolta.

Pero, a pesar de que todo parece hundirse a sus pies, el hijo de Calfucurá no cede. A pesar de que ya ha perdido su imperio, de que no tiene guerreros ni poder, se refugia en los contrafuertes de la cordillera para seguir resistiendo. Allí es alojado y apoyado por los caciques Sayhueque y Reuque Curá y se dedica a la guerra de guerrillas. Y desde el 79 al 83 prosigue la lucha, aunque con medios muy precarios y casi sin gente.

El 16 de mayo de 1882, el Mayor Daza, con seiscientos soldados se dirige hacia sus toldos, en la precordillera. Namuncurá,

1. Manuel Gálvez, *El santito de la toldería*, pág. 80.

MANUEL GÁLVEZ: famoso novelista y biógrafo argentino. Nació en Paraná (Entre Ríos) en 1882 y murió en Buenos Aires en 1962. Después de haber publicado, con notable éxito, la biografías de los argentinos Quiroga, Rosas, Hernández, Esquiú, Sarmiento e Irigoyen; del venezolano Miranda, del ecuatoriano García Moreno y del uruguayo Aparicio Saravia, el Dr. Gálvez publicó en 1947, *El santito de la toldería (La vida perfecta de Ceferino Namuncurá)*, Buenos Aires, Editorial Póblet. En 1967 la Editorial Apis, de Rosario de Santa Fe, reeditó esta obra con estudio introductorio, comentarios estilísticos y notas explicativas del profesor Néstor Alfredo Noriega. (Nota de los Editores).



Los caciques Mapuches Curuhinca (izquierda) y Namuncurá (derecha), hermano de Ceferino. A la derecha, el misionero salesiano Zacarias Genghini. Año 1930. (Museo de las Misiones Salesianas de la Patagonia, de Bahía Blanca).

merced a una estratagema y a su habilidad para manejar el caballo en la montaña, pudo escapar, pero su familia quedó en manos de los militares.

Pero la suerte está echada. Está solo. Reuque Curá, Alvarito y otros capitanejos, cruzan a Chile para ponerse a salvo. Sayhueque sigue bajando al sur. Él no quiere traicionar al país donde ha vivido tantos años, aceptando refuerzos del Ejército chileno.

Namuncurá se da cuenta que ya es imposible seguir la lucha. Y envía una embajada al General Villegas a presentar su rendición.

Sin embargo, cuando los enviados llegan, el General no los quiere recibir. Exige la presencia del Cacique para cualquier tratativa.

Los indígenas se desesperan al verse rechazados y recurren al Padre Milanesio para que oficie de mediador y envíe una carta sal-

voconducto a Namuncurá, al tiempo que gestione una garantía y condiciones mínimas para una rendición honrosa y digna.

Y Milanesio responde al cacique mapuche invitándolo a comenzar esta nueva etapa de diálogo y contacto con el blanco que ya resulta inevitable.

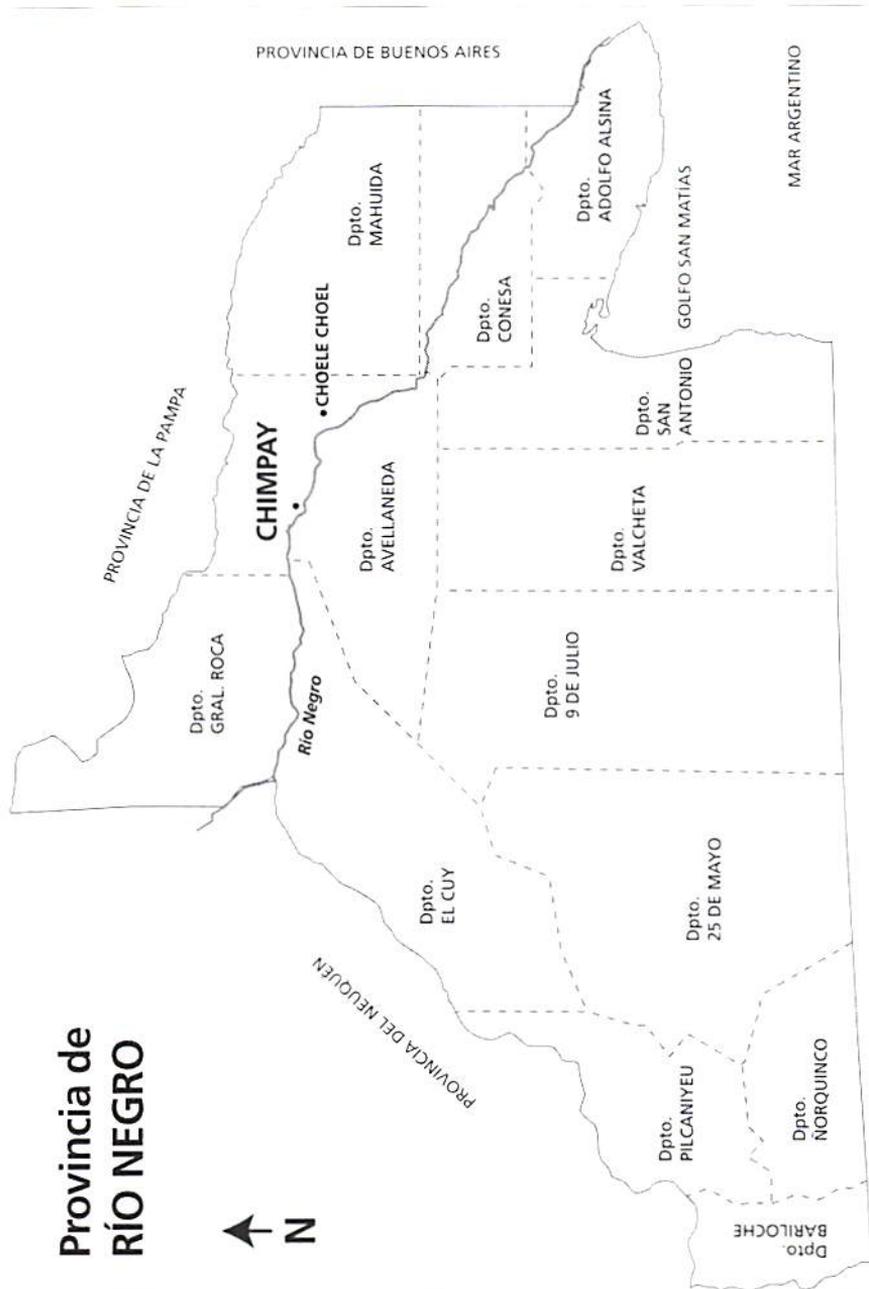
Desde este momento, Namuncurá enfocará de otra manera su relación con el huinca, y en general, con el Estado Argentino.

CAPÍTULO 4

Chimpay,

la tierra del nacimiento

Provincia de RÍO NEGRO



“Sal de tu tierra”

En la vida de todo auténtico cristiano, en algún momento resuena la voz del Padre llamándolo a partir. Como pasó en la historia de Abraham, ocurre en la de cada uno de nosotros. Somos arrancados de “lo nuestro”, de nuestra comodidad, del mundo seguro y atildado en el que nos formamos, de la claridad de nuestros proyectos, de “nuestra sangre”.

Siempre hay que partir para poder vivir la aventura del Dios de la vida. El que se atrinchera, muere, el que se encierra, se atrofia.

Cuesta partir; pero no hay otra solución. Sólo quien confía y parte, puede vivir la experiencia auténtica de la fe.

Y Ceferino respondió como Abraham, sin preguntas, sin excusas, sin rodeos. Simplemente se puso en camino.

Fue duro, muy duro. Significaba mucho aquella partida de Chimpay. Significaba un desgarrón en la carne y en el alma.

Pero, en la situación de miseria, de explotación, de opresión de su gente, estaba la voz de Dios.

Y Ceferino cree y confía. Por eso parte. Porque detrás del llamado está siempre la promesa.

“Porque durante el día, la nube del Señor estaba sobre su morada,

y durante la noche, un fuego brillaba en ella” (Ex 40, 38).

Dios guió siempre a su pueblo durante la larga marcha por el desierto. Caminaban hacia la tierra prometida. Y Dios siempre los guiaba. Aún en medio de las dificultades, los peligros, el

bambres y la sed, las derrotas, la idolatría, las infidelidades, Yavé siempre seguía conduciendo a su pueblo por el desierto. Él era siempre fiel a su Alianza.

Y el pueblo, a pesar de las dudas, del hambre y la sed, de las tentaciones, proseguía su marcha hacia la tierra prometida.

Esto también se cumplió plenamente en la vida y en la historia de Ceferino Namuncurá. Ceferino hace su camino en Buenos Aires, como luego lo hará también en Viedma y, finalmente, en Italia.

Y en este camino, en el día de los descubrimientos y los consuelos, del cariño y de las alegrías, y en la noche de la incompreensión y el rechazo, la soledad y el sufrimiento, Dios lo va guiando. Sí, durante el día y durante la noche, Dios lo va guiando. Como a Israel, hacia la tierra prometida. Como a Jesús, hacia Jerusalén.

Y no marcha solo. Marcha como Moisés, con su pueblo a cuestas. Porque Ceferino, pase lo que pase, y baga lo que baga, nunca se desprende de su pueblo.

* * * * *

Chimpay es un vocablo mapuche que tiene muchas acepciones, pero las más probables parecen ser tres: meandro o recodo del río; vado o paso; lugar donde se aloja. Mientras dejamos a los especialistas que definan –si es posible– cuál de estas denominaciones es la más apropiada para aplicarse al “terruño” de Ceferino Namuncurá, digamos que el paraje así denominado parece ser bastante antiguo en la geografía indígena. Se han encontrado y se siguen encontrando en la zona numerosos vestigios de asentamientos indígenas, como picaderos, chenques y lugares de enterramiento. Debió de ser un importante lugar de pesca en las cacerías indígenas, hacia la llanura pampeana.

En efecto, hay constancia de que en Chimpay se hospedó con

frecuencia el Cacique Queupu, de quien no tenían muy buen concepto, ni el Ejército Argentino ni el mismo Namuncurá.

Podemos decir también que no se refería a un lugar muy determinado de la zona, pero que tampoco se trataba de una designación genérica, ya que los mapuches no solían imponer nombres, sino a los lugares que tenían una particular significación, geográfica, estratégica o religiosa.

Recordemos que Don Manuel Namuncurá, con la mediación del Padre Domingo Milanés, a quien había recurrido para asegurarse las garantías mínimas, había empezado a pensar seriamente en rendirse ya en 1883.

Ese mismo año, el cacique mapuche rechaza la oferta del gobierno chileno, que le ofrece 1.800 soldados para la recuperación de sus tierras. Y en febrero de 1884 comienza a bajar de la cordillera, primero a Fortín Pulmarí y luego al Campamento de Ñorquín, adonde llega el 31 de marzo.

El 23 de marzo el Comandante Pablo Belisle telegrafía al Ministro de Guerra que Namuncurá, tal como se ha indicado desde Buenos Aires, se dirige al Fuerte General Roca, para hacer efectiva su rendición. Belisle describe a Namuncurá: "Namuncurá tendrá unos cincuenta años más o menos, está bien conservado y su cara abierta y despejada inspira simpatía. Todos los indios lo adoran y se puede considerar entre ellos un verdadero monarca".

Después de recibirle con todos los honores, Belisle le hace acompañar y escoltar por un piquete del Regimiento 2 de caballería de línea.

El 5 de mayo Namuncurá llega a General Roca donde se procede a la rendición oficial y recibe el grado de Coronel de la Nación.

Inmediatamente después, el Cacique viaja a Patagones con el Mayor Linares y luego se embarca en el Vapor Pomona rumbo a Buenos Aires.

Namuncurá estuvo en Buenos Aires en el mes de junio y tal vez algunos días más.

En realidad, el cacique había pedido tierras que estaban más hacia el oeste, en las cercanías del Fortín Chichinal.

A su regreso de Buenos Aires reorganizó rápidamente su gen-

te y no fue enviado a Chichinal sino a tierras de Chimpay, en lo que es actualmente Valle Medio del Río Negro.

El General Winter, ya el 20 de febrero de 1885, en su carácter de gobernador militar de la Patagonia, informaba que “el conocido Namuncurá... que se presentó con los restos de sus aguerridos guerreros y familias, acatando las leyes del país en marzo del año que acaba de finalizar, se halla hoy asentado en Chimpay, acantonamiento de esta línea militar, entregado por completo a las prácticas de la vida civilizada”.

De Chimpay se tenían noticias de fuente militar, por el Diario del Coronel Olazcoaga, secretario de Roca en la conquista, en el que se lee: “A la sombra de altos sauces, hicimos campamento. Este sitio se llama Chimpay, cuyo nombre indio se traduce “llega a alojar”. Es pues, antiguo alojamiento de los viajeros indígenas y aún paso frecuentado, por la banda sud del río. Al menos ofrece satisfacción la comodidad única que los indios exigen para llamarle “paso”. Al frente de Chimpay debe haber una gran isla, porque la anchura del río no es sino de 200 metros y, a menos que la profundidad corresponda allí al volumen de agua que el río representa en otros puntos, debe haber un brazo importante de éste, más al sud. La distancia andada desde Choele-Choel aquí se reputa en seis leguas”.¹

Todavía no se ha escrito la historia del Fortín Chimpay. De todos modos, a fines del 79 o principios del 80 podemos decir que ya ha comenzado a funcionar. El P. Milanesio lo encuentra ya erigido y con una cierta historia en su viaje evangelizador de 1883. En efecto, cuando Milanesio da cuenta en su crónica de su gira misionera a Roca, describe ordenadamente toda la línea de fortines: 1. Guardia Pringles; 2. Conesa; 3. Negro Muerto; 4. Choele Choel; 5 Chimpay; 6 Chelforó; 7 Chinchinales; 8 Roca.

De modo que existe absoluta continuidad en la nomenclatura que encuentra Olazcoaga, ya utilizada por los indígenas, la posterior ubicación del Fortín, junto a la margen norte del Río Negro, la estación del Ferrocarril y la actual población de Chimpay. Re-

1. Olascoaga Manuel. Estudio, pág. 189.

Leyenda de la Piedra Azul

Pero lo más precioso que conservamos aún en la tribu es la célebre *Piedra Azul*.

Encontrada por mi abuelo Calfucurá, a orillas de un lago de Chile, en su juventud. A raíz de ese hallazgo, él fue llamado Calfucurá, que significa *pedra azul*.

Siempre la llevaba consigo, con la convicción de que en ella estaban concentrados el destino y el porvenir suyo y de toda su tribu.

En efecto, con la *protección* de esa piedra alcanzó a reunir bajo sus órdenes a todas las tribus de la pampa. Esa piedra azul fue heredada luego por mi difunto padre y siempre que fue tenida en veneración y respeto, en la tribu tuvimos suerte y prosperidad. Pero cierta vez que tomaron prisionero al cacique se llevaron a Buenos Aires la piedra azul, junto con otros objetos en un baúl. Pero días más tarde apareció nuevamente la piedra azul en la tribu.

Precisamente -interrumpió don Ciríaco Namuncurá-, la encontró mi abuelita Juana, que era una de las esposas de Don Manuel, una noche, al despertarse, en una cama, debajo del brazo.

Y así se cuentan varias otras historias de la piedra azul, que fue heredada por mí a la muerte de mi hermano Julián, al tomar el mando de la tribu. Actualmente la conservamos religiosamente en su cofre, envuelta en una bandera argentina, junto con las dos espadas del coronel.

conocemos que son lugares distintos, pero situados a muy escasa distancia unos de otros.

El debate que se ha sostenido sobre el lugar de nacimiento de Ceferino Namuncurá, pensamos que ha quedado definitivamente resuelto por los datos que actualmente disponemos.

Ante todo hay que destacar el testimonio de doña Rosario Burgos, quien siempre mantuvo firme su declaración de que Ceferino había nacido en Chimpay. Igualmente el de su hermano Alfredo, que testimonió, bajo juramento: "Ceferino nació, como yo, en Chimpay".

Ya hemos visto la alusión, en la crónica misionera de Milanesio, en su viaje de 1883 y su referencia al Fortín Chimpay, antes de la llegada de Namuncurá.

El mismo Milanesio, en una posterior correría misionera, el 25 de diciembre de 1885, escribe: "Con el fresco de la tarde llegamos al Fortín Chimpay. El segundo jefe, capitán Artayeta, nos recibió bien y puso a nuestra disposición todo lo que estaba a su alcance. Acampaban allí los indios de la tribu de Namuncurá".

El agrimensor Telémaco González, comisionado por el gobierno para hacer la mensura de la margen sur del Río Negro, no registra población alguna hasta 1889.

Recién en un informe del Agrimensor Pedro Vinent, del 30 de enero de 1900, en la mensura de Belisle, se dice: "En la dirección III - IV sobre la tierra de la margen sur, están los restos de las tolдерías del Cacique Namuncurá".

Esto significa que, entre 1884 y 1889 la tribu de Namuncurá residía en la margen norte del río. Y entre 1890 y 1900 se trasladaron a la margen sur, según Don Alfredo: "Hacia el lado de Lamarque, pero relativamente cerca del negocio de los Mateuzi donde los Namuncurá se surtían de lo que necesitaban para vivir".

El Padre Entraigas, después de un paciente trabajo de investigación, llega también a la misma conclusión: "En Chimpay, pues, agreste rincón de la provincia de Río Negro, vino al mundo EL MANCEBO DE LA TIERRA, el protagonista de esta historia; allá en la margen derecha del río de los sauces, cerca de lo que aún se llama bajada Namuncurá. Ahí el río se bifurca, formando una isla. En la parte sur, las barrancas, allá se suelen llamar bardas, están a



Dona Rosario Burgos, madre de Celerino, fotografiada en 1952,
al morir su segundo esposo, el cacique Coliqueo.
(Archivo de las Misiones Salesianas de la Patagonia, en Bahía Blanca)

cierta distancia de la corriente, y dejan un amplio margen al valle, que los árboles y los sembrados cubren de un delicioso verde botella”.²

² Entragás, págs. 33-34.

RAUL ENTRAGÁS, Argentino, rionegrino (1901-1977), sacerdote salesiano, doctor en teología, miembro de varias Academias de Historia, profesor, poeta, conferenciante. Entragás fue específicamente historiador y biógrafo. Historiador y biógrafo de la Patagonia, región austral donde naciera, a la que estudiara con ahínco y pasión y de la que publicara más de 30 libros, todos escritos con precisa documentación y con estilo vivísimo y personal que hace las delicias del lector. Principales obras: *El padre doctor* (1936, Premiado por la Comisión Nacional de Cultura); *Monseñor Lagnano* (1945); *El Ángel del Colorado* (1960, Primer Premio de la Comisión Nacional de Cultura); *El Apóstol de la Patagonia* (Monseñor Cagliero, 1954); *El Hornero de Dios* (1960); *Piedra Buena, Caballero del mar* (1965); *El Manco de la Tierra* (Celerino Namuncurá, 1974); *Los salesianos en la Argentina* (4 tomos, 1972).

Entragás escribió también tres poemarios: *Bajo el símbolo austral* (1939); *Patagonia, región de la aurora* (1958) y *Dolce de tiempo y de tierra* (1961). Sus versos son siempre fáciles, sencillos y sonoros, compuestos en su mayoría, para celebraciones artístico-culturales de niños y jóvenes, o para diarios y revistas. (Nota de los Editores)

No hay, pues, razones para poner en cuestión la patria chica de Ceferino Namuncurá. La hipótesis del P. Brizzola, que propondría como lugar del nacimiento la margen sur del río en dirección a Beltrán, no tiene en cuenta los movimientos de la tribu y su probada estada en Chimpay, en la fecha del nacimiento de Ceferino.

Ahora bien, ¿en qué lugar preciso estuvo la toldería de Namuncurá a la fecha del nacimiento de Ceferino? Podemos decir que esta pregunta es probablemente incontestable (los indígenas, debido a la precariedad de sus viviendas, no dejaban señas duraderas de sus asentamientos y, menos aún, después de la campaña del desierto, en que sus costumbres comenzaron a alterarse), y además ociosa, porque los mapuches no tenían el concepto de propiedad privada que en la actualidad manejamos.

De todos modos, Namuncurá deberá sufrir la inestabilidad y la deslealtad del hombre blanco, con el cual ha pactado. Como no llegan los títulos de propiedad de sus tierras en Chimpay, decide viajar a Buenos Aires, en 1894, en compañía de su hermano Bernardo.

Tiene el propósito de acelerar los trámites por la propiedad definitiva y solicitar incluso una ampliación de área acordada. El cacique mapuche presenta la solicitud de 10 leguas y su pedido es elevado al Senado.

Después de una breve discusión se decide otorgar 8 leguas, distribuidas en la siguiente manera: 3 para el cacique y 5 para su gente.

Sin embargo, una cláusula afirmaba que las tierras serían de Chimpay "o en otro punto si no hubiere allí tierras disponibles".

En efecto, las tierras de Chimpay, en las inmediaciones del Fuerte homónimo, habían sido adjudicadas al Coronel Guerrico en un reparto de tierras (en el que resultaron beneficiados varios militares que participaron en la Conquista del Desierto) realizado en 1885. De hecho, este Coronel había recibido su título de propiedad ya en 1886.

Esto significaba que Namuncurá había sido lisa y llanamente engañado y que las tierras otorgadas por el honorable Senado de la Nación ya se sabía desde el vamos no iban a ser las de Chimpay.

De la estadía de la tribu de Namuncurá en Chimpay no han podido registrarse muchos datos. De todos modos, sabemos que Don Manuel era muy querido y respetado por su gente. Que cuando cobraba su sueldo de Coronel en Choele Choel, distribuía buena parte de su salario a su gente: a cada hombre le entregaba \$5 y a cada mujer \$1. Además periódicamente compraba harina y yerba para su gente. Debemos decir que gracias a esta austera y equitativa “administración de la miseria” que hacía Namuncurá, no hubo en la tribu grandes hambrunas. Se pasaba hambre, pero no se moría de hambre, como sucedió en Conesa con la tribu de Catriel, en que los indígenas confinados, en poco tiempo fueron muriendo literalmente de inanición y pestes.

El matrimonio Matteuzi tenía una muy buena relación con ellos y les proveía de mercadería en su negocio de ramos generales. Ellos han referido que, por ejemplo, en la crisis de 1893, cuando se temía una guerra con Chile, el cacique se ofreció espontáneamente para apoyar al Gobierno argentino y que un Teniente habría dado clases de instrucción militar a los mapuches.

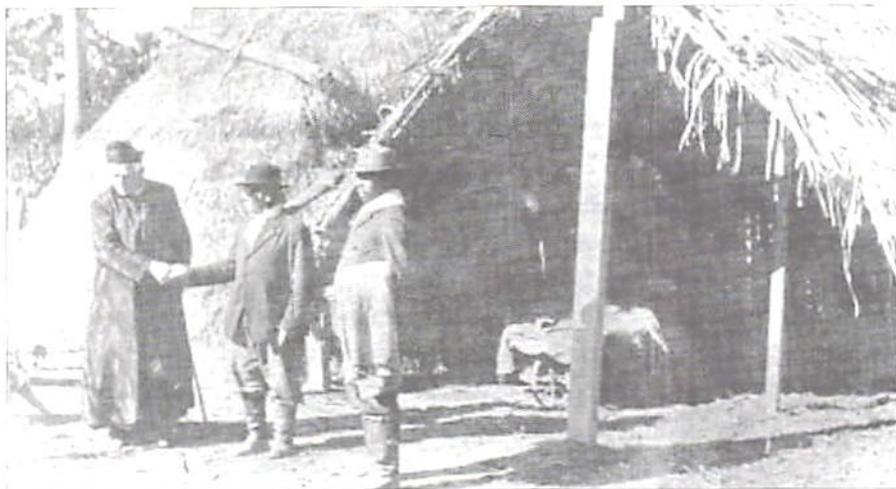
Ceferino nace el 26 de agosto de 1886, día de la fiesta de San Ceferino. Su madre es Doña Rosario Burgos, una cautiva chilena. Es el sexto hijo de doce hermanos. Pero los hijos de Doña Rosario son María, Ceferino, Clarisa, Aníbal y Fermina. A los dos años de edad, Ceferino fue bautizado por el P. Domingo Milanésio (P. Tirú Domingo, lo llamaban los indígenas) el 24 de diciembre de 1888.

Este misionero había tenido que sufrir la persecución de la autoridad militar en Viedma, y luego en Chos Malal, pero nada lo hizo decaer en su tarea evangelizadora de los indígenas.³

La partida de bautismo de Ceferino se encuentra en los archivos de la Parroquia Nuestra Señora del Carmen de Patagones.

Ceferino se crió en el marco de las costumbres y modo de vi-

3. DOMINGO MILANÉSIO, sacerdote y misionero, nació en Italia en 1843, profesó como salesiano el 1869 y recibió el orden sagrado en 1873. En 1877 llegó como misionero a la Argentina y desarrolló un prolongado e infatigable trabajo evangelizador entre los indígenas. Fueron famosos los viajes que realizó recorriendo toda la Patagonia, predicando, bautizando, regularizando matrimonios... Fue amigo del Cacique Manuel Namuncurá y de su hijo, el Venerable Ceferino, a quien bautizó, Cruzó 28 veces la Cordillera de los Andes anunciando el Evangelio y ayudando a sus hermanos los Indígenas. Murió en Bernal en 1922. Lo llamaban “El Padre de los Indígenas” (Nota de los Editores).



El padre Domingo Milanesio, apóstol incansable, "padre de los aborígenes", como lo llamaban estos. En la foto, ya anciano, saluda al cacique Painefilu en su choza (Archivo de las Misiones Salesianas de la Patagonia, de Bahía Blanca).

da del pueblo mapuche. Aprendió desde niño a hablar su lengua, andar a caballo, hacer leña, participar en cacerías para poder comer. Y aprendió también a adorar a Nguenechén, el Gran Creador para el pueblo mapuche.

Es interesante destacar que en este mismo año se encuentra Monseñor Cagliero misionando en Chichinales, en la tribu de Sahuéque. Se ignora por qué motivo, estando tan cerca de las huestes de Namuncurá, no fue a misionar también entre ellos, ni siquiera los visitó.

A los dos años Ceferino tuvo un gran accidente y estuvo a punto de morir ahogado, al caer al Río Negro y ser llevado rápidamente hacia adentro por una fuerte correntada. De todos modos, según cuenta su madre, el río luego lo devolvió milagrosamente a la orilla, donde fue rescatado por su padre.

Podemos decir que, en este tiempo, la tribu de Namuncurá pasaba por momentos difíciles y de gran necesidad. Don Manuel cobraba \$300 por mes, pero con ello se debía hacer frente a las necesidades de alrededor de trescientas personas.

Anibal, en su testimonio en la causa de Beatificación, ha declarado algo significativo sobre la infancia de Ceferino: "Mi mamá

me decía, refiriéndose a Ceferino, que desde muy chico fue un hijo modelo, diligente: muchas veces por la mañana, cuando ella se levantaba, se asustaba porque no estaba Ceferino en casa; horas después, con gran sorpresa de ella, lo veía regresar con un atado de leña, que luego vendía y compraba alimentos para ella. Los vecinos de buen corazón, que veían cumplir esta obra por un niño de seis años, le daban algo más de lo que producía la venta de la leña”.

“El día que no podía hacer este trabajo, según mi mamá, salía Ceferino a pedir alimento a las casas de los vecinos, quienes le daban y los traía a su madre. Contaba mamá que había comprado unas ovejas a cambio de tejidos y las cuidaba Ceferino con sus propias manos. Mientras él trabajaba, decía mamá, los demás hermanos jugaban”.⁴

Los Namuncurá habrían estado en Chimpay hasta enero de 1900, después de la gran inundación que, probablemente, aceleró su partida.

Doña Teresa Matteuzi afirmaba que el 6 de enero de 1900, la tribu fue cruzando el río en bote de un tal Equiza, en un paraje denominado La Paloma. Un mes después una de sus tías le comentó haber leído en el diario la noticia del casamiento de Namuncurá. Y, efectivamente, el 12 de febrero de 1900, Don Manuel Namuncurá se había casado con Ignacia Rañil, en General Roca, por civil y por iglesia.

Es interesante destacar que, durante su infancia, Ceferino recibió en su tribu el apodo o sobrenombre de Morales, en atención a un peón muy manso de la zona. Pero se trató siempre y sólo de un apodo. El nombre con el cual fue registrado, según consta tanto en el Registro Civil como en el acta de bautismo, es siempre Ceferino.

Ya hemos hablado de la escasez que acechaba a su gente y a su misma familia, por la cual, aun siendo niño de corta edad, había debido mendigar entre los vecinos. Pues bien, Juan Coñuel, secretario de Don Manuel, declara haber visto conmovido a Ceferino y con lágrimas en los ojos por las condiciones inhumanas

4. Testimonio, ob. citada, pags. 91-92.

en las que vivía su gente. Él mismo refiere que presenció este diálogo entre Ceferino y su padre:

“-Papá, ¡cómo nos encontramos después de haber sido dueños de esta tierra! Ahora nos encontramos sin amparo. ¿Por qué no me llevas a Buenos Aires a estudiar? Entre tantos hombres que hay allá, habrá alguno de buen corazón que quiera darme protección, y yo podré estudiar y ser algún día útil a mi raza.

-“Sí, hijo -le dijo el padre, y lo abrazó y lo besó-; y prosiguió: -Tengo muchos amigos en Buenos Aires. Por lo menos, dicen que son amigos... Haré lo posible para recomendarte a ellos. La única cosa que quiero decirte es que tienes que separarte de nosotros. Te afligirás, pero no dirás que tu padre te ha abandonado o no secundó tus designios. Dios quiera, hijo, que puedas ser útil”.⁵

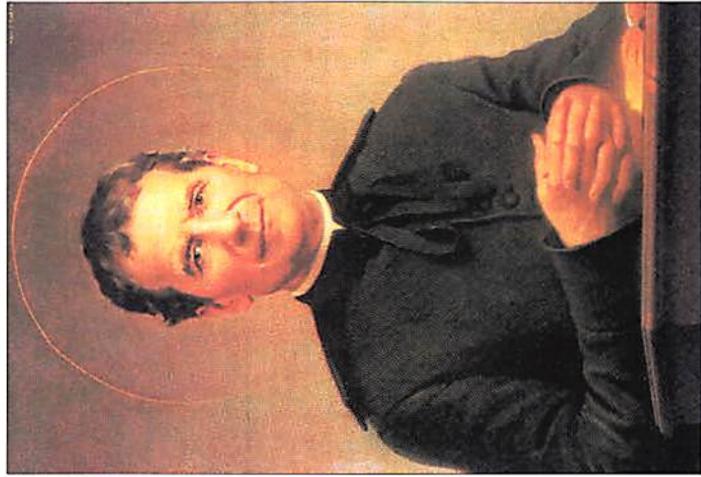
Es absolutamente sorprendente la precocidad de Ceferino (que, por otra parte, según testimonio de su madre, “pensó siempre como un hombrecito”) quien, a los 11 años, se da cuenta de la situación real que vive su gente y de la necesidad y urgencia de buscar alguna salida. Y cómo advierte que hay que capacitarse, abrirse a la cultura huinca, hacerse útil a su gente. Desde entonces, la situación de los indígenas no ha variado mucho. Lamentablemente ha pesado durante mucho tiempo el “estigma” de ser indio y sus derechos no han sido reconocidos ni respetados. Pero el pueblo mapuche sigue luchando aún hoy por su dignidad.

5. Testimonio, primera serie, pag. 90.

Padre y maestro de las Misiones Salesianas de la Patagonia



Padre Domingo Milanese (1845-1922).
Extraordinario misionero. Amigo del Cacique
Manuel Namuncurá y defensor de los
aborígenes. Bautizó a Ceferino el 24 de
diciembre de 1888.



"San Juan Bosco". Oleo de Mario Cagliaro.
A través de los Salesianos y de las Hijas
de María Auxiliadora, Don Bosco fue el
providencial evangelizador de la Patagonia,
la tierra de sus sueños misioneros.



El padre Evasio Garrone (el Padre "dotor"),
como lo llamaba la gente) se ocupó de la
salud quebrantada de Artemides Zatti y de
Ceferino Namuncurá. Nació en Italia
en 1863 y murió en Viedma en 1911.



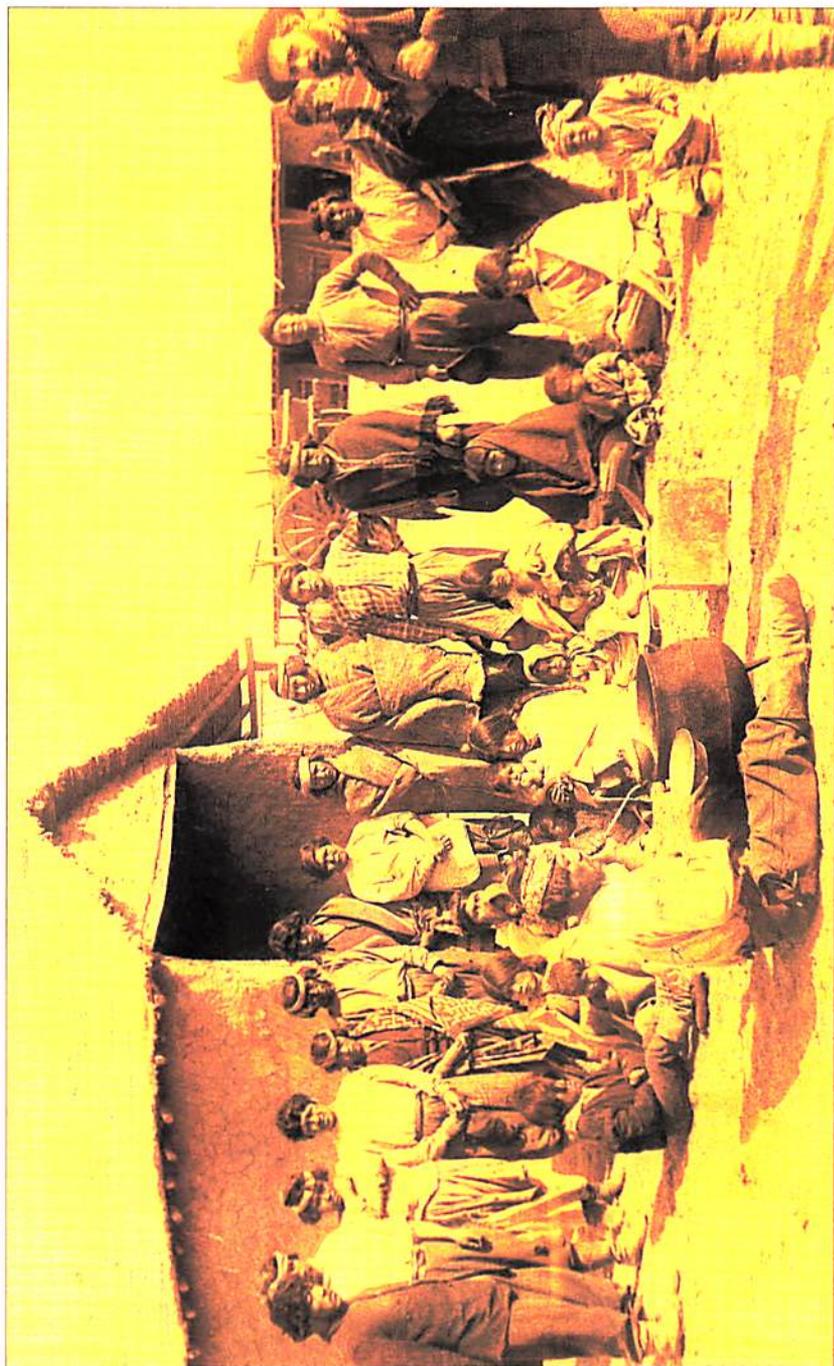
El Cardenal Juan Cagliero (1838-1926).
Fue el fundador de la Obra Salesiana
en la Argentina y el Primer Obispo
de la Patagonia. Con justicia fue llamado
"el apóstol y civilizador de la Patagonia".
Tuvo un afecto muy particular por Ceferino.



Monseñor José Fagnano (1844-1916),
primer Prefecto Apostólico del extremo sur
argentino-chileno. Fue superior de la primera
obra salesiana en América, en San Nicolás
de los Arroyos (Argentina) y luego en
Patagones. La palabra y el ejemplo de Cagliero
y Fagnano influyeron mucho en Ceferino.



Fotografía de Ceferino Namuncurá en 1905, poco antes de morir, tomada en el Colegio Salesiano de "Villa Sora", Frascati (Italia) por José Maineri. El original está en este Colegio en el que Ceferino cursó el año escolar 1904-1905. Esta fotografía es inédita y aparece por primera vez en este libro, gracias al Padre José Vicente Martínez, quien sacó la copia en "Villa Sora" en febrero del 2000.



Aborígenes mapuches de la tribu del Cacique Sayhueque, bautizados por el Padre Domingo Milanesio en 1884 en la estancia del Dr. Zorrilla, último de la derecha



San Juan Bosco.
Detalle de la última fotografía de Don Bosco,
tomada en Martí-Codolar (Barcelona, España),
el 3 de mayo de 1886.

La Beata Laura Vicuña y los Venerables Ceferino Namuncurá
y Artemides Zatti son los frutos más preciosos
de santidad de las Misiones Salesianas de la Patagonia.



Beata Laura Vicuña.
Nació en Santiago de Chile en 1891.
Murio en Junin de los Andes (Neuquen,
Argentina) en 1904, a los 13 años.
Fue declarada Beata por
Juan Pablo II en 1993.



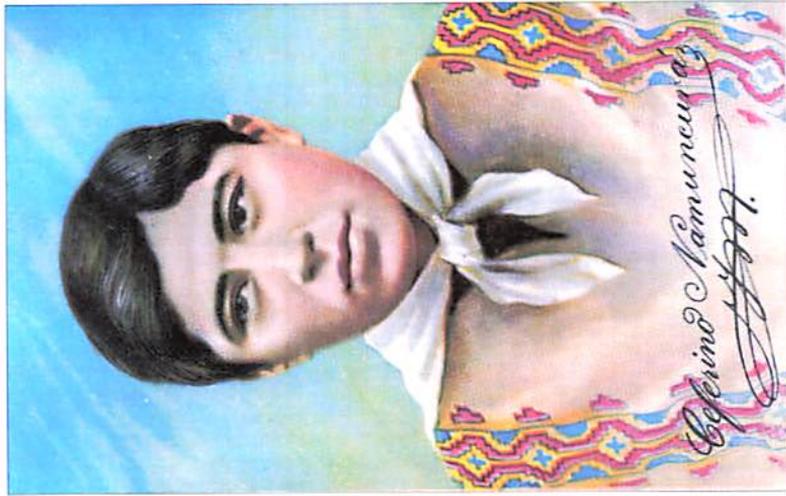
Venerable Ceferino Namuncurá. Nació en Chimpay
(Río Negro, Argentina) el 26 de agosto de 1886.
Murio en Roma el 11 de mayo de 1905, a los 18
años. Estuvo enfermo, junto con Zatti, en Vicuña,
durante los años 1902 y 1903, bajo el cuidado del
Cura "doctor", Padre Evasio Garrone.
(Pastel del pintor rosarino, Marcelo Dasso).



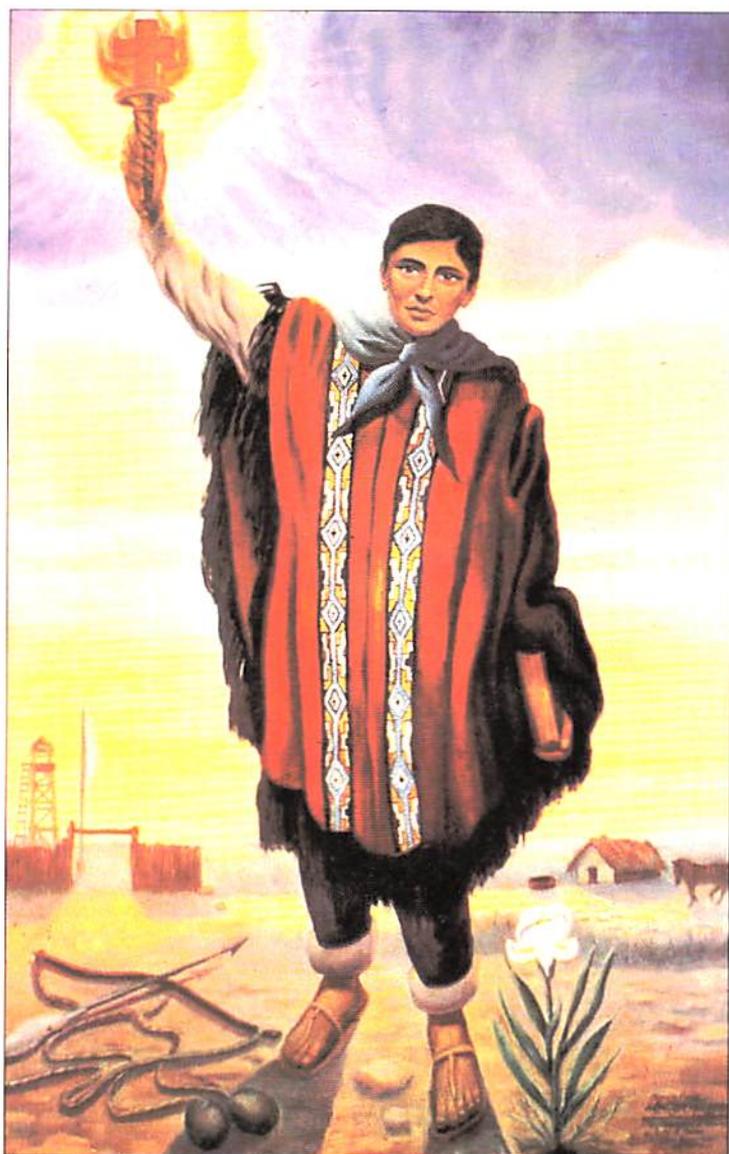
Venerable Artemides Zatti.
Nació en Boretto (Italia) en 1880.
Murio en Vicuña (Río Negro, Argentina)
en 1951. Fue declarado Venerable por
Juan Pablo II el 7 de julio de 1997.
(Olco del pintor Aurelio Friedrich).



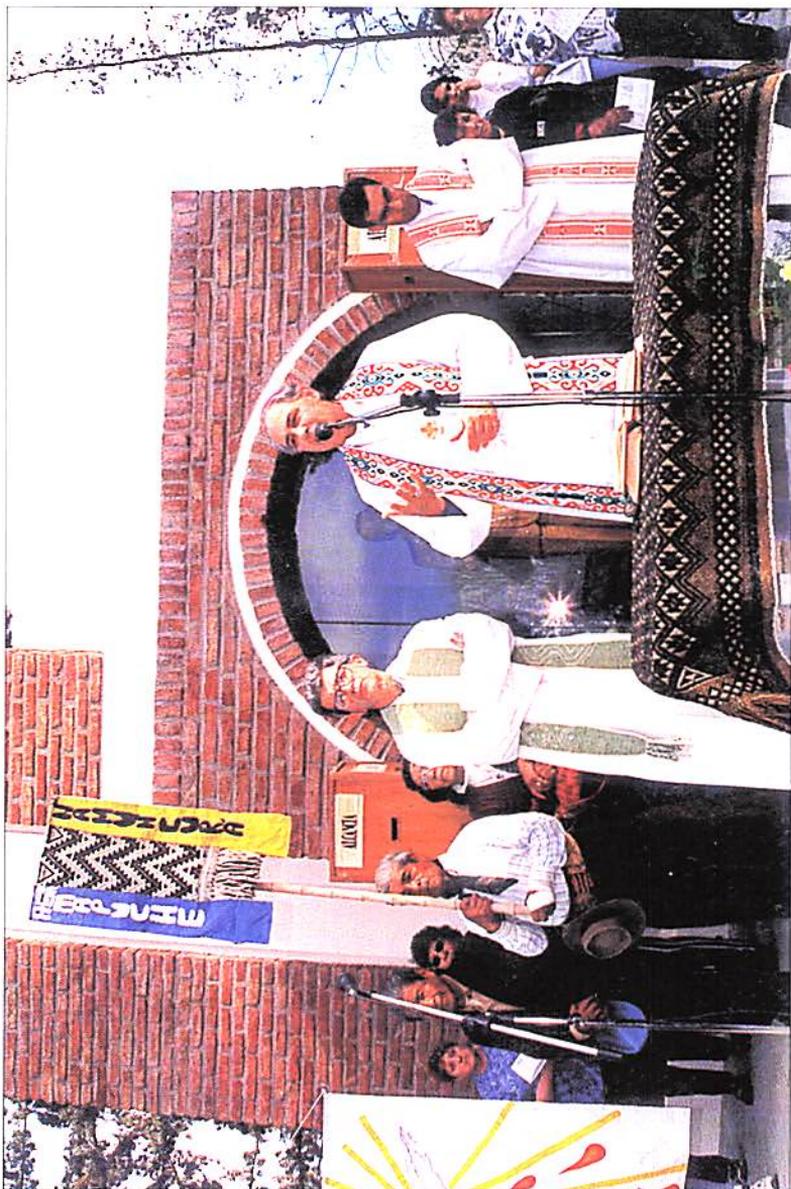
“Ceferino Namuncurá”, pintura del artista Amado Armas.
(Archivo de la Procura Salesiana de la Patagonia
de Buenos Aires).



Rostro de Ceferino, con pañuelo al cuello y un poncho mapuche
sobre sus hombros, y con la reproducción de la firma auténtica
de Ceferino. Pintura de Amado Armas. (Archivo de la Procura
Salesiana de la Patagonia en Buenos Aires).



“Ceferino Namuncura” Oleo del pintor rosarino Santiago Piazza.
El original se encuentra en la Procura Salesiana de la Patagonia en Buenos Aires



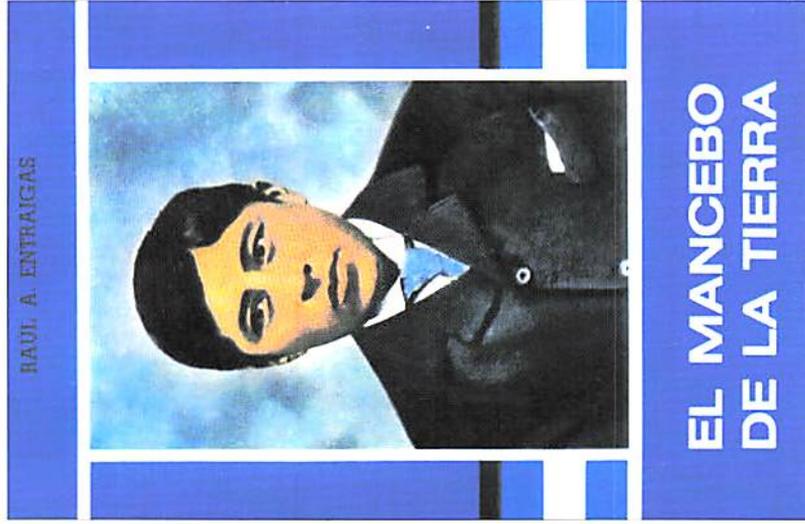
Chimpay. Una de las tantas peregrinaciones que concurren a esta población, cuna de Celerino.

Preside la celebración el Obispo de Viechna, Monsenor Marcello A. Melani. A su derecha, el P. Ricardo Noceti, autor de este libro.

A la izquierda del Obispo, el P. Pedro Narambuena. El grupo de la izquierda son integrantes de la Agrupación Namuncura, peregrinando en Chimpay.

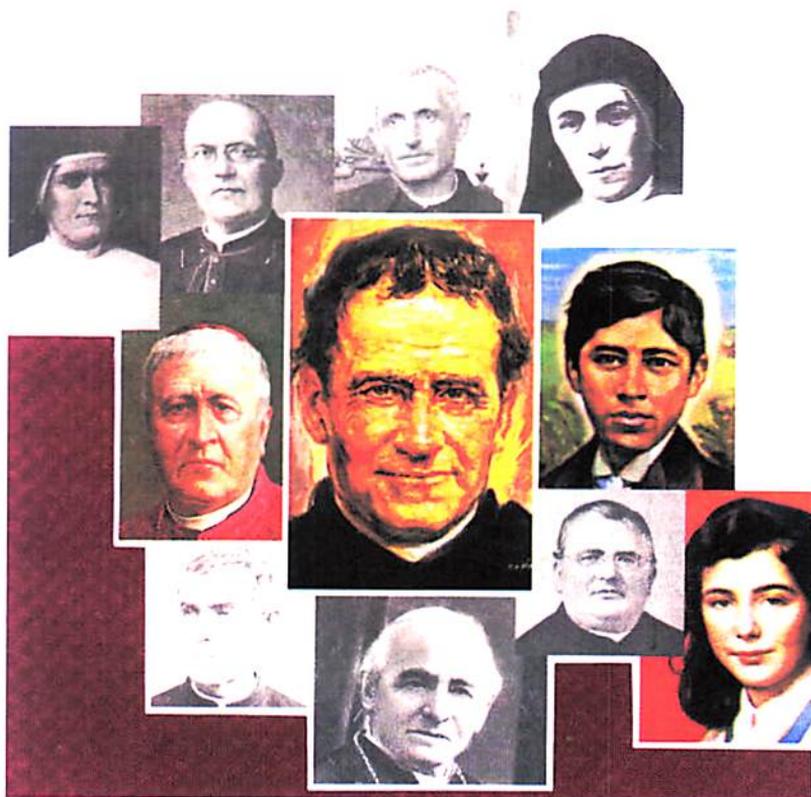


"Ceferino Namuncurá". Dibujo alegórico del pintor rosarino Marcelo Dasso. Tapa del libro "Poesías del Indio Santo", de Néstor Alfredo Noriega, Editorial APIS, Rosario, 1956.



Portada del libro "El Mancebo de la Tierra", de Raul A. Entraigas. Fue publicado en 1974 por la Editorial Don Bosco, de Buenos Aires.

Apóstoles de la Evangelización de la Patagonia y de la Tierra del Fuego



Arriba, de izquierda a derecha:

Hna. Angela Vallese, Monsenor Jose Egnano, Padre Pedro Bonacina
y Santa Maria Dominga Mazzarello

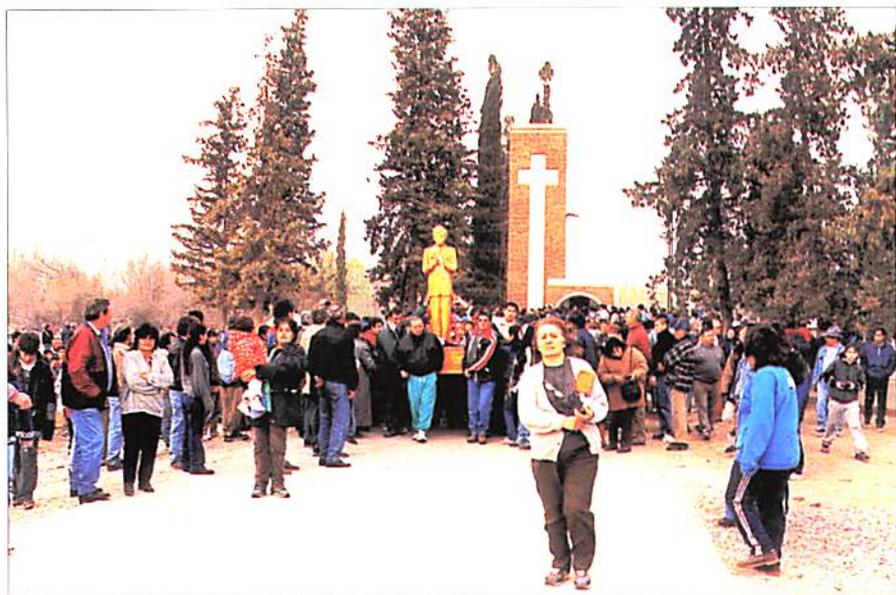
En el medio:

Cardenal Juan Caghiero, San Juan Bosco y Venerable Ceferino Namuncura

Abajo, de izquierda a derecha:

Padre Domingo Milanesio, Monsenor Santiago Costamagna,
Padre Evasio Garrone y Beata Laura Vicuna.

La Beata Laura Vicuna y los Venerables Ceferino Namuncura y Artémides Zatti
son los frutos más preciosos de santidad de las Misiones Salesianas de la Patagonia.



Chimpay: Peregrinos portando una talla de Ceferino.



Fortín Mercedes, 7 de mayo de 1979. Peregrinación de "Obras Benéficas Ceferino Namuncurá" de Rosario. Organizada y dirigida por su Presidenta, la Sra. Blanca Civalero Harrison (cuarta de la derecha de los sentados). De Rosario parten todos los años varias peregrinaciones a Fortín Mercedes.



"Ceferino Namuncurá". Oleo de Rodolfo Ramos, 1986
(El original está en la Procura Salesiana de la Patagonia de Buenos Aires).

CAPÍTULO 5

Viaje hacia la cultura huinca

*“Cómo está solitaria la ciudad popular”
(Lamentaciones 1,1)*

La salida de Ceferino Namuncurá de su tierra y su radicación en Buenos Aires no puede asimilarse enteramente a la gran “Salida” del Pueblo de Israel de Egipto. Tampoco el Exilio refleja plenamente la situación de Ceferino, rumbo a la tierra prometida. Por eso, creemos que debe entenderse en el marco de la vocación de Abraham.

Sin embargo, Buenos Aires debió representar en algunos aspectos la figura de Babilonia para Ceferino: la ciudad grande, la metrópoli del blanco (por más que en ese momento fuera tan sólo una gran aldea), un reducto del paganismo, en el que Ceferino debió sufrir en carne propia la discriminación, la burla, la falta de reconocimiento.

Pero, al mismo tiempo, esta “salida” de Ceferino puede asimilarse también a la peregrinación que, como cristianos, estamos llamados a realizar porque “no tenemos en este mundo morada fija, sino que vamos buscando la futura”.

Y entre Egipto, Babilonia y Jerusalén, también Ceferino fue haciendo su camino hacia la patria definitiva.

* * * * *

Es propio de los grandes hombres luchar por un ideal y es igualmente necesario para los hombres con visión de la historia aceptar la realidad para trabajar a partir de ella.

Del mismo modo que Don Manuel Namuncurá, después de haber sido uno de los caciques (sólo igualado y tal vez superado por Sahiueque) que más se empeñó en luchar por conservar su tierra y su autonomía, tuvo que aceptar la supremacía de los vendedores y tratar con ellos, Ceferino, en la línea de su padre, se dio cuenta de que había que abrirse a la cultura huinca para incorporar sus elementos más valiosos, pero sin renunciar nunca a la identidad mapuche en la que había nacido y se había criado y de la que se sentía sanamente orgulloso.

Hay que entender en esta perspectiva el traslado de Ceferino a Buenos Aires. Y sobre todo el “viaje” hacia la cultura blanca que le podía dar otros instrumentos para ser útil a su gente. Por los datos disponibles, el viaje debe haberse realizado entre mediados o fines de agosto de 1897.

El viaje a Buenos Aires en aquellos años duraba varios días. Hasta Choele Choel, una comitiva de a caballo acompañó a Ceferino y a su padre. Ya había un pequeño caserío, frente a la isla del mismo nombre y la siguiente etapa sería en galera, hasta Río Colorado.

En esa localidad tomaron el tren. Acompañaban a Ceferino, además de su padre, un primo de Ceferino y el lenguaraz que siempre acompañaba al Cacique.

Cuando se supo en Buenos Aires que don Manuel Namuncurá viajaba hacia la Capital, los mapuches residentes que, por distintos motivos, se habían afincado allí, se reunieron para esperarlo en la Estación del Ferrocarril Sud. Presidía la delegación el mapuche Antonio Rey que lo recibió con estas palabras: “-Venimos a recibirlo... somos los mismos paisanos suyos de ayer... hemos sido y seguiremos siendo súbditos de Ud... le conservaremos el mismo amor de siempre”.

Cuando le preguntaron a Ceferino cuál era la razón de su viaje a la Capital, éste respondió muy resueltamente: “-Vengo a estu-

diar para ser útil a mi raza". Los indígenas residentes seguían sintiéndose mapuches y celebraron la respuesta de Ceferino.

Namuncurá fue inmediatamente a ver al General Luis María Campos, y a pedirle su intervención para conseguir colegio para su hijo.

El general le prometió conseguirle una beca en los Talleres Nacionales de la Marina, situados en el Tigre.

Allí ingresó Ceferino inmediatamente, como aprendiz de carpintero, pero no se sintió cómodo. No tenemos testimonios detallados de cuáles fueron las razones por las cuales no estuvo a gusto en esta escuela, pero lo cierto es que cuando, a los pocos días, su padre fue a visitarlo, Ceferino le pidió que por favor lo retirara, pues no podía habituarse a ese ambiente.

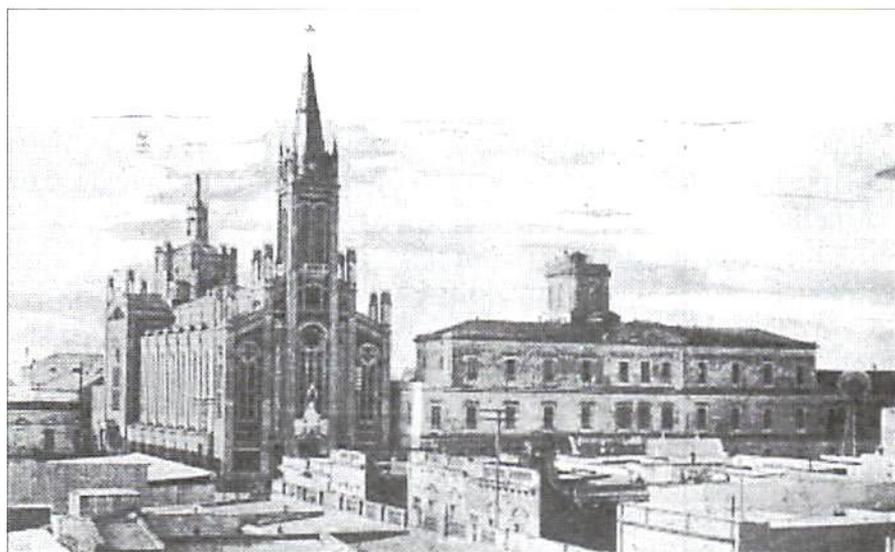
Namuncurá recurrió al consejo del ex presidente Luis Sáenz Peña, a quien apreciaba mucho. Y el ex presidente le habló de los Colegios Salesianos, que se destacaban por su buen nivel educativo y su espíritu familiar. Se trataba, además, de los evangelizadores de la Patagonia, a quienes Namuncurá no conocía todavía directamente, pero de los cuales mucho había oído hablar. Y ese mismo día, 14 de setiembre de 1897, el Dr. Luis Sáenz Peña le entregaba al Cacique una nota de recomendación.

En esos mismos días Monseñor Cagliariro se encontraba en Buenos Aires y hacia él fue con la buena noticia el P. José Vespignani,¹ después de recibir al Cacique Namuncurá. Hay que decir que hasta ese momento Namuncurá no conocía a Monseñor Cagliariro. De modo que recién a partir de ese momento en que son presentados, inician una amistad que irá afianzándose con el paso del tiempo.

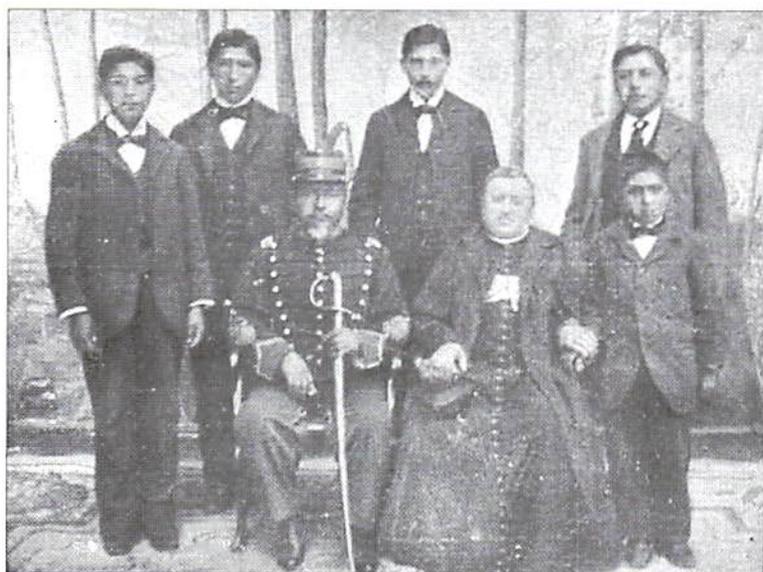
Y el 20 de setiembre de 1897 entraba Ceferino al Colegio Pío IX de Almagro. Junto con él también ingresaba un sobrino del Cacique, Albino Namuncurá Montiel, de 14 años, cuyos padres también vivían en Chimpay.

Monseñor Cagliariro invitó al huésped a almorzar en el Cole-

1. JOSÉ VESPIGNANI: Nació en Italia en 1854, profesó en 1876, sacerdote en 1876, murió en 1932. Se hizo salesiano siendo sacerdote y se trasladó enseguida a la Argentina, en donde desarrolló una gran actividad como Director, Inspector y animador de importantes obras apostólicas. El Padre José es una de las más eminentes figuras salesianas de la Argentina. Fue superior, amigo y admirador de Ceferino. (Nota de los Editores).



Primitivo Colegio Pio IX de Almagro (Buenos Aires), al que ingresa Ceferino el 20 de septiembre de 1897. A su izquierda, la Basílica de María Auxiliadora, inaugurada en 1910. (En "Argentina Salesiana", Buenos Aires, 1950, pag. 190).



Don Manuel Namuncura, de 86 años, vistiendo el uniforme de Coronel del Ejército Argentino, con sus cinco hijos varones. A su lado, su amigo y protector, Monsenor Juan Cagliero. Y al lado de Cagliero, el niño Ceferino Namuncura, de 11 años. Esta es la primera fotografía de Ceferino, tomada en septiembre de 1897 en el Colegio Salesiano Pio IX de Almagro (Buenos Aires) al que acababa de ingresar. (Archivo de las Misiones Salesianas de la Patagonia, Bahía Blanca).

gio. Hubo discursos, banda y al final todos los chicos rodearon a los visitantes. Ceferino se vio de pronto circundado por seiscientos chicos que lo miraban con curiosidad.

En realidad, Ceferino vivía en el Colegio Pío IX, pero estudiaba en el San Francisco de Sales -calle por medio- en el que funcionaban los dos primeros grados del primario.

Los primeros días de Ceferino debieron ser difíciles. No sabía hablar prácticamente ni una palabra en castellano, era el centro de las miradas (algunas no muy amistosas) por su condición de indígena, y chicos y grandes comentaban por todas partes la llegada del hijo del gran Cacique mapuche.

Sin embargo, cuando Don Manuel Namuncurá volvió a verlo después de unos días, Ceferino le dijo que él se encontraba feliz en su nuevo Colegio y que podía volver tranquilo a la Patagonia.

Ceferino había ingresado en un nuevo mundo. Puso todos sus esfuerzos en adaptarse rápidamente y por cierto lo consiguió ya que, en pocos meses, alcanza a expresarse en castellano y en los estudios avanza rápidamente: en 1899 está en segundo grado, en 1900 en tercero, en 1901 en cuarto y en 1902, en sexto grado.

Igualmente, llama poderosamente la atención la excelente caligrafía que puede observarse en varios documentos escritos que se conservan de Ceferino, ya desde las primeras cartas.

Hay cartas de abril de 1898 o de noviembre del mismo año, en las cuales aparece ya, además de una clara y fluida expresión en castellano, su excelente capacidad caligráfica que fue, con el tiempo, admirada por todos.

Desde los primeros momentos (y siempre a lo largo de su vida) Ceferino se mantiene ligado a sus padres, a quienes nunca dejará de escribirles, primero a Chimpay y luego a San Ignacio. Ceferino nunca se sintió "separado" de su gente, ni por las distancias ni por las nuevas costumbres que debió ir asumiendo. Por eso mantuvo con ellos una intensa y cariñosa correspondencia y recibía con gran afecto a su padre cuando lo visitaba en el Colegio de Almagro.

Por lo demás, Ceferino se va integrando en todos los aspectos de la vida del Colegio: en el estudio, en el juego, en el canto, en

la relación cordial con sus compañeros y superiores que lo apreciaban mucho, en la oración y en la fe.

Precisamente es el descubrimiento de los grandes valores cristianos donde Ceferino se destaca de inmediato. A través del catecismo se le abren progresivamente los misterios de la fe cristiana, a los que sin duda lo habían de alguna manera encaminado la sincera vivencia de la religiosidad mapuche, en la que había vivido su primera infancia.

No tenemos mayores detalles de cómo haya sido el "catecismo" de Ceferino, es decir, su preparación inmediata a la comunión, pero sabemos que, desde el principio, manifestó especial interés por conocer y vivir el Evangelio de Jesús. Según el P. Entraigas, su catequista ha debido ser el P. Antonio Costamagna. En sus conversaciones frecuentes con el P. José Vespignani y otros superiores iba desahogando sus dudas y preocupaciones. La participación cotidiana de la Eucaristía también lo preparaba e iniciaba para una vivencia cada vez más plena del banquete eucarístico.

Por otra parte, ya a comienzos de 1898, Ceferino fue propuesto para la compañía del Ángel Custodio, grupo de niños (más bien pequeños) que tenían sus reuniones semanales sobre temas religiosos.

Como preparación inmediata a la Primera Comunión, Ceferino realizó los Ejercicios Espirituales junto a sus compañeros en julio de ese año.

Y el 8 de septiembre -fiesta de la natividad de María- Ceferino realiza su Primera Comunión en la Capilla del Colegio Pío IX.

El P. José Vespignani, en un artículo aparecido en el Boletín Salesiano, dice al respecto: "Edificó a todos su diligencia empeñada en prepararse a la primera confesión y, poco después, a la primera comunión. El fervor con que recibió estos sacramentos le quedó impreso en la persona, dándole una expresión casi de ángel y ayudándolo a destacarse indefectiblemente entre sus compañeros por su piedad, diligencia y conducta ejemplar y filial confianza y tierna gratitud hacia los superiores" (pág. 79).²

2. Boletín Salesiano, junio de 1915, pág. 145.

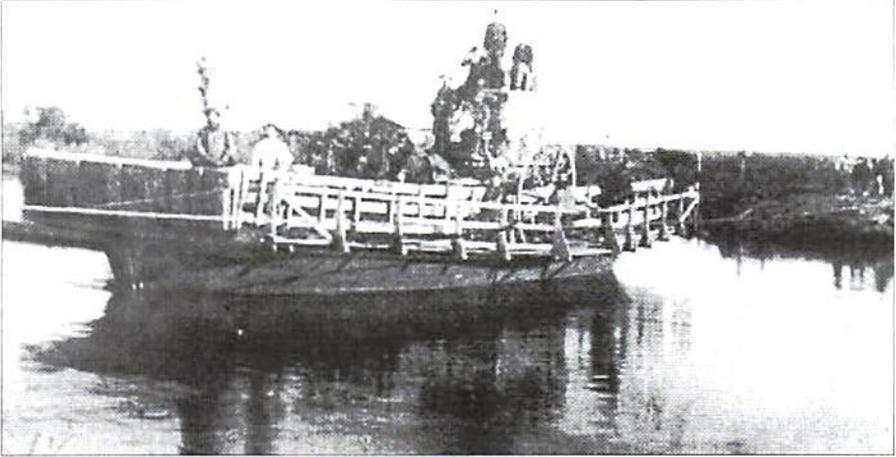


Foto histórica: La famosa Galera de Mora, atravesando el río Colorado sobre la balsa de Francisco Larrequi. La Galera llegó de Bahía Blanca a Patagones por primera vez el 25 de mayo de 1884, y prestó su servicio hasta la llegada del Ferrocarril en 1912. Zatti cuenta con detalles su viaje en la Galera de Mora, realizado el 3 de marzo de 1902. También Monsenor Cagliero y Ceferino viajaron en ella, de Viedma a Bahía Blanca, y viceversa.

Testimonio de José Alleno

“Un día nos hallábamos jugando al juego de la bandera con Ceferino, yo y otros compañeros entre los cuales recuerdo a Fermín Carreras, de trágica memoria, a un tal Viale, Biocca y otros.

“Se suscitó un incidente entre Ceferino y yo: él me había tocado y yo debía pararme al punto, pero la partida era muy reñida y quise trampear para ganar: insistí en que no me había tocado. Ceferino protesta. Yo me acaloro y lo llamo tramposo. Él me trató de mal hablado y nos fuimos a las manos. En ese momento intervino un Padre cuyo nombre no recuerdo, pero creo que era hermano de usted (escribe al P. José Vespignani), el Padre Pedro, y nos separó.”

Aunque no hay ningún documento escrito sobre algún propósito que Ceferino hubiera hecho en el momento de su Primera Comunión, hay quienes piensan que, desde entonces, Ceferino vivió cada vez más hondamente la piedad eucarística: Jesús estuvo siempre en el centro de su vida.

El mapuche es más bien cauteloso y reservado. Pero cuando el peñí mapuche se entrega, se da sin vueltas y para siempre. Eso ocurrió con Ceferino, sobre todo con su entrega a Jesucristo, pero también con sus “amigos” o “padres” salesianos, a quienes les abrió el corazón y se dio sin reservas.

Pero a Ceferino, todos estos progresos y adelantos le costaban “sangre”. Sus primeras notas en este primer año de colegio son bajas (a excepción de canto, conducta y catecismo). Y en su segundo año, en 1898, debió masticar la amargura del aplazo.

Por otra parte, un informe del Director del Colegio, al cabo del primer año de estudios, dice lo siguiente: “Ceferino iba aprendiendo el idioma nacional con decisión, pero trabajosamente”.¹

Por eso, Ceferino aprovecha las vacaciones en la Escuela Agrícola de Uribelarrea, para poder seguir avanzando en el estudio y ponerse al día, especialmente en las materias en las que había tropezado con mayores dificultades. Para eso, para estudiar, ha venido a Buenos Aires y no quiere perder un minuto para seguir conociendo los secretos de la ciencia humana y los misterios de Dios.

También Ceferino comienza a sentir muy de cerca la prepotencia y la malicia de sus compañeros. Es cierto que la gran mayoría lo aprecia sinceramente. Pero es cierto también que algunos se burlan de él, quieren “pasarle por encima”, o simplemente lo dejan de lado por su condición de indígena.

Ceferino, sin embargo, no devuelve mal por mal, y si alguna vez amagó irse a las manos, inmediatamente se reconcilió con su compañero que, por una mentira, había sido el causante de la discordia.

En las vacaciones aprovechaba también para retomar contac-

1. Testimonios, Serie segunda, pág. 17.

to con la madre tierra, haciendo valer su oficio de jinete y ocupándose en sus ratos libres en las tareas del campo. En este sentido, realmente puede decirse que Ceferino no olvida nunca que es “mapuche”, es decir, gente de la tierra. Cuenta uno de sus compañeros: “Como yo era el encargado de llevar todas las mañanas la leche del Colegio San Miguel a las Hermanas de María Auxiliadora, me pidió el P. Gherra que, ya que iba solo en la jardinera, llevara al niño Ceferino como compañero, pues le serviría de distracción y de paseo.

“Yo, encantado de tener un compañero de viaje, en pocas horas nos hicimos amigos. En el trayecto quería siempre él manejar el caballo. Yo siempre lo complacía. Él me narraba muchas cosas de la Patagonia. Para mí eran todas novedades, pero como no me interesaban, prestaba poca atención. Tanto que una vez lo interrumpí con una pregunta que no venía al caso. Y él me dijo: “¿Cómo? ¿No le interesan a usted mis explicaciones? Si usted conociera la Patagonia, vería qué linda es”².

Ceferino, a pesar de la lejanía, a pesar de su aceptación de la cultura blanca, no deja de permanecer siempre fiel a su tierra, a la Patagonia, a su raza mapuche.

2. Testimonios, Serie primera, pág. 113.

CAPÍTULO 6

Ceferino en Buenos Aires

Ceferino en Buenos Aires

La estadía de Ceferino en Buenos Aires fue un tiempo de descubrimiento, apertura y formación. Aprendió las ciencias humanas, por sobre todo la catequesis, que le abrió el corazón a los misterios del Reino.

Fue un tiempo de iniciación a la sabiduría cristiana.

Fue descubriendo poco a poco las riquezas de la Palabra de Dios, "Lámpara" destinada a brillar siempre en el camino de su vida.

En este sentido puede decirse que en él se cumplió plenamente el Salmo 119:

"Acuérdate de la palabra que me diste, con la que alentaste mi esperanza".

"Lo que me consuela en la aflicción es que tu palabra me da vida. Los orgullosos se burlan de mí como quieren, pero yo no me desví de la Ley. Recuerdo, Señor, de tus antiguos jueces, y eso me sirve de consuelo" (Sal. 119, 49-52).

En Ceferino, la antigua sabiduría mapuche heredada de sus padres, encuentra aquí como su culminación.

Dios es la fuente de toda sabiduría y Ceferino la percibió así. Además la sabiduría tiene un sentido práctico. Se trata de la sabiduría que enseña a vivir; a relacionarse con los demás, a cumplir con las propias responsabilidades. Por otra parte, la sabiduría cristiana puso a Ceferino en la perspectiva de lo definitivo, lo ayudó a darse cuenta de la relatividad o "vanidad" de las cosas que pasan y de las múltiples opresiones que el

bombre sufre en el mundo y que Ceferino había experimentado en carne propia. "Yo volví mis ojos a toda las opresiones que se cometen bajo el sol: abí están las lágrimas de los oprimidos, y no bay quien las consuele" (Ecl. 4.1)

Precisamente, para consolar y animar; para anunciar y liberar, Ceferino trató de profundizar en la sabiduría de la fe y en el misterio cristiano.

* * * * *

Para entender la formación de Ceferino y su progresiva maduración personal, es necesario tener presentes dos consideraciones. En primer lugar, Ceferino Namuncurá fue un chico extremadamente dotado. Si bien su liderazgo se ejerció de manera radicalmente distinta de cómo lo habían realizado su padre o su abuelo, Ceferino tuvo condiciones personales poco comunes: dotado para las relaciones humanas, dotado para el estudio, dotado para el ejercicio físico (mientras lo acompañó la salud); dotado para el esfuerzo sostenido y perseverante, dotado de una intuición poco común y de una madurez precoz que le hacían darse cuenta de cuestiones y realidades importantes y que superaban ampliamente su edad.

Pero es cierto también, y aquí viene la segunda consideración, que nada le fue fácil ni regalado. Tuvo que poner en juego toda su tenacidad y su esfuerzo para que todas esas cualidades pudieran desarrollarse y potenciarse.

Esto se irá manifestando, por ejemplo, en el estudio, pero también en todas las facetas de su aprendizaje en el mundo de los blancos.

Uno de los aspectos en los cuales se destacó fue el canto. En efecto, ya desde los primeros días, habiendo sido probado para integrar el coro del colegio, el maestro quedó entusiasmado de la calidad de la voz de soprano de Ceferino.

Su maestro de coro testimonió: "Poseía una linda voz de sopra-

no. Le gustaba mucho cantar las partes a solo. Ese año (1901) se ejecutó la misa de Capocci, y Ceferino cantó a maravilla el “et in terra pax.” Para los niños del Pío IX era una gran satisfacción el oír cantar al hijo del Cacique.” Por esta misma época frecuentó el colegio Pío IX e integró también el coro, quien después sería el gran cantor Carlos Gardel¹ (en el Colegio inscripto como Gardés). Ceferino siempre recibió algún premio en canto. En el 99, diploma “digno de alabanza”, al año siguiente, el segundo premio; en 1901, el primer premio; al año siguiente (sin duda en la duración del cambio de voz y con los primeros síntomas de la enfermedad) obtiene airosamente el diploma “digno de alabanza”. Ese mismo diploma recibió Carlos Gardel.

Ceferino también se destaca por la fidelidad de su memoria. En 1899, obtiene el segundo lugar en el Concurso Catequístico que se realiza en el Colegio. Entre las distintas facetas o motivo de este prestigio que tenía, se encuentra su destreza y habilidad en el deporte. Además de sus entretenimientos mapuches que pudo ejercitar especialmente en Uribelarrea (andar a caballo, cacerías, tiro con el arco, etc.)

También jugaba con gusto a la pelota (en la que se destacaba) y a los demás juegos habituales de los chicos en ese momento. Y poco a poco, a medida que pasaba el tiempo y lo iban conociendo, Ceferino iba ganando prestigio entre sus compañeros. En 1899 se había producido en Río Negro una gran inundación que había causado graves perjuicios y destrucción. A tal punto llegó el desastre que en Viedma el único edificio que quedó en pie fue el Colegio San Francisco de Sales. Y en Stefenelli ha quedado grabado en bronce el lugar hasta donde llegó el agua, en una de las partes del viejo colegio. Para ayudar a los inundados se formó en el Colegio Pío IX una comisión de alumnos, de las que fue elegido como presidente el mismo Ceferino y en la que tuvo activa participación.

El nacimiento del nuevo siglo reportó un golpe grande para

1. CARLOS GARDEL. (Charles Romuald Gardes); Nació en Toulouse (Francia), en 1887. Actor, compositor y cantante argentino, llegó muy niño al país junto con su madre Berta. Es considerado el mejor intérprete de tangos de todos los tiempos. Murió en un accidente de aviación en Medellín (Colombia) en 1936. (Nota de los Editores)



Año 1899. Detalle de una fotografía del coro del Colegio Pío IX de Almagro. Tanto Ceferno (primero de la izquierda de la segunda hilera, 13 años) como Carlos Gardel (primero de la izquierda de la primera hilera, 12 años) eran alumnos internos del Colegio Pío IX y ambos integraban el coro del Colegio. (Archivo Salesiano Inspectorial de Buenos Aires).

Ceferino. En ese año Don Manuel Namuncurá y su tribu debieron retirarse de Chimpay, para tomar posesión de las nuevas tierras.

Pero hubo también otro rudo golpe en ese primer año del nuevo siglo, que significó un impacto muy grande para Ceferino. Hay que recordar que, aunque los mapuches eran monógamos, el cacique tenía el privilegio de tener varias mujeres. Por lo que sabemos, Namuncurá tuvo tres (y hay quien afirmó cuatro): Rosario Burgos, Ignacia Rañil y una tercera no identificada. Ahora bien, cuando Don Manuel se hizo bautizar se propuso dar cumplimiento apenas pudiera al precepto cristiano, casándose con una de sus mujeres y abandonando definitivamente la poligamia. Y consta que se preocupó para que sus capitanejos o caciques subordinados hicieran otro tanto.

La elegida fue Ignacia, la más joven. Y aprovechó su paso por General Roca para casarse con ella, por civil y por Iglesia. En los archivos de la Parroquia se conserva el Acta de matrimonio.

¿Qué fue de la vida de Rosario Burgos desde entonces? La madre de Ceferino buscó refugio en la tribu de Yanquetruz, en las cercanías de Roca. Allí se casó con un indio llamado Coliqueo, con el que se radicó primero en Comallo y luego en Tres Morros, cerca de Zapala. Luego volvió a Río Negro a la tribu de Anecón Chico, en 1932. Cuando falleció su esposo fue recibida por su hija Clarisa en San Ignacio, donde pasó sus últimos años y finalmente falleció. Varios salesianos pudieron conocerla personalmente y el P. Pasino, la entrevistó para que brindara su testimonio sobre algunos hechos de la vida de Ceferino.

Para Ceferino este hecho significó una estocada durísima. Su madre había dejado de ser la esposa de Don Manuel Namuncurá y, por si fuera poco, se había ido de la tribu. Hay indicios que permiten afirmar que Ceferino averiguó pacientemente el paradero de su madre, hasta poder comunicarse con ella.

Pero este golpe es vivido ahora por Ceferino desde la perspectiva de la Cruz de Jesucristo, en la que encuentra respuesta al dolor humano. Él ha aprendido a conocer y a quererlo cada día más. Comulga diariamente, ora con frecuencia y cada vez se siente más atraído por los valores del Reino.

En ese mismo año, un asistente (Luis Bertagna) le llama la

atención a Ceferino porque lo ve distraído, mirando por la ventana. El maestro, como la situación se sigue repitiendo, opta por cambiarlo de lugar. Pero el buen mapuche aprovecha una conversación en el patio para quejarsele mansamente, porque desde el nuevo lugar donde lo han colocado no puede ver la lámpara del sagrario en la capilla. Uno más de los signos de incomprensión, que ha debido soportar Ceferino, de parte de los blancos.

En efecto, nuestro mapuche va madurando rápidamente en su fe cristiana. Las humillaciones que, a veces, debe sufrir por parte de sus compañeros, las dificultades para adaptarse al nuevo am-

Carta de Ceferino p. 100-101

Reverendo Padre Director: (12)

Desco en este día decirle unas cuantas palabras; pero como no puedo decírselas, porque tengo vergüenza, yo se las digo con la carta. En estos dos años y medio que estoy en este colegio, me ha gustado mucho, viendo que todos los superiores me quieren y también que los superiores son muy buenos.

Estoy muy contento que el reverendísimo monseñor Cagliero me haya traído del campo para que sea un buen cristiano.

Algún día, cuando sea grande, también le ayudaré a monseñor Cagliero a convertir indios. Los pobres que están allí no saben que hay Dios, no saben que Jesucristo derramó su sangre para salvarnos. Yo tampoco lo sabía que había Dios, cuando vine pues entonces debemos rezar por ellos para que se salven.

Gracias a Dios que estoy muy bueno, me ha ayudado a estudiar y me ha traído del campo.

Yo rezaré mucho por Ud.

Ceferino Namuncurá

biente, las malas noticias de su gente y de su madre, son ocasiones para vivir más intensamente el Misterio Pascual de Jesús. Él va haciendo diariamente su camino de purificación y liberación interior, que también desea para su pueblo.

Pero Ceferino -y ésta es una de las claves en las que él percibe el misterio cristiano- no vive la fe de manera individualista y desintegrada. Él más bien se inspira en el señor Jesús que vino a este mundo para ser el servidor de todos. Por eso, apenas se da cuenta del valor redentor del cristianismo, surge en él el deseo profundo y ardiente de ser apóstol. No es suficiente conocer a Jesús. Ni siquiera amarlo y tratar de imitarlo o seguirlo. Es necesario anunciarlo. Por eso Ceferino se aplica intensamente al apostolado, para que también sus compañeros puedan conocer y vivir la Buena Noticia de Jesús.

Y esto lo hace en todas las circunstancias: en el patio, en la clase, en las vacaciones y la diversión.

Pero también, en una faceta quizás poco conocida de su vida, lo hace como catequista. En efecto, ya en 1900, es decir, a los catorce años, se desempeña como catequista de niños en el Colegio San Francisco de Sales, de donde es alumno.

Por eso, a veces, en los recreos, se lo ve leyendo con mucha atención el catecismo. Y a la pregunta que le hiciera el Padre Luis sobre el porqué cansarse tanto en lugar de jugar con los demás, Ceferino responde:

-Es que debo aprender mejor que todos el catecismo, porque tengo que enseñárselo después a mi gente.

Además Ceferino participa activamente en las compañías, grupos de niños y adolescentes que proponían formación y apostolado a quienes las integraban. Ahora bien, Ceferino perteneció en algún momento a cuatro de estas compañías o grupos simultáneamente: a la del Ángel Custodio (ya en 1900), a la del Santísimo Sacramento, a la del Pequeño Clero (de los monaguillos) y a la de San Luis. Sus compañeros han testimoniado que se caracterizaba por su participación y su espíritu de iniciativa, que lo convertían en uno de los principales animadores de estos grupos.

Justamente para atraer y entretener a los chicos había aprendido algunos juegos de prestidigitación. Y resultó tan interesante

Carta al P. José

¡Viva Jesús, María y José! ¡Viva Don Bosco!
Revmo. Padre don José Vespignani

Reverendísimo Padre:

Ya hace tiempo que no le escribo carta a V.R.

¡Con qué ansiedad espero la orden de volver a San Carlos, Muy Reverendísimo Padre, mas la orden nunca llega! Concédame la gracia de que pueda volver y estar para Navidad en el colegio, ya que no pude estar para la Inmaculada, a lo menos en esta boda del Niño Jesús.

Mi salud está completamente restablecida y es por eso que he decidido volver.

¡Ah, mi muy Rdo. Padre, pienso ir muy pronto al Seminario Salesiano de Bernal, pues ya me ha dicho S.S. Ilustrísima Mons. Cagliero para seguir la Voluntad Santa del señor que me llama a su santo servicio, aunque soy indigno a tan alto honor.

También V.R. me prometió que me mandaría pronto a esa Santa casa de Bernal; y espero que V.R. se dignará aceptar mi humilde petición.

Recuerdos a S. Ilust.ma Monseñor Juan Cagliero.

Sin más que decirle, me despido pidiendo su santa bendición, encomendándome en sus oraciones, este pobre hijo en J. y M.

Ceferino Namuncurá

y persuasivo en estos juegos que alguien lo acusó de andar en tratos con el diablo. Varios testigos han manifestado la extraordinaria habilidad con la que mantenía en vilo a muchos niños con sus trucos de magia. Y cuando vaya a Viedma, enseñará también diversos juegos a sus compañeros.



Ceferino en el Colegio Pro IX de Almagro (Buenos Aires). Detalle de la fotografía tomada en 1898 al grupo "Legión Patricia" (Grupo de los mejores alumnos de cada grado, entre los que se encontraba Ceferino). (Archivo de las Misiones Salesianas de la Patagonia, Bahía Blanca)



Ceferino (segundo de la izquierda de los sentados), en un día de paseo en Uribelarrea. Año 1898. (Archivo de las Misiones Salesianas de la Patagonia, Bahía Blanca).

En 1899 comienza a germinar también en el corazón de Ceferino el deseo de ser sacerdote. Su pasión incontenible de llevar a Jesús a los demás lo lleva a querer entregarse totalmente a esta misión, en el sacerdocio. Por eso, le abre su conciencia al padre José en la Dirección Espiritual y con su ayuda va haciendo el camino del discernimiento para reconocer cada vez mejor qué es lo que pide la Voz que siente en su interior.

Esta inquietud y este deseo se mantendrán incommovibles en el corazón de Ceferino, a pesar de las diversas vicisitudes por las que tendrá que pasar. Y con el tiempo, podemos decir, se fue haciendo más fuerte y consistente.

Pero, al mismo tiempo que su corazón se abre de par en par al señor Jesús para que el Espíritu siga haciendo su obra en él, Ceferino se mantiene fuertemente ligado a su gente, a su cultura, a su origen mapuche. En una carta enviada al Padre José, encontramos el testimonio más elocuente de la incipiente pero firme intención vocacional de Ceferino.

Aún cuando se encarna cada día más en las exigencias de la cultura blanca, sigue subsistiendo en Ceferino un fuerte sentido de comunión, solidaridad y adhesión a su gente.

Por lo pronto, sigue siempre escribiendo a su padre, a su madre y a otros parientes y miembros de la tribu. Es una verdadera lástima que muchas de estas cartas se hayan perdido.

Además, no se avergüenza de su condición indígena manejando arco y flecha a la perfección, cuando el P. Beauvoir trae estos artefactos desde Tierra del Fuego al Colegio de Almagro.

Ni tampoco cuando monta el petiso del lechero para dar unas vueltas por las calles de Buenos Aires, dando una demostración de su destreza de jinete, ante el temor y el escándalo de muchos vecinos bienpensantes.

O como cuando el señor Viggiolo, que lo solía llevar los domingos a su casa de campo, le pidió el favor de que seleccionara algunos caballos que había comprado, para saber si eran de tiro o de silla. Ceferino comenzó palpando los caballos en la cruz. Luego los fue separando y, finalmente, montó uno por uno a los que había clasificado como de silla. Y el éxito fue completo, la selección había sido la justa en todos los casos.

Además, cuando tiene ocasión de hablar en su lengua con algún misionero, nunca pierde la oportunidad. En este sentido, Ceferino nunca fue un vergonzante de su lengua o de su cultura. También enseñó algunas palabras en mapuche a algunos de sus compañeros más curiosos.

Especialmente durante las vacaciones que pasaba en Urubelareta, aprovechaba para hacer largas cabalgatas y ocuparse afectuosamente de todo lo que tenía que ver con la tierra y con el campo. Hasta parece que Ceferino salvó a algunos compañeros de una estampida de novillos, por su experiencia de hombre de campo.

Demostraba también un gran respeto por la naturaleza, proverbial en las etnias aborígenes de América, y un trato respetuoso y cariñoso con los animales. Le fastidiaba sobremanera cuando alguien los hacía sufrir o los perseguía sin motivo.

En todo esto y mucho más, Ceferino seguía siendo profundamente Namuncurá, es decir indígena y mapuche hasta los tuétanos. Por eso, una de las grandes alegrías que tuvo el adolescente mapuche fue la gran misión que Monseñor Cagliariro realizó en la tribu Namuncurá, en San Ignacio, después de una larga gira que lo llevó primero a Chosmalal y a otras muchas poblaciones y parajes del campo neuquino.

En esa misión Cagliariro preparó personalmente al cacique quien, el 25 de marzo de 1901, hizo su primera comunión y, después de unos días, recibió la Confirmación.

Esta misión duró más de seis meses y Ceferino la siguió con gran avidez. No en vano, en un homenaje tributado a Monseñor Cagliariro en Buenos Aires y en el cual tuvo a su cargo uno de sus discursos, Ceferino concluyó diciendo: "Yo también me haré salesiano y un día iré con Monseñor Cagliariro a enseñar a mis hermanos el camino del cielo, como me lo enseñaron a mí".

En esa misión el viejo Cacique (ya contaba 86 años) pidió también al misionero que bendijera el camposanto, ya que, hasta ese momento, San Ignacio no tenía cementerio. Pero, además, Namuncurá hizo profesión pública de su fe cristiana y animó a los suyos a instruirse en la fe, aprovechando la presencia de los misioneros.

Parece que hacia fines de 1901 le aparecen los primeros sín-

tomas de la enfermedad. Y a mediados de octubre de 1902 los superiores deciden enviarlo a Uribelarrea, porque el estado de su salud deja bastante que desear. Se pensaba que el aire de campo le resultaría beneficioso y tal vez no se sospechaba aún la gravedad de la enfermedad.

Durante esos meses, Ceferino vivió intensamente unido al Misterio del cuerpo entregado y de la sangre derramada en la Eucaristía. Se le pidió que realizara el oficio de sacristán, y lo cumplió con entusiasmo y cuidado, hasta el más mínimo detalle en el orden y la limpieza de la capilla y los demás objetos sagrados.

Además, muchas veces ayudaba como asistente o preceptor de los chicos de la Escuela Agrícola.

El P. Heduvan nos ha dejado precisamente este testimonio: "Este joven mostró siempre, durante esos pocos meses del año 1902, un caudal grande de piedad, siendo además, por el buen temperamento que lo caracterizaba, muy apreciado por los pequeños agricultores, a los cuales asistía y cuidaba cuando el asistente no podía, por alguna razón, estar con ellos. Y no recuerdo que alguno se le hubiera insubordinado o faltado el respeto al pequeño asistente".

Hay que decir también que el progreso de la enfermedad no le impide a Ceferino afianzarse en su deseo de ser sacerdote y misionero de su pueblo. Por eso, cuando se le dice que los aspirantes al sacerdocio deben continuar sus estudios en el colegio de Bernal, manifiesta su firme intención de solicitar que se lo admita en ese colegio, como aspirante salesiano. Este deseo se convertirá en él en una verdadera obsesión, que no lo abandonará hasta su muerte.

Sin embargo, a pesar de lo que él suponía, no estaba sano. Al contrario, la enfermedad seguía su curso y los superiores deciden enviarlo a Viedma, confiando en que el clima patagónico favorecería su recuperación.

CAPÍTULO 7

Ceferino en Viedma

Ceferino en Viedma *“Señor, el que tú amas está enfermo”*

En esta larga marcha del pueblo de Dios, está también la crisis, el dolor, la enfermedad. El desierto es duro y áspero. En cualquier momento sobreviene el cansancio de la carne, la enfermedad y la muerte.

También en la vida de Ceferino llega el momento de la enfermedad, pero ésta es, como la de Lázaro, “para Gloria de Dios”.

El él se cumple también plenamente la palabra de Jesús a María: “¿No te he dicho que si crees, verás la Gloria de Dios”? (Jn. 11,40)

La enfermedad de Ceferino es otra oportunidad, la gran oportunidad de llevar la Cruz de Jesús. “Porque el que quiere salvar su vida la perderá...”.

En la enfermedad Ceferino, como Jesús en la Cruz, se va despojando de todo, absolutamente de todo.

Sí el enfermo es el rostro viviente de Jesús Crucificado, también Ceferino Namuncurá, solidario con tanta gente de su pueblo, que murió víctima de las epidemias o enfermedades para los que no tenían defensa, se identifica con Cristo agonizante y abandonado.

Pero Dios cumple sus promesas y el pueblo puede confiar en llegar a la tierra prometida. Y también el Crucificado lleva en sí la semilla de la Resurrección.

Aproximadamente a fines de enero de 1902 (según los cálculos de Entraigas), Ceferino viaja a Viedma. Patagones y Viedma han sido la avanzada en la evangelización de la Patagonia. Allí están las comunidades salesianas, desde donde salen los misioneros, como Patiru Domingo en sus largos y fatigosos viajes misioneros. Allí tiene su residencia Monseñor Cagliero, Vicario de la Patagonia. Allí está la Párrquia del Carmen, los colegios salesianos y las Hijas de María Auxiliadora, los Oratorios. Allí también el padre Evasio Garrone, conocido por la gente como el "padre doctor" ha fundado el primer Hospital de la Patagonia. Allí pasará Ceferino probablemente los momentos más gratos de su vida. Pero allí también deberá cargar la cruz de la incomprensión y el rechazo.

Viaja en el Vapor Pomona y aparentemente sin nadie que lo acompañe. Y ya el 8 de febrero escribe al P. José Vespignani a Buenos Aires, comentándole el viaje y su llegada al Colegio Salesiano de Viedma. Allí, entre otras cosas, le comenta con orgullo mapuche: "Oiga, cariñoso Padre, lo que el buen capitán decía a los demás pasajeros: 'Este niño nunca se marca, es muy fuerte, éste sí que es un hombre'".

Ceferino viaja a Viedma por motivos de salud. Sin duda, habrá hablado con sus superiores y médicos al respecto. Podemos preguntarnos: ¿conocía Ceferino la seriedad de la enfermedad que lo aquejaba? En la mencionada carta, en uno de los párrafos, se lee: "Estando deshauciado y teniendo que lanzarme a un viaje largo y penoso".

Si nos atenemos al tenor de las palabras, Ceferino "sabía" que estaba deshauciado. En otras ocasiones, especialmente cuando la enfermedad le da alguna tregua, parecería que Ceferino confía en restablecerse. De todos modos, es propio de la psicología del enfermo alternar momentos de realismo y claridad con momentos en que el mismo deseo de la salud lo mueve a ser optimista con respecto a la evolución de la enfermedad. De todos modos, si efectivamente conocía su estado de salud, con qué serenidad y fortaleza, con qué discreción y naturalidad, con qué alegría y capacidad de proyecto sigue viviendo. En ningún momento encontramos en él actitudes de víctima, de depresión o de tristeza. Ma-

nifiesta una notable fortaleza interior y está siempre animado por el Espíritu de Dios que lo sostendrá hasta el final.

Mientras tanto Don Manuel Namuncurá, probablemente enterado de los quebrantos de la salud de Ceferino, envió una comitiva a Buenos Aires, para que se lo trajeran a San Ignacio.

Sabemos por distintas fuentes que el Cacique extrañaba a su hijo y deseaba poder verlo lo antes posible.

Formaban parte de la comitiva, su hijo Julián, su hermano José y Miguel, un joven de la tribu. Los envía con una carta dirigida a Don Luis Sáenz Peña.

Allí se encuentran con la sorpresa de que Ceferino no está en Buenos Aires, sino que ha sido enviado a Viedma. Deben regresar, entonces, con las manos vacías.

Mientras tanto, la vida de Ceferino transcurría en el Colegio San Francisco de Sales que, en ese momento, se encontraba en pleno auge. Su edificio -monumental para la época- había sido inaugurado en 1897. Funcionaba allí una Escuela de Artes y Oficios con pupilaje, en la que estudiaban muchos chicos de la Pata-



Viedma, Colegio "San Francisco de Sales". El cardenal Cagliero levantó en Viedma este edificio a fines del siglo pasado, cuando en la Patagonia no se tenía idea de tales construcciones y cuando el ferrocarril llegaba solo hasta Bahía Blanca. Entre 1902 y 1905 Ceferino Namuncurá y Artemides Zatti estuvieron juntos en este Colegio en calidad de aspirantes salesianos. Ambos estaban enfermos de tuberculosis.

gonia, aprendiendo y capacitándose para diversos oficios: carpintería, sastrería, tipografía, etc.

Había también un pequeño grupito de aspirantes que recibieron con gran alegría a Ceferino cuando se enteraron que éste deseaba también ser sacerdote salesiano.

En aquellos años reinaba en el Colegio San Francisco de Sales un maravilloso clima de confianza, fervor espiritual y afecto recíproco entre todos los miembros de aquella laboriosa colmena. Se vivía y respiraba un auténtico espíritu de familia que hizo que Ceferino se encontrara muy pronto a sus anchas. Un compañero de Ceferino, Augusto Valle, nos narra lo siguiente: “Éramos pocos compañeros y nos queríamos como hermanos. No he vuelto en mi vida a disfrutar de una amistad tan sincera como la de los años pasados en el Colegio San Francisco de Sales... Allí los alumnos de sexto grado compartíamos con los Superiores y los hermanos Coadjutores de los mismos juegos diarios, broma tras broma en los mismos, con sencillez e ingenuidad en unos, aunque inocente picardía en otros, que a veces seguía fuera de los recreos. Esto daba al Colegio un ambiente familiar que sólo Don Bosco y el Ángel de la Patagonia, Monseñor Cagliero, con su imitador, el P. Vacchina ¹, podían formar. ¡Cuántos episodios y cuántas hermosas anécdotas podría contar!”. ²

Además de salesianos sacerdotes había un nutrido grupo de hermanos Coadjutores, entre los cuales estaba el Venerable don Artémides Zatti, que era uno de los pilares del Hospital regional. En Viedma, Ceferino se granjeó inmediatamente la amistad y el afecto de sus compañeros. Y encontró en el Padre Juan Beraldi un confesor sencillo y bueno, por el que siempre se sintió comprendido y apreciado.

Apenas llegado al Colegio, como aún era tiempo de vacaciones, Ceferino participa con los chicos que se han quedado de las excursiones, juegos, cantos, caminatas y otros mil entretenimien-

1. BERNARDO VACCHINA: Nació en Italia en 1859, profesó en 1887, sacerdote en 1882, murió en 1935. Muy querido por Don Bosco. Llegado como misionero a la Argentina, estuvo muchos años ayudando a Monseñor Cagliero en la organización del Vicariato y realizando una vasta obra de evangelización y civilización entre los Indígenas. Fue superior y amigo de Ceferino en Viedma. (Nota de los Editores).

2. Testimonio, Serie Primera, pag. 59.

tos que los educadores programan para que todos puedan estar contenidos y entretenidos. Ceferino se pone inmediatamente a disposición de todos, especialmente de los más pequeños.

Pero, apenas comenzaron las clases, acometió con la tenacidad y el esfuerzo habituales en él, el estudio, incluso el del latín, que debían realizar los aspirantes. Le fue confiada además la tarea de mantener ordenada la Capilla privada de Monseñor Cagliero, tarea que desempeñó con la mayor alegría y generosidad.

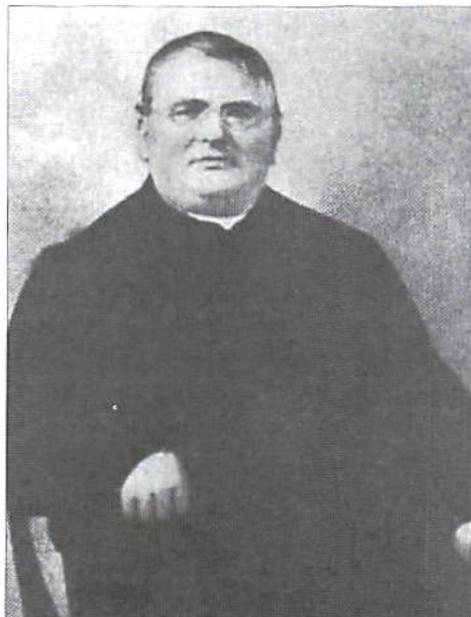
Cuando se dio por concluido el edificio del Colegio María Auxiliadora de Patagones, se resolvió que los aspirantes pasaran a la vecina ciudad maragata, precisamente al lugar que antes habían ocupado las Hermanas, que se denominó en aquel momento Colegio San Francisco Javier. Eran dieciocho aspirantes.

Nos hemos referido a la pasión de Ceferino por el sacerdocio y a su deseo incontenible de llegar cuanto antes al aspirantado salesiano. Pues bien, Ceferino debió quedarse en Viedma.

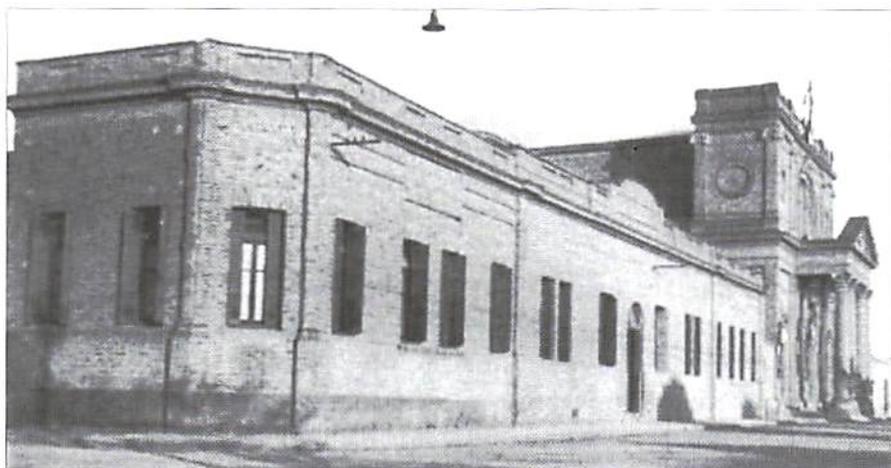
El P. Luis Klobertanz, en su valioso folleto, propone la hipótesis de que, como Ceferino no era hijo legítimo (no olvidemos que su padre tuvo cuatro esposas y recién se casó por Iglesia en 1900 con una de ellas), el Cardenal Cagliero se encontraba en un gran conflicto de conciencia, ya que, por una parte, veía las condiciones inmejorables de Ceferino para la vida salesiana pero, por otra, el Código de Derecho Canónico entonces vigente, impedía la admisión a las Órdenes sagradas a los hijos de familias de condición irregular. Y es por ese motivo que se frustra la integración de Ceferino con los aspirantes en Patagones, como así también se frustran otros intentos que el joven mapuche hará en Italia (como los que antes había hecho por ingresar en Bernal).

Hay que decir, ante todo, que no hay ningún documento ni testimonio que avale esta hipótesis. Sin embargo, si consideramos también los reiterados y angustiosos pedidos que Ceferino hace de su acta de bautismo (sin que recibiera nunca respuesta afirmativa), parecería posible la hipótesis del P. Klobertanz, ya que en esa época tenían mucho peso la “normalidad cristiana” de la familia en el discernimiento de los aspirantes al sacerdocio.

No obstante, en esta decisión, hay también otro factor que sin duda ha debido ser decisivo en “ese momento” del traslado de los



Padre Evasio Garrone, el padre "dotor" (1865-1911) Médico y director espiritual de Artemides Zatti. Su atención médico-espiritual se irradiaba por Viedma, Patagones, Fortín Mercedes y por varias otras localidades. Sus restos descansan en el Cementerio de Viedma, en un monumento que el pueblo agradecido le erigió. Entre los años 1902 y julio de 1904 atendió a Ceterino tuberculoso con especial cuidado en Viedma.



Viedma: El primitivo Hospital San José, construido por Monsenor Cagliari en 1889 y relacionado y ampliado luego por el padre "dotor". Allí el padre Evasio Garrone atendía a Ceterino y a Zatti, ambos tuberculosos.

aspirantes a Patagones. Este factor es, sin duda, el quebrantamiento de la salud de Ceferino (aspecto que fue siempre muy tenido en cuenta para la admisión a la vida salesiana) y la necesidad de atenderlo con mayor cuidado, ya que en Viedma se contaba con el Hospital y la asistencia solícita del P. Garrone y del enfermero Don Artémides Zatti.

Pero, ¿cómo sintió, como vivió Ceferino este acontecimiento de algún modo crucial para su vida?

Veamos cómo relató el P. De Salvo, integrante de ese lote de aspirantes, ese día.

Dice el padre De Salvo:

Precedidos por el padre Vacchina, nos instalamos en el antiguo colegio de las Hermanas. Con nosotros vino también Ceferino quien quiso traer, él mismo, una pequeña estatua de María Auxiliadora que fue colocada en el patio embaldosado, bajo un pequeño pórtico. Por muchos años recibió el saludo de los aspirantes, al finalizar los recreos largos, cantándose ante ella hermosas alabanzas.

Éramos dieciocho aspirantes fundadores. Pero tuvimos una tristeza: Ceferino no podía quedarse con nosotros... Su salud, en extremo delicada, requería cuidados especiales. Y los superiores, que lo amaban muchísimo, no quisieron cargar con la responsabilidad de quitarle la vigilancia más que paterna con que el padre Garrone seguía, meticulosamente, los pasos de la inexorable tuberculosis, que amenazaba arrebatarnos a la Congregación una de sus glorias más puras, y una de las esperanzas más acariciadas, cual era la de que Ceferino llegara a ser sacerdote y misionero entre sus mismos paisanos, que era también la suprema aspiración de su vida.

¡Y Ceferino tuvo que abandonarnos! Quedamos diecisiete aspirantes... Nunca olvidaré la escena: terminaba el día 13 de junio; el padre Vacchina, que tampoco podía disimular la emoción con que se separaba de nosotros, con quienes compartía la mayor parte del día, en Viedma, nos reunió a su derredor...

Los últimos consejos los dio con palabras entrecortadas.

Luego se sobrepuso. Dijo una serie de chistes llenos de su gracia peculiar y nos dio a besar la mano. Pero su ojo experto había advertido que, en un rincón, solo, con la cabeza inclinada, estaba el hijo del desierto, su predilecto Ceferino, triste, conteniendo las lágrimas...

El padre Vacchina, lo recuerdo muy bien, vaciló... Pero se hizo el fuerte y con voz esforzada le dijo:

-Ceferino, ven acá; despídete de tus compañeritos... ¡Vamos! Hay que ser fuerte... ¡caramba! ¡No faltaba más! ¿No ves como yo no lloro?

Y luego, con voz más fuerte, quizás para disimular mejor lo que sentía en esos momentos de separación, dirigiéndose a nosotros nos dijo:

-¿Y ustedes qué hacen con esa cara de dolorosa? ¡Está lindo eso! Como si fuera el fin del mundo... ¡Vamos a ver!

El padre Vacchina, con una excusa, se retiró por breves momentos. Nosotros rodeamos a Ceferino, y nos despedimos, sin poder contener nuestra emoción y tristeza al verlo alejarse de nosotros por primera vez...

Al cabo volvió el padre Vacchina, tomó de la mano a Ceferino y, pasando su sombrero por encima de nuestras cabezas, se alejó. Los acompañamos hasta la puerta... Ceferino, en sus escritos, dejó consignada la tristeza grande que le produjo esta separación. (14).

14. Testimonios, Serie primera, págs. 128-129.

Y Entraigas, coloca como colofón de este testimonio este párrafo que, si bien paga tributo a la retórica de la época, no deja de tener su fuerza conmovedora: “¡Qué noche aquella del 13 de junio de 1903 para el pobre Mancebo!. Solo en el caserón de Viedma, tosiendo sin cesar, se sintió fracasado, vencido, anulado... Las lágrimas corrían abundantemente por sus mejillas. Ansiaba como ningún otro de los aspirantes estudiar para ser sacerdote, y la en-

fermedad se le cruzaba en el camino como un designio fatal... ¿Por qué Dios que lo había llamado, no le aliviaba el camino? 2

Llega para Ceferino unos de los momentos culminantes de la Cruz en su camino de creyente. Dios le pedía (¿era Dios quién se lo pedía?) que renunciara a aquello que Él mismo le había puesto en el corazón. El desasimiento debía llegar hasta lo más íntimo, lo más auténtico, lo más profundo.

Con todo, Ceferino seguiría luchando, sufriendo, esperando. El viaje a Italia será otro motivo de esperanza para curarse y poder seguir los estudios eclesiásticos.

Además, Ceferino nunca dejó de sentirse cerca de sus compañeros aspirantes y frecuentemente iba a visitarlos con el P. Vacchina, director del Colegio. El P. De Salvo recuerda de este modo esas visitas: “El buen Padre frecuentemente nos aparecía en el patio y su secretario infaltable era Namuncurá, quien con sus propios brazos, traía la sabrosa carga de uva. A pesar de habernos familiarizado con él, este servicio humilde que nos hacía, nos llenaba de admiración: el hijo del grande y temido Namuncurá, en su afecto hacia nosotros. Se sobreponía a su enfermedad...”

“Y él mismo quería traernos sus regalos, subiendo, sudoroso, las empinadas calles desde el muelle hasta nuestro colegio. Me parece verlo: a pesar de su buena voluntad, sus fuerzas no eran para tanto.

“Y, al terminar la voluntaria tarea que con tanto gusto se había impuesto, depositaba su carga sobre una ventana baja del patio y, medio sofocado por el esfuerzo hecho, apenas podía contestar a nuestros efusivos saludos.

“Pero nosotros apreciábamos su virtuoso proceder en todo su valor. Y nuestra veneración hacia él iba en aumento. Y sentíamos un verdadero orgullo al merecer sus atenciones y poder comprobar su afecto fraternal y sabernos compañeros suyos... Por eso tuvimos siempre nuestra convicción de que nuestro compañero era un verdadero santo...”³

2. Entraigas, pág. 178.

3. Testimonio, pag. 201.

Carta de Ceferino a Vespignani (p. 162)

¡Viva Jesús, María y José!
Viedma, marzo 13 de 1903

Muy Reverendo Padre José:

Con grandísimo placer y alegría escribo estos pocos y humildes renglones a V.P.

Quisiera estar a su lado en el día grandioso de su Santo Patrono San José, sin embargo, desde este lugar tan distante, le mando mis humildes felicitaciones que salen de mi pobre, sincero y agradecido corazón.

Uno mis plegarias a los niños de ese colegio que dirigen fervorosas a San José por V.P.

Yo siempre quiero pertenecer al número de vuestros hijos en Jesús y María; hasta ahora, nunca me he privado del V.P. especialmente cuando tengo la dicha de recibir en mi corazón el Pan de los Ángeles, reza siempre por V.P.

Después de tantos beneficios espirituales y corporales que V.P. me hizo ¿será posible que yo deje de rogar por un Padre tan cariñoso, amable y bondadoso como V.P.?

En este colegio de Viedma se consagró un mes entero a San José, con lectura espiritual del Gran Santo todos los días.

¡Ah, Padre! Reina una devoción grandísima a este santo predilecto de este colegio y se han conseguido gracias especiales de San José.

A mí, que estoy un poco enfermo, los superiores me consuelan con decirme que recurra a San José; lo estoy haciendo y confío mucho en San José que es tan bueno, no dejará de escucharme.

Voy a pedir a San José bendiga sus fatigas y le dé dinero para que adelante la grandiosa obra de nuestro templo de San Carlos.

Sin otra cosa por la presente, gózome profesarme humilde y obediente hijo en Jesús y María de V.P. mientras con cariño le beso la mano.
V. Jesús, María y José. W.

Ceferino Namuncurá

Testimonio de José Caranta (p. 182)

Terminaba el año 1903 y las antiguas dolencias presentáronse nuevamente con vómitos de sangre que le hicieron guardar cama durante una semana y que no le permitieron seguir sus estudios.

Dedicóse entonces con entusiasmo a ayudarme en la sacristía. Fue en esa época cuando lo conocí íntimamente y valoricé los tesoros de gracia encerrados en el pequeño hijo del desierto.

Fue mi ayudante en la sacristía. Todo lo que le mandaba lo hacía sin contradecir. Era incansable: trabajaba con cariño en el servicio de Dios...

Una vez que trabajamos todo el día y hasta la noche en la preparación de la fiesta del primer día del año, yo le dije: "Siento mucho el haberte hecho trabajar tanto", y él me contestó con estas preciosas palabras: "No importa el trabajar mucho, con tal que salvemos el alma...".

Era ordenado en todo: preguntaba siempre lo que debía hacer y todo lo cumplía con un fin recto, todo por amor de Dios... y no como otros chicos que lo hacían mal y pronto para correr al patio...

Pero, entre tanto, en el Colegio San Francisco de Sales se seguía desarrollando la vida cotidiana de Ceferino.

Allí, mientras él continúa estudiando, rezando, trabajando, jugando, también la enfermedad prosigue implacablemente su curso.

El P. Evasio Garrone era quien velaba siempre con gran solicitud por la salud de Ceferino. No era médico recibido pero tenía un valioso conocimiento empírico y una feliz intuición para diagnosticar y tratar enfermedades. Por eso, la gente lo admiraba y le tenía una irrefragable confianza. Y él fue siguiendo muy de cerca la evolución de la enfermedad de Ceferino.

También Don Artémides Zatti se preocupaba con gran diligencia por el joven mapuche.

Se sabe que era particularmente cariñoso con él y que estaba muy atento al proceso de la enfermedad. Ceferino algunas veces protesta por tantas atenciones o por los gastos que pudiera llegar a causar, pero finalmente logran hacerle aceptar que su enfermedad requiere que con él se tengan cuidados especiales.

Precisamente, Don Zatti, declarando en la Causa de Ceferino como testigo, relatará cómo todas las mañanas, según la receta del P. Garrone, compartían un bife a la plancha, una copita de vino y un pedazo de pan. Y por la tarde, la segunda medicación: un paseo para tomar aire puro, buscar huevos frescos de la chacra y tomar un buen cóctel de huevo batido. Don Zatti, que en ese momento tenía unos 22 años y también estaba tuberculoso, recuerda que Ceferino le decía: “Qué buenos son nuestros superiores. Nos aman como si fueran nuestro padre y nuestra madre. Vamos a rezar por ellos el Rosario”.

Ceferino guardará siempre un recuerdo muy grato de Don Zatti y le enviará desde Roma una estampa con la dedicatoria: “A mi enfermero Artémides Zatti, cordiales saludos”.⁴

En algunas temporadas, Ceferino, con gran pesar suyo, debía interrumpir la asistencia a clase, pero luego de reponerse, volvía con mayor ahínco y tenacidad al estudio.

Pero estas mejorías eran siempre provisorias y breves. A los pocos días debía volver a la enfermería.

Entre tanto, llegó su hermano Julián (el mismo que ya había ido por él a Buenos Aires) a buscarlo. Ceferino le agradeció su preocupación y le envió cariños a su padre, pero no quiso ir “por el momento” a San Ignacio.

Aun cuando todos se preocupaban de que Ceferino no realizara trabajos pesados, como él estaba siempre dispuesto para todo servicio, al llegar las Fiestas Patronales de aquel año, tuvo un intenso trajín. Por eso, al acabar la procesión, encuentran al joven mapuche inclinado sobre una gran alfombra que había estado doblando, con fuerte tos y claras señales de fatiga. Aquella misma noche tuvo vómitos de sangre.

Entre tanto, sigue con la esperanza de ingresar en el Aspiran-

4. Véase Noriega N.A., Venerable A. Zatti, Salesiano Coadjutor, Ediciones DIDASCALIA, Rosario, 1998, págs. 13-14.



Viedma. Monsenor Cagliari y Ceterino Namuncura, de 15 años, en el Colegio "San Francisco de Sales", en donde Ceterino estudia. Año 1902. En julio de 1904 Monsenor Cagliari lo lleva a Ceterino a Roma, pensando que allí recuperaría la salud y podría continuar sus estudios de aspirante salesiano.

Testimonio De Salvo, pág. 168.

Era todavía el tiempo de vacaciones. El padre Vacchina, coadyuvado por el padre Jenaro Alonso, que nos asistía, y por el clérigo José Reguera, ideaba todos los medios posibles para evitar que estuviéramos en ocio. Por eso las continuas caminatas, los paseos, los cantos, los teatros, etc.

La Quinta [hoy Instituto Don Bosco] era la meta de nuestras excursiones diarias. Y Ceferino era el aliado de los más pequeños.

Una de las diversiones preferidas que favorecía la abundancia de sauces y de mimbres, era la preparación de arcos y flechas y el tiro al blanco. Namuncurá se encontraba en su elemento. Nos reunía alrededor y con una diligencia y rapidez notable, nos armaba el juguete preferido...

Para nosotros era un orgullo lucir nuestras habilidades de flechero con los arcos que preparaba el hijo del cacique.

La prueba de fuego de nuestros arcos la hacía Ceferino, cuando una flecha llegaba a superar la altura de la torre del colegio, daba su visto bueno, nos entregaba el arco y la flecha y nos enseñaba a tirar, animándonos a igualarlo y superarlo.

¡Había que ver la fiesta que nos hacía cuando esto sucedía!

Las acequias de riego de la Quinta y el zanjón de "Las Delicias" favorecían también nuestras aficiones náuticas.

Todos preparábamos barquitos, con sus velas y timón. Y Ceferino era la salvación de los más chicos. Los barquitos que él preparaba eran los mejores, lo más "marinos". Los ahijados de Ceferino formaban su barra, para aplaudir y festejar las victorias de los barquitos del mancebo, que siempre acababan en nuestro poder, obsequiados por el constructor.

El Padre Vacchina, que casi siempre nos acompañaba en nuestras excursiones, reunía a su lado a los aspirantes en el viaje de ida y de vuelta y, con unas flautas preparadas con caña y papel de seda (y a falta de ésta la misma membrana interna y transparente de la caña recortada con cuidado) organizaba una orquesta con la que ejecutábamos cantos, marchas, etc. Ceferino lucía su maestría en la preparación de flautas y en el canto, para el que tenía muy buena voz.



Año 1915. Zatti a los 35 años, después de salir de la cárcel de Viedma. El Venerable Artemides Zatti (1880-1951), llamado "El enfermero Santo de la Patagonia" estuvo dos años y meses junto a Ceferino en el Colegio "San Francisco de Sales" de Viedma (de 1902 hasta julio de 1904). Ambos estaban tuberculosos y el Padre Evasio Garrone cuidaba de su resentida salud con particular afecto.

tado salesiano y reclama su fe de bautismo al P. Crestanello en Junín de los Andes. Pero no obtiene respuesta. Y Ceferino, a pesar de haber decidido no regresar todavía a San Ignacio, sigue manteniendo el alma mapuche. Cuando se hacen paseos a la Quinta de Viedma (llamada comúnmente la "Quinta de los curas"), se las ingenia para buscar, por todos los medios, andar a caballo. Y las piruetas y destrezas que hace con el animal dejan admirados a todos.

Del mismo modo, durante las vacaciones, en la rambla junto al río, uno de los juegos de mayor aceptación era la preparación y el ejercicio con arcos y flechas. Ceferino, por supuesto, se destaca en armar los mejores implementos y por su tiro prácticamente infalible. Igualmente eran famosos sus barquitos de madera, que navegaban por el Río Negro y participaban de las carreras que los chicos organizaban.

Pero aún en este Colegio donde, hemos visto, reinaba un clima muy cálido y familiar, Ceferino no deja de sufrir la incompreensión, la malicia o, simplemente, la falta de tacto y prudencia de quienes lo rodean. Como aquella desgraciada ocasión en la que quien después sería el P. De Salvo le preguntó a quemarropa: "Ceferino, ¿qué gusto tiene la carne humana?".

El 29 de enero de 1904, Monseñor Cagliero regresa a Viedma, después de haber estado en Italia y Buenos Aires bastante tiempo. Después de los Ejercicios Espirituales y otras actividades propias de su ministerio episcopal, todo se preparó para un acto particularmente importante y significativo: la primera vestición de novicios en la Patagonia.

La celebración se llevó a cabo el 25 de febrero, en la inconclusa pero ya gigantesca iglesia de Patagones. Los novicios eran doce, diez clérigos y dos coadjutores.

Ceferino conocía muy bien a sus compañeros, incluso había intimado con varios de ellos. Uno de sus grandes sueños era precisamente poder vivir aquel momento.

Pero deberá tan sólo mirar y orar. Y alegrarse por sus amigos, con los que había compartido tantos momentos gratos, antes de que partieran para Patagones.

Entraigas comenta: "Todos vestían esa librea bendita que los hacía miembros del clero, y él no. Él rechazado como un indigno". Y concluye: "Todos recibieron el hábito, excepto el que más lo merecía".⁵

Hacía pocos días que la Hermana Severina, que lo apreciaba mucho y todos los días le preparaba algo especial para reforzar su dieta, le había preguntado para qué quería ser sacerdote. Y Ceferino inmediatamente le había contestado:

-Para salvar a mis hermanos, a los que veo sufrir mucho.

Entre tanto, Don Manuel Namuncurá, avisado por Monseñor Cagliero de su intención de llevar a Ceferino a Italia, bajó a Viedma para despedirse de su hijo. Esto ocurrió en junio de 1904 y aparentemente Ceferino aún no sabía nada del propósito de Monseñor. Precisamente en esos días le fue comunicada la noticia.

5. Entraigas, pag. 201.

En su corazón se jugaban sentimientos contrastantes, el sentimiento de pertenencia a su tierra y a su gente y su cariño por ellos, y la nueva aventura que se abría ante sí. Podemos decir que fue con gusto a Italia, pero con el alma prendida a la Patagonia.

La despedida de Monseñor Cagliero se llevó a cabo el 4 de julio en el Colegio María Auxiliadora de Patagones y fue muy emotiva.

Pero también en la Municipalidad de Viedma tuvo lugar un acto de despedida, que demostró hasta qué punto la gente del lugar se había encariñado con el obispo.

Entre tanto, Ceferino se despidió con gran dolor de su padre. Una vez más, debía partir.

CAPÍTULO 8

Ceferino en Italia

“Vi los cielos nuevos y la tierra nueva” (Ap 21,1)

La meta de Israel es la tierra prometida, signo y emblema de la Jerusalén Celestial, de la patria definitiva del Reino que todos estamos llamados a alcanzar:

Ceferino vivió de esta esperanza. Vivió su compromiso en la vida y en la historia, pero con la conciencia de que el Reino comienza aquí y se cumple definitivamente en el más allá.

Ésta es la fuerza dinamizadora de la historia y de la vida de los creyentes. Ésta es la certeza que nos anima a luchar, a esperar, a no venarnos abajo incluso cuando las dificultades pueden ser grandes y los obstáculos parezcan insalvables.

Tanto en las grandes decisiones, como en las cosas ordinarias de la vida cotidiana, Ceferino Namuncurá se sabe en camino. Toda su vida está transida por este anhelo del Reino. Por eso desea ardientemente ser sacerdote y misionero de los suyos.

Su ansia es la salvación de los hombres, en particular de su pueblo. Ésta es la constante que aparece siempre en su vida.

Por eso se alimenta con la fe de la Eucaristía y se nutre fervientemente en la adoración. La Eucaristía es la vianda de los caminantes. En la Eucaristía, de alguna manera preparamos el Reino definitivo, al mismo tiempo que recibimos la fuerza para buscarlo y construirlo cada día.

Porque no podemos construir el Reino, sin desear su cumplimiento, sin avizorar en el horizonte la utopía realizada, el sueño de Dios cumplido. Porque Él es siempre fiel a sus promesas.

En 1904 Monseñor Cagliero¹ fue nombrado Arzobispo de Sebaste y luego Cardenal de la Iglesia. Antes de viajar a Roma, quiso despedirse, como era lógico, de su gente patagónica. Por eso viajó a Viedma. Además estaba decidido a cumplir el propósito que, desde hacía ya algún tiempo, acunaba en su corazón: llevar consigo a Ceferino a Roma. Tenía la secreta esperanza de que los secretos de la medicina europea pudieran hacer algo por la salud del adolescente mapuche. Ya desde Buenos Aires, donde le había sorprendido la noticia del nombramiento, Cagliero había escrito a Namuncurá, el cual, como hemos visto, envió a su hijo Julián primero a Buenos Aires y luego a Viedma a buscar a Ceferino. Hay quienes opinan que Don Manuel Namuncurá se oponía a la vocación sacerdotal de Ceferino y quería tenerlo consigo como lugarteniente y lenguaraz. En realidad, no hay ningún argumento ni documento que avalen esta hipótesis. Namuncurá nunca expresó a nadie su desacuerdo con la vocación de Ceferino, ni manifiesta ninguna hostilidad a los misioneros que van a evangelizar a su gente. Al contrario, además de participar de la vida sacramental, insiste varias veces en la construcción de la capilla de San Ignacio, en el lugar de su tribu.

Incluso en esa última ocasión su intención pareciera ser pasar algunos días con Ceferino, antes que éste viajase a Italia. Como lo recuerda uno de los testigos: "Su padre Don Manuel, le había narrado que personalmente había ido hasta Viedma para llevarse al joven de vacaciones a la tribu. El día que llegó, Ceferino lo recibió con un cariño extraordinario, y al proponerle una ida a sus tierras, éste consintió sin dificultad. Pero, al día siguiente, por haber reflexionado mejor, no hubo medio de poderlo convencer con mil y una razón; ya habían transcurrido siete largos años de ausencia y los parientes deseaban verlo... todo fue inútil. Ceferino quedó irremovible en su decisión".²

¹ T. ILI AN CAGLIERO. Cardenal, misionero. Nació en Italia en 1838. Sacerdote salesiano en 1862. Obispo en 1884. Muy querido por Don Bosco, fue puesto al frente de la primera expedición de Misioneros Salesianos que llegaron a Buenos Aires en 1875. Luego fue el Vicario Apostólico de la Patagonia, con asiento en Viedma. Dio gran impulso a la evangelización de los Indígenas y de los inmigrantes italianos. En 1908 fue nombrado por la Santa Sede Delegado Apostólico en Centro América. En 1915 fue elegido Cardenal y desde 1920 fue Obispo de Frascati. Murió en Roma en 1926. Cit. C. CASSANO. *Il Cardinale Giovanni Cagliero*, Torino, 1955. 2 volúmenes 856 págs. A RAÚL A. ENTRAIGAS. *El apóstol de la Patagonia*. Rosario, 1955. 706 págs. (Nota de los Editores).

² Testimonio. Serie segunda, pag. 50.

Excmo Señor D. Manuel Namuncurá

Mi amadísimo Papá:

Recibí su paternal carta última, fechada 11 de marzo. Me causó un inmenso júbilo y alegría al saber que todos están bien de salud, gracias a Dios Todopoderoso.

Debo comunicarle también mi grande complacencia por la sublimidad de sus pensamientos, altos, nobles y verdaderos.

Agradézcole su grande resignación de sacrificar años de no vernos.

En cuanto a mis estudios, resulta muy bien. Pero mi salud me lo impidió continuar.

Hace un mes que empecé una cura seria para sanarme del todo.

El Doctor que me asiste es uno bueno y muy distinguido, porque es Doctor del Papa, el Sumo Pontífice. Se llama Laponi.

Me hace dos visitas al día. De aquí a dos semanas me voy del Hospital y voy a otro Ospital cerca del mar. A mí me hace muy bien el aire del mar.

Cuando está mejor me prepararé para volver en Buenos Aires y de allí, a Viedma.

En otras cartas le daré noticias más claras.

Monseñor Cagliero agradece sus amigables saludos y os manda los suyos con la Bendición Apostólica.

Saludos y recuerdos a todos. Mil bezos y abrazos.

Querido Papá, os pido su paternal Bendición y créame su afectmo. hijo que desea abrazaros.

Ceférino Namuncurá

Cuando Ceferino recibió la noticia de su viaje a Italia, sintió por una parte una gran alegría. Podría conocer las tierras de Don Bosco, el gran soñador de la Patagonia y profeta de la santidad juvenil. En Roma tal vez pudiera ver al Papa. Por otro lado su corazón sentía un dolor muy grande. Nuevamente partir, dejar el ambiente hogareño de Viedma, donde todos formaban un solo corazón y una sola alma, dejar otra vez sus tierras patagónicas, alejarse a tanta distancia y quizás definitivamente de su familia y de su tribu.

Finalmente, después de varios agasajos y homenajes a Monseñor Cagliero, parten de Viedma el 9 de julio de 1904, en breque hacia Fortín Mercedes.

Al llegar a las inmediaciones de Fortín Mercedes tropiezan con una gran inundación que convierte el viaje en una verdadera odisea. Después de muchos inconvenientes y peripecias logran llegar. Son recibidos y despedidos con mucho entusiasmo, el 10 de julio salen en volanta hacia Médanos y de allí en tren hasta Bahía Blanca, desde donde prosiguen ese mismo día a Buenos Aires con el mismo medio.

En Buenos Aires continúan los homenajes a Cagliero. Pero también Ceferino es objeto de atención por parte de la prensa. Incluso en alguna oportunidad, algún periodista se propone expresamente ponerlo a prueba con preguntas capciosas. Y Ceferino responde con serenidad y aplomo, ganándose el respeto de quienes lo escuchan.

Desde Buenos Aires, poco antes de partir, Ceferino vuelve a la carga por su certificado de bautismo, escribiendo al Padre Crestanello en Junín de los Andes. Todavía no ha perdido la esperanza de ser aceptado como aspirante al sacerdocio y dicho certificado resulta indispensable en la documentación que se le exige.

En Almagro, Ceferino se encuentra con gran alegría con sus ex compañeros de pupilaje. La alegría es recíproca. Pero todos se dan cuenta con preocupación de que su salud se ha deteriorado. El padre José Vespignani testimonia que "preguntándole por su salud, me contestó con toda serenidad que iba regular; le pregunté

Testimonio de un compañero en Roma

“Era un joven de unos diecinueve años, un patagón fornido [tarchiato (quizás nuestro término morrudo traduce mejor el concepto)] (17) de porte calmo y de mirada viva e ingenua...

El Papa Pío X, ante esa flor del desierto, tan lozana de esperanza para la tierra y para el cielo, se conmovió y lo bendijo con toda la efusión de su alma.

Luego, se debía elegir un colegio donde el muchacho cursase sus estudios para seguir su vocación, pues soñaba siempre con ser clérigo.

Pero él tenía necesidad de especiales cuidados... El nuevo clima, el nuevo tenor de vida, la tensión de la mente y la nostalgia amenazaban su fibra...

Se pensó en Frascati, en Villa Sora, lugar de veraneo y centro de estudio y de vida salesiana.

Monseñor Cagliero mismo lo acompañó. Los alumnos (preparados por la paternal palabra de nuestro director, el padre Ludovico Costa) rodeamos alegremente al valiente misionero y a la flor del desierto.

Desde que lo vi, me impresionó su calma, su mirada ingenua, profunda, que trasuntaba muchos pensamientos no expresados...

Con nosotros hablaba poco por la dificultad del idioma y porque no pensábamos mucho en acercarnos a él familiarmente.

Paseaba sobre la terraza que dominaba el patio de recreos y miraba a los compañeros que jugaban y corrían... Muchas veces su pensamiento se perdía a lo lejos, hacia la cúpula de San Pedro que se divisaba en el horizonte.

Pronto apareció cansado y enfermo. Pero serio y mesurado como siempre, no demostró nunca abatimiento ni se lamentó.

Yo tenía con él cierta amistad. Pero siempre ocupado uno en las conversaciones con otros compañeros, me contentaba con cambiar con él algunas palabras, también porque no era fácil hablarle por cuanto de italiano sabía poco”.

(Testimonios, serie segunda)

si le había sucedido tener alguna hemorragia y me contestó que el mes anterior había echado sangre en abundancia”.⁵

Aprovechó también la oportunidad de su estadía en Buenos Aires, para sacarse una fotografía (de las pocas que tenemos), en la “Fotografía Milanesa”.

Finalmente, el 19 de julio de 1904, se embarca la comitiva en el vapor Sicilia. Viajan con él el P. José Vespignani, Monseñor Cagliero y muchos otros inspectores, padres y hermanos salesianos que viajaban a Turín para participar del Capítulo General, la Asamblea Internacional de los Salesianos a la que acudían todos los Inspectores. Varios de ellos han testimoniado la profunda impresión que les dejó nuestro protagonista, por su educación, su inteligencia y la sabiduría cristiana que demostraba en la comunicación y en sus actitudes.

Desde ese momento Ceferino se convirtió, como bien lo destaca el P. Entraigas en su Biografía, en corresponsal viajero, enviando gran cantidad de cartas y postales a parientes, superiores, misioneros y amigos.

Ceferino viaja y con él viaja su tierra, su gente, su raza. Viaja el clamor de todos aquellos que han sido desposeídos, derrotados, hambreados. Durante el viaje, trata de ir aprendiendo italiano, porque su apertura al nuevo mundo sigue intacta.

El 10 de agosto llegan a Génova. A Ceferino la ciudad le impresiona enormemente, sobre todo la cantidad y la calidad de los templos e iglesias.

A los pocos días viajan a Turín. En Valdocco, Ceferino es llevado a visitar al sucesor de Don Bosco, Don Miguel Rúa. La entrevista lo llena de emoción. A partir de ese momento, Ceferino disfruta de muchas atenciones e incluso varias personalidades de la vida pública, cultural y eclesiástica italiana, expresan el deseo de conocerlo. Cuánto de auténtico interés y cuánto de frívola curiosidad y esnobismo hay en estas situaciones no lo sabemos, pero él no se deja perturbar por los “personajes” ni por los “homenajes”. Su sencillez y su humildad quedan intactos, pertenece a una raza sufrida y es hijo de un “Lonco” que lo ha dejado todo por de-

5. Testimonios serie primera, pag. 9.

fender los intereses y derechos de su gente. La misma naturalidad, con que siempre se desenvuelve Ceferino, hacen agradable su trato y confirman la autenticidad de su persona.

Durante el tiempo pasado en Turín, podemos decir que las tres ocupaciones principales de Ceferino fueron: Orar (lo que hacía muy a menudo en el Santuario de María Auxiliadora; a Don Arrio, coadjutor salesiano, le confió que “gustoso estaría todo el día a los pies de María”); escribir a su gente que había dejado en la Argentina; y entrevistarse con mucha gente o visitar distintas comunidades salesianas de Turín y la zona, acompañando por lo general a Monseñor Cagliari.

Entre otras cosas, se dirige a su padre, reclamando que averigüen acerca de su fe de bautismo. Vuelve también sobre el mismo requerimiento al P. Crestanello. Este Certificado de Bautismo se ha convertido en una verdadera obsesión para Ceferino. Y de ninguno de los dos recibirá ninguna respuesta. Es un gran interrogante que pende en la historia de Ceferino. ¿Cómo es posible que nadie supiera que él había sido asentado en la Parroquia de Patagones? ¿Cómo nadie le da la pista verdadera? ¿Por qué no se le contesta? ¿También aquí de la gente que más quería Ceferino se desilusiona? ¿Por qué este silencio? ¿Tal vez se lo da por desahuciado y moribundo? ¿Pero no sería precisamente un favor hacia alguien que desea tan fuerte y sinceramente este documento bautismal?

El 19 de setiembre Ceferino viaja a Roma donde se quedará unos diez días. Y el 27 de setiembre varios salesianos, entre ellos también Ceferino, encabezados por Monseñor Cagliari, fueron recibidos en audiencia por Pío X.

Ceferino expondrá ampliamente este emotivo encuentro en una larga carta al P. Esteban Pagliere, que estaba en ese momento en Viedma.

Después de ser recibidos en la sala de audiencias (Ceferino recuerda que él pasó en tercer lugar, luego de Cagliari y el P. Marengo, a saludar al Santo Padre), Ceferino dijo al Papa unas palabras en italiano. Aunque corrió el riesgo de no poder concluir por la emoción, alcanza a controlarse y llega finalmente al fin de su discurso.

Luego el Santo Padre le habló paternalmente a Ceferino. Según su traducción, éste es el mensaje del Santo Padre: “Bueno, hijo mío, te doy gracias por lo bien que hablas del Vicario de Cristo. Quiera el Señor que puedas poner en práctica todo lo que dices: de convertir a todos tus hermanos de la Patagonia a Jesucristo. Y yo, a este fin, te doy de todo corazón mi apostólica Bendición. Di a tu papá que el Santo Padre lo bendice a él, a toda su familia y a toda la gente que está en su poder. Dios te bendiga, hijo mío...”⁴

Ceferino ofreció además al Santo Padre un quillango que había llevado de la Patagonia.

Ceferino dará cuenta en una carta de todo el desarrollo del acto, entre otras cosas de las frases de cortesía e incluso de las formas afectuosas que se cruzan entre los salesianos y el Papa.

Cuando todos se retiran, el secretario privado del Papa llama a Ceferino y lo conduce al escritorio del Santo Padre, donde éste le aguardaba con una amplia sonrisa. Entonces el Papa busca en uno de los cajones de su escritorio y entrega al joven mapuche una hermosa medalla de plata que, en una cara, tiene el busto de Pío IX y , en la otra, al mismo Pío X, indicando la imagen de María Inmaculada.

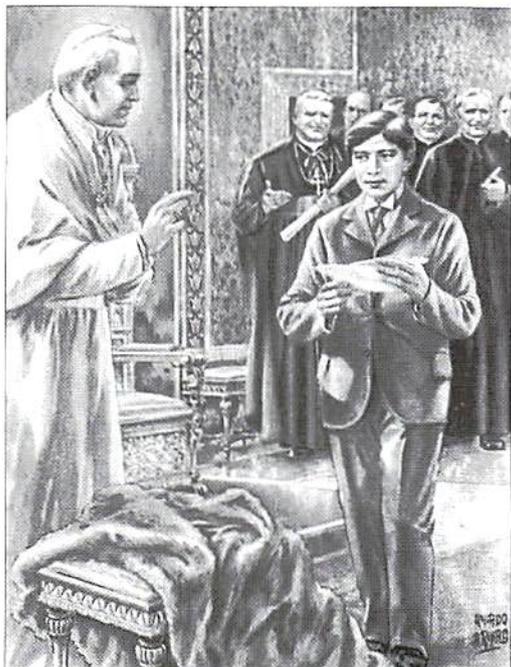
Nuestro joven mapuche, con su sencillez, con su buen trato, con su educación, con su sabiduría llena de humildad y discreción, los deja admirados a todos.

Luego, Ceferino viaja con el P. José Vespignani por varias ciudades italianas (Florencia, Milán, Bolonia, etc.).

Al volver a Turín retoma sus estudios. Lo destinan a primer año del secundario con chicos mucho menores que él.

El P. Zuretti, que fue profesor de Ceferino, dejó registradas en su diario observaciones muy interesantes sobre su estadía allí. El joven salesiano quedó admirado y fascinado por la diligencia, la aplicación y la corrección de Ceferino en todos los ámbitos. Como estudiante, como compañero, como cristiano, no vaciló en afirmar que estaba ante un “joven excepcional”.

4. Carta al P. Pagliere.



Roma, 27 de septiembre de 1904: Ceterino saluda al Papa San Pío X, a quien obsequia un quillango mapuche. Atrás de Ceterino, Monsenior Cagliari (izquierda), el Padre Garrone y el Padre Jose Vespignani (derecha). (Dibujo y pintura del artista argentino Amado Armas)



Roma, 1905. Ceterino Namuncura, unos meses antes de morir el 11 de mayo de 1905, a los 18 años, ocho meses y 17 días. "Era una bella esperanza para las Misiones de la Patagonia, pero es ahora y será su más válido protector", dijo San Pío X cuando le notificaron la muerte de Ceterino. Esta es una de las últimas fotografías de Ceterino.

Pésame a Namuncurá

Cuando llegó de Turín la noticia del fallecimiento del buen Ceferino, el reverendísimo padre José Vespignani me encargó de comunicar la noticia al coronel Namuncurá, padre del mismo.

Algún tiempo después llegaba el Coronel acompañado por dos hijos, uno de los cuales era el lenguaraz. Venía a expresar su resignación y su gratitud. Como faltaba poco para las doce, aceptó la invitación de quedarse a almorzar. A los postres, habló en su idioma al hijo y éste nos dijo: "El señor cacique, mi padre, pide permiso para hablar a la comunidad".

Fue sorpresa general y muy grata, aunque no entendíamos nada, escuchar la enérgica palabra del coronel.

Acallados los aplausos que le tributamos al terminar, se levanta el hijo y dice: "El señor cacique, mi padre, me ordena que traduzca las expresiones que acaba de pronunciar...".

El antiguo dominador de la pampa había entonado un himno de gratitud a Don Bosco y a sus hijos, al obispo Cagliero y a sus misioneros por los beneficios de la civilización cristiana prestados a la tribu y, en modo particular, a su querido hijo Ceferino.

"Mucho he sentido -decía- la muerte de mi querido hijo lejos de la patria, sin tener el consuelo de abrazarlo y darle el último adiós. Pero me consuela que lo ha hecho por mí el inolvidable amigo monseñor Cagliero y los salesianos que lo asistieron.

"Resignado en mi dolor, acatando la disposición de Dios, no tengo sino palabras de reconocimiento hacia los salesianos que lo educaron. Y lo mismo sus hermanos, mis hijos"...

(Testimonios, serie primera)

“Admitir en él un pecado grave nos parecía una cosa imposible... No teníamos nada que corregir en él... Nunca se quejaba de nada y eso que no debía ser nada cómodo para un muchacho de dieciocho años estar mezclado con los de doce. ¡Nunca se lamentó por su enfermedad, el mal que no perdona! Nunca lo vi triste, al contrario, siempre sonriente y con una igualdad de carácter, siempre la misma calma, la misma dulzura, la misma serena bondad del alma”... 5

Después de pasar algunos días de descanso en la patria chica del P. Garrone, Ceferino va a Roma. Probablemente se busque un clima más templado para su salud. Por eso se lo destina al Colegio de Villa Sora, en Frascati.

Allí llega Ceferino el 21 de noviembre de 1904. Llegaba para estudiar cuando, en realidad, la enfermedad que lo aquejaba había hecho estragos en su ya debilitada salud.

El Padre Director de la casa testimonia al respecto: “Por una lamentable equivocación, que fue para él causa de sinsabores y sacrificios no leves, fue recibido en Villa Sora como alumno ordinario, apto para cumplir todos los deberes que las clases y la vida colegial imponen. De ahí que no tuvo las consideraciones que en el alimento y en las ocupaciones hubiera requerido su estado de salud”. 6

Es triste y doloroso, Ceferino fue llevado a Roma por consideración a su salud y no se tienen en cuenta las condiciones mínimas de atención y cuidado.

Ceferino, como lo había hecho en Turín y antes en Almagro y en Viedma, se dedicó con toda el alma al estudio y al cumplimiento de sus deberes de estudiante. Además, prosigue con sus estudios de italiano y latín (nuestro buen mapuche deberá afrontar en pocos años el estudio del castellano, italiano y latín).

También aquí llama la atención de todos por su espíritu de oración, por su piedad eucarística, por la sencillez y humildad en el trato.

De todos modos la enfermedad seguía implacable su curso.

5. Testimonios, serie primera, pág. 15.

6. Testimonios, serie primera, pág. 12.

Carta de Ceferino a su padre Don Manuel Namuncurá. Está fechada en Roma, el 21 de abril de 1905, veinte días antes de morir. Se nota en los rasgos de su hermosa escritura el avance inexorable de la enfermedad.



XXVII ① 1. J. en

Roma, Abril, 21 de 1905.
 Querido Señor Don Manuel Namuncurá.

Me amadísimo Papá:

Recibí su paternal y respetable carta última, fecha 11 Mayo. Meo causo un inmenso júbilo, y alegría al saber que iba a estar bien de salud, gracias Dios Todopoderoso.

Debo comunicarle también mi grande complacencia por la sublimidad de sus pensamientos, alios, nobles y verdaderos.

Agradezco su grande generosidad de recibir a mi familia en sus hogares.

En cuantos a mis estudios resulto muy bien. Pero la salud me lo impidió continuar.

XXXVIII

②

Hace un mes que empecé una cura seria para curarme del tifo. El Doctor que me curó es un muy bueno y muy distinguido porque es Doctor del Papa, el Sr. Pontigge. Le llamo Tappeni. Me hace dar visitas al día. De aquí a dos semanas me voy del Hospital y voy en otro Hospital, cerca del mar. A mí me ha muy bien de ver de mar. Cuando estubo mejor, me prepararon para volver en Buenos Aires y de allí a Vidéa. En otros cartas le dare noticias mas claras. Me meñor gracias agradezco sus cartas saludables y es mandado, lo voy con la Bendición papal. Salud y recuerdos a todos. Mil besos y abrazos. Su hijo del Papa, el pido su paternal Bendición porome su optimo hijo que de los abuelos.
 Ceferino Namuncurá
 S. J. P.

Pero Ceferino debe soportar en Villa Sora, otra prueba particularmente dolorosa: la soledad. No pudiendo tomar parte en los juegos de sus compañeros, con dificultades para la comunicación por su italiano muy incipiente (aunque en realidad lo había aprendido bastante bien), con diferencia de edad con sus compañeros de curso, Ceferino tropieza con graves dificultades de relación. Además, probablemente la enfermedad infectocontagiosa, lleva a los demás a alejarse de él. No nos puede sorprender que sea dejado de lado por los demás, pero parece que también él (que en Viedma había sido “el alma del patio”) a veces se recluye en el silencio. El mapuche sabe bien lo que es el silencio, el que tantas veces ha sido su compañero inseparable en el campo. Pero es triste pensar que haya sido un silencio impuesto por el abandono o la marginación.

Por otra parte, los superiores que están muy ocupados con los quehaceres generales de la casa y del alumnado, no pueden dedicarle todo el tiempo que tal vez él necesitaría.

Por eso, quien había sido el alma de las excursiones y los paseos en Viedma, ahora deambula solitario y aislado por los jardines o los largos corredores de Frascatti. Y todo esto, con la misma sencillez de siempre y ¡sin la más mínima queja!

El P. Ludovico Costa narra lo siguiente: “En los pocos meses que estuvo en este colegio, ninguno tuvo que observar en él la menor cosa digna de reproche. Fue especialmente admirable en él el espíritu de piedad, de humildad y de completa resignación a la voluntad de Dios”.⁷

Es probable que Ceferino, aunque no lo deje traslucir, presintiese su próximo fin. En los últimos días escribe a su madre y a su padre, ya con la letra cansada y deforme. La cercanía del fin siempre nos hace volver a los orígenes.

A principios de marzo deja de asistir a clase. Espera la llegada de Monseñor Cagliero que, aparentemente, tiene la idea de enviarlo a otro lugar de clima más suave, al sur de Italia.

Las dos últimas cartas de Ceferino al P. Pagliere y a su confe-

7. Testimonios, serie primera, pag. 12.

sor, el P. Juan Beraldi, son en realidad conmovedoras. A este último le dice, entre otras cosas: “Los recreos que hago no son recreos. Solamente voy al patio a tomar aire. Después siempre solo, sin hablar con ninguno...”

¡Cuánta tristeza y dolor rezuman estas palabras! Después de haber disfrutado de la compañía de tanta gente en todos los sitios por los que transitó, Ceferino debe hacer ahora (cuando más necesita apoyo y compañía) la amarga experiencia de la soledad.

A fines de marzo lo llevan al Colegio Sagrado Corazón de Roma, probablemente para evitar el contagio y también porque la enfermería estaba mejor equipada para una atención más eficiente al enfermo.

Antes de partir, Ceferino distribuye su “tesoro” entre los compañeros: medallitas y estampas que él mismo había recibido en los lugares que había visitado.

El 28 de marzo es internado en el Hospital Fatebenefratelli, atendido por los hermanos de San Juan de Dios, en la Isla Tiberina.

De su estadía en el Hospital, todos los testimonios están concordes en destacar su oración continua, su disponibilidad a la Voluntad de Dios, su fortaleza en el sufrimiento.

Por el sacerdote José Iorio, en aquel tiempo enfermero del Colegio Sagrado Corazón, que iba a menudo a visitarlo al hospital durante su enfermedad, sabemos qué grande era su resignación en la dolorosa enfermedad:

“Nunca se le oyó quejarse de nada, aún cuando solo al verlo daba compasión y arrancaba lágrimas, tan consumido y sufriente se lo veía. Antes bien, no sólo no se quejaba de sus sufrimientos, sino que los olvidaba para pensar en los de los otros: había sido conducido al hospital y colocado en la cama a su lado, un joven de nuestra casa de Roma que estaba, como Namuncurá, en el último período de su enfermedad. Ceferino a este joven le infundía valor con palabras llenas de amor y enseñándole a dirigir toda acción, todo sufrimiento, a Dios Nuestro Señor.

Y al Padre Iorio, tres días antes de morir, le decía:

- “Padre, yo dentro poco me iré; pero le recomiendo este pobre joven que está a mi lado; venga a visitarlo a menudo... ¡Si vie-



Roma, 1905. Última fotografía de Ceterino. En esta última fotografía de Ceterino en Roma, cuando ya había cumplido 18 años, se notan los estragos que la tisis pulmonar había obrado en su físico, pero permanece inalterable la limpidez de sus ojos. Murió el 11 de mayo de 1905, a los 18 años, 8 meses y 17 días de vida.

ra usted cuánto sufre!... De noche no duerme casi nada, tose y tose... Y esto lo decía mientras él estaba peor, mientras él mismo no solamente no dormía casi nada, sino nada, nada..."⁸

Durante el tiempo en que estuvo internado, en medio de su gran debilidad, sacó fuerzas de flaquezas para escribir a su padre Don Manuel una cariñosa carta, en la que quiere tranquilizarlo respecto de su salud. Y cuando escribe el 25 de abril (ya su última carta) al P. José Vespignani, le pide que se comunique con su padre para hablarle de su estado de salud.

Monseñor Cagliero, que había sido su bálsamo y su consuelo

8. Testimonio serie primera, pag. 31

en esos últimos días, le da los últimos sacramentos y lo acompaña hasta el final.

Fallece en silencio el 11 de mayo de 1905. Sus restos son llevados a Campo Verano (cementerio de Roma) por un pequeño grupo de personas. Allí son enterrados en una humilde tumba con una cruz de madera y chapa de latón que llevaba la inscripción de su nombre y la fecha de su fallecimiento.

Los funerales se hicieron en la Basílica del Sagrado Corazón, con mucha participación de la Comunidad Salesiana y de fieles en general.

CAPÍTULO 9

La memoria de Ceferino

*“Pregunta a tus antepasados y te lo contarán,
a tus ancianos y te lo dirán” (Ecli 44)*

El pueblo de Dios y el nuevo Pueblo de Dios siempre “hace memoria” de los grandes acontecimiento de la salvación. Sobre todo en la liturgia, pero también en la oración personal, en la transmisión oral y en la catequesis, siempre se tiene presente a quienes nos precedieron en el surco de la fe. También, la religiosidad espontánea del pueblo suele descubrir prontamente los valores del Reino encerrados en estos servidores leales del Evangelio de Jesús.

Pero hacer memoria significa “pasar por el corazón”, retomar con cariño la herencia de quienes dejaron una huella profunda en el alma del pueblo.

Israel hace memoria de los actos salvíficos de Yavé. La Iglesia venera ante esto a los santos, pero también a todos aquellos que recibieron sin concepciones el Evangelio de Jesús y que, cuando Dios ponga su sello en los milagros reconocidos, serán Beatificados y propuestos a la veneración de todo el pueblo.

El pueblo de Dios, entre tantas otras características, es fiel, y cuando ha reconocido a alguien que le pertenece, ya no lo abandona nunca.

Este parece ser el caso de Ceferino Namuncurá. Pertenece profundamente al pueblo de Dios, que está dispuesto a guardarlo siempre en el corazón.

* * * * *

A penas falleció Ceferino Namuncurá, hubo muchas personas que guardaron su recuerdo con veneración, conscientes de que habían conocido a “un santo”.

Ya en 1911 el P. Esteban Pagliere tenía la intención de escribir la biografía del joven mapuche y el P. José Vespignani lanzaba un prolijo cuestionario para recoger testimonios.

Mientras tanto, al seminarista chileno Víctor H. Kinast se le encomienda que averigüe en qué situación han quedado los restos de Ceferino. Con diligencia y rapidez, este salesiano hace las averiguaciones del caso y así se entera de que, si no se provee prontamente a su exhumación, los restos de Ceferino serán colocados en la fosa común.

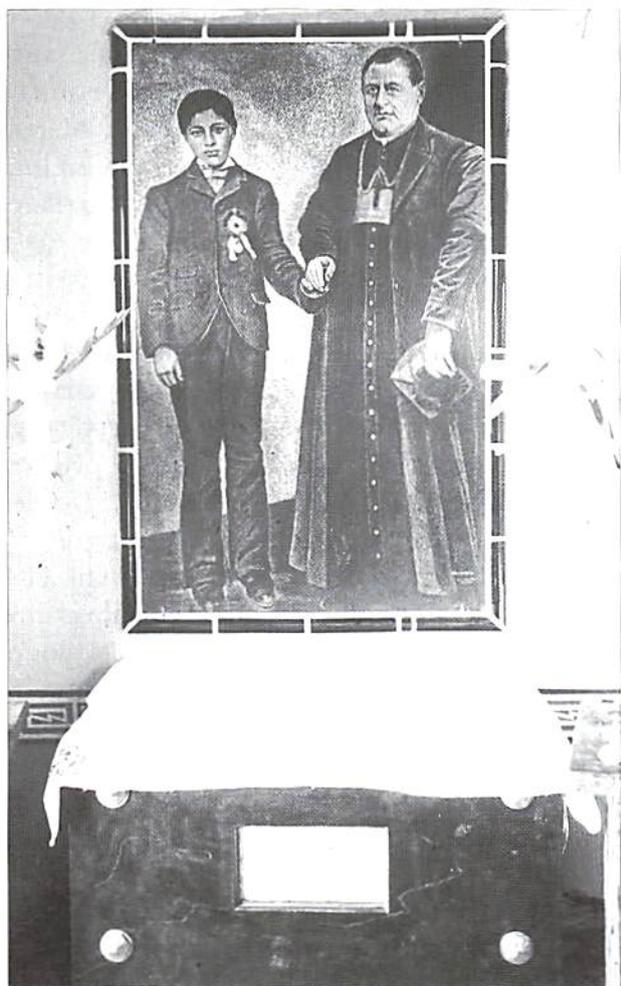
He aquí cómo narra el salesiano chileno el estado de la tumba de Ceferino: “Usted me había pedido una descripción del lugar donde está sepultado: es el más miserable que se puede imaginar: apenas una pequeña cruz indica que allí hay uno bajo la tierra y que es el joven Zeffirino Namuncurá. Lo testifica una inscripción en latón que dice: “Zeffirino Namuncurá, d’ anni 18, morto a Roma il 11 maggio 1905”.

“El día de difuntos yo mismo quise ir a barnizar un poco esa cruz, a cortar la yerba que, espesa, crecía sobre la tumba, a sembrar algunas flores sobre ella e hice pasar adelante y rezar a sus pies a los niños del Colegio de Sagrado Corazón, narrándoles en pocas palabras la vida de Ceferino.

“Sí, de Ceferino que, como bien dice Don Bosco (y aquí el original sigue en italiano, nosotros traducimos) hubiera merecido un trato totalmente distinto”.¹

Como resultado de los esfuerzos y diligencias de este gran admirador de Ceferino, el 6 de mayo de 1915, un grupo de personas, encabezadas por el Director del ya mencionado Colegio Sagrado Corazón, se dirigieron al cementerio de Campo Verano para la exhumación y traslado de los restos. Y una vez identificados, fueron colocados en una urna nueva, en el nicho 358, fila segunda, sección nueva, del cementerio romano.

¹ Entragás, pag. 328



Fortín Mercedes. Urna con los restos de Ceferino en la pequeña capilla del Fortín.
Allí descansaron desde 1924 a 1991.

En 1924, en forma totalmente privada, son trasladados desde Roma a Fortín Mercedes, situado frente a la vecina localidad de Pedro Luro (sur de la provincia de Buenos Aires); parecía el lugar más “convocante” de la Patagonia. Poseía un gran santuario dedicado a María Auxiliadora, dos grandes Colegios con sendos pupilajes, atendidos por los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora, un Seminario con muchos seminaristas y era un lugar de paso casi obligatorio de los misioneros de la Patagonia. Pareció en ese momento el lugar más oportuno y a la mano de los peregrinos que, por otra parte, ya empezaban a llegar para visitar el Santuario de la Virgen.

Allí estuvieron, en la Capilla reconstruida del antiguo Fortín, hasta 1991, año en que son trasladados a una sala contigua del Santuario María Auxiliadora, por razones de mayor seguridad.

Hubo que esperar varios años para tener la primera biografía de Ceferino, que debemos al P. Luis Pedemonte. Desde entonces, se han sucedido diversas publicaciones, algunas de carácter biográfico y documental, otras de carácter espiritual. El P. Emiliano Aparicio ha registrado alrededor de 60 títulos (sin contar obras en las que, por tratarse de estudios de conjunto, la biografía de Ceferino aparece muy sintéticamente) y puede ser que haya habido también otras ediciones que él no hubiera alcanzado a detectar.

El 2 de mayo de 1944 se inicia la Causa de Beatificación de Ceferino. En ella depusieron una gran cantidad de calificados testigos, la inmensa mayoría de los cuales lo habían conocido y tratado personalmente.

En 1976, Ceferino fue declarado Venerable, es decir, fue aprobada lo que se denomina técnicamente la “heroicidad de las virtudes”, es decir se admite que, de acuerdo a la documentación presentada, Ceferino vivió las virtudes evangélicas en grado heroico.

Ya desde 1920, el pueblo de Dios había comenzado a intuir la eficaz intercesión de Ceferino y a entrar en sintonía con su mensaje. La gente, sobre todo el pueblo humilde que está en presencia de uno de los suyos, se siente identificada con él y comienza a expresarse a través de una de las modalidades típicas de la piedad popular: las peregrinaciones. Hay que hacer notar que el equipo de pastoral del Santuario –esto ocurre en Fortín Mercedes– tra-

Puebla, 7

Nuestro radical abstracto católico, con sus vitales formas vigentes de religiosidad, fue establecido y dinamizado por una vasta legión misionera de obispos, religiosos y laicos. Está, ante todo, la labor de nuestros santos, como Toribio de Mogrovejo, Rosa de Lima, Martín de Porres, Pedro Claver, Luis Beltrán y otros... quienes nos enseñan que, superando las debilidades y cobardías de los hombres que los rodean y a veces los perseguían, el Evangelio, en su plenitud de gracia y amor, se vivió y se puede vivir en América Latina como signo de grandeza espiritual y de verdad divina.

ta siempre de destacar la figura de la Madre Auxiliadora que espera a sus hijos. Pero para todos los amigos de Ceferino, la madre no puede separarse de quien tanto la quiso y la honró en la tierra.

También el solar natal de Ceferino Namuncurá, la pequeña localidad de Chimpay (Río Negro), resulta revalorizada a partir del centenario del nacimiento del joven mapuche. Desde entonces (1986), todos los años acuden multitudes de peregrinos a la Fiesta de la Fe en Chimpay (fecha el último domingo de agosto), en la que se trata de orientar la piedad popular, para que la "devoción" a Ceferino se convierta en canal para el encuentro con Jesucristo.

Pero, a lo largo y ancho del país, son incontables las ermitas que, en los cruces de las rutas, a lo largo de los caminos y las plazas, parques o cerros se han ido levantando. El pueblo de Dios, que quiere la cercanía de los amigos de Dios, trata de recordarlos y tenerlos presentes, a través de estos medios simples y concretos que lo ayudan a visualizar, de alguna manera, su presencia.

Asimismo, innumerables placas recuerdan y testimonian la ineludible gratitud de sus devotos ante las gracias y favores recibidos.

La presencia viva de Ceferino en el alma del pueblo argenti-



El antiguo Fortín Mercedes reconstruido. En la pequeña capilla del Fortín descansaron durante muchos años los restos de Ceterino.



Desde 1991 los restos del Venerable Ceterino Namuncura descansan en el Santuario de María Auxiliadora de Fortín Mercedes. La foto reproduce la urna con sus huesos.

no, se registra también en muchas otras expresiones. El folklore le ha dedicado canciones (y, a veces, enteras cantatas) en sus más afamadas voces. También el teatro y el cine han dado muestras de su interés por el joven mapuche.

El periodismo se ha ocupado y sigue ocupándose permanentemente de él. Su nombre está en muchas calles, escuelas y diversas instituciones de nuestros pueblos y ciudades.

En distintos lugares se han constituido centros y peñas ceferinianas, que realizan distintas actividades de servicio hacia los más pobres. Cultivan los valores que soñó Ceferino, divulgan su vida y lo dan a conocer a los demás.

La revista "Ceferino Misionero" sigue proponiendo su mensaje actualizado y como respuesta a las necesidades y desafíos del hombre de nuestro tiempo.

Desde Brasil se ha hecho llegar la propuesta de que Ceferino Namuncurá sea nombrado Protector de los pueblos indígenas de América Latina.

El fenómeno ceferiniano se enmarca dentro de la religiosidad o piedad popular, con sus características propias, y esto plantea a los agentes de pastoral la necesidad de valorar y tomar en serio esta realidad, orientándola debidamente, para que pueda encontrar su marco cristológico y eclesial.

Ya se han realizado dos encuentros nacionales ceferinianos, con gran participación de amigos de Ceferino y una seria reflexión sobre lo que debería ser la "pastoral ceferiniana".

Se sigue profundizando también el sentido de su santidad para los hombres y jóvenes de hoy. En particular, para la gente simple y sencilla, que intuye más espontánea e inmediatamente el mensaje de Ceferino.

Su figura emblemática ha llevado a la familia salesiana a dedicarse más intensamente a la evangelización y animación de las comunidades mapuches en la Patagonia argentina.

Mientras tanto, el pueblo fiel pide y desea intensamente su pronta beatificación.

CAPÍTULO 10

Ceferino, en el hoy de nuestra historia

“Un tiempo para cada cosa” (Ecl. 3,1)

La historia de la salvación no es un recordar y admirar el pasado. Es una historia viva en la que pasado, presente y futuro se encuentran indisolublemente unidos en una trama cuyos hilos no se pueden separar:

Por eso en la Escritura se nos dice que hay “un tiempo para cada cosa bajo el sol” (Ecl. 3,1)

Y por eso, la clave para ser fieles al plan de Dios es el hoy de nuestra historia. Éste es el desafío de los cristianos.

Por eso, la Iglesia con el Concilio Vaticano II nos anima a “discernir los signos de los tiempos”, porque Dios nos sigue hablando en los acontecimientos que vivimos y en las luchas que libramos.

También el mensaje de Ceferino debe ser actualizado, no podemos dejarlo anclado en un pasado inmóvil y definitivo.

El libro del Apocalipsis afirma: “Alegrémonos, regocijémonos y demos gloria a Dios, porque han llegado las bodas del cordero” (Ap. 19,7). El futuro, para el cristiano que ha comenzado. Por eso, el mensaje de los testigos de fe está llamado a proyectarse en cada momento de la historia.

Porque “la esposa ya se ha preparado, y la han vestido con lino fino de blancura resplandeciente. El lino simboliza las buenas acciones de los santos”. (Ap. 19,7-8).

* * * * *

Yllegando ya casi al fin de este recorrido por la vida y el mensaje de Ceferino Namuncurá, llega la hora de preguntarnos: ¿será todavía válido su mensaje? ¿Este indígena mapuche, representante sin duda de una cultura tan distinta de la nuestra, tendrá algo importante para decir al hombre de hoy? ¿Este joven –o adolescente– que vivió al fin del siglo pasado, con otras expectativas y aspiraciones, podrá comunicarnos algo que hoy también podamos aprovechar y vivir nosotros, en el nuevo milenio?

No es malo que nos planteemos éstas y otras preguntas, porque nos obligan a profundizar el sentido del mensaje que hoy Ceferino puede dejarnos.

Precisamente, trataremos de mostrar de qué manera Ceferino Namuncurá encarna precisamente un patrimonio de valores y una "reserva espiritual", que es particularmente importante y significativa para los hombres de nuestro tiempo.

En esta cultura del éxito y del avasallamiento de las diferencias, Ceferino se presenta como aquel que no se deja arrastrar por el auge y la exaltación del progreso y se mantiene, con sencillez y humildad, fiel a su propia identidad y a su destino.

Para esta sociedad de consumo y del marketing en la que constantemente se impele a los hombres a gastar y consumir, Ceferino aparece como el portador de bienes que no se compran ni se venden y por los cuales vale la pena jugar la vida.

En un mundo en el que se ha producido un permanente vaciamiento de valores, que despojan a la vida de consistencia o sentido, Ceferino resulta ser el mensajero de un patrimonio espiritual que hace digna la vida.

En una Argentina carente de modelos y de puntos de referencia, Ceferino es hoy también para muchos, alguien que se jugó por su fe y por su gente, que marca un camino válido y honroso que muchos argentinos deberían seguir.

En esta situación de sumergimiento ético y de corrupción a todos los niveles, Ceferino representa la fidelidad a la palabra empeñada, el "no" a las transacciones y a las componendas. En un planeta altamente contaminado en sus elementos primordiales y en grave peligro de destrucción irreversible, Ceferino mapuche



Manuel Namuncura y Rosario Burgos, padres de Ceterino
(Pintura de Alberto Monticelli).



Monumento a Ceterino Namuncura en Chimpay (Rio Negro), en donde nació Ceterino



Mayolica erigida en honor de Ceferino, en el andén de la estación de Chimpay, su pueblo natal.

("gente de la tierra") representa un desafío para preocuparnos y ocuparnos seriamente del cuidado ambiental y la preservación de los recursos naturales.

Finalmente, en esta triste etapa histórica de globalización y exclusión, Ceferino se presenta como alguien que es capaz de incluir a todos, vengan de donde vinieren y sean quienes fueren.

En efecto, una de las características más asombrosas del "fenómeno ceferiniano" es la de su universalidad. A él recurren y se encomiendan gentes de todas las edades, de las más variadas latitudes, de todo tipo de cultura y formación, de todas las clases sociales sin excepción. Esto no deja de llamar poderosamente la atención porque se trata de un pobre y un indígena, que hoy pareciera asumir un cierto liderazgo espiritual o encontrar una forma de reconocimiento en la sociedad, que incluye a muchísimas personas.

Y, en efecto, si hay algo que puede decirse del fenómeno ce-

¿Qué aprender de Ceferino?

Principalmente una cosa, la gran verdad de la semilla del Evangelio. Aquella semilla que, en el camino, entre zarzas y espinos, en tierra dura, en tierra generosa, y que ofrece frutos según la disposición del terreno, es la semilla que recibimos nosotros y que recibió Ceferino.

En nuestro joven la cosecha fue abundante, capaz de admirar a los hombres y de alegrar el corazón de Dios. Él nos anima. Los medios de que se servía están a nuestro alcance. Son los de siempre. Son muy sencillos. No los despreciemos. Por el contrario, hagamos lo posible por revalorizarlos, por aprovecharlos.

La Palabra de Dios. La devoción a la Virgen. Los Sacramentos. La amistad con Jesús Sacramentado; las buenas lecturas. Acercarse a buenos amigos. La oración. Todo esto que ustedes tienen a mano, sostuvo y fortificó al máximo su vida de cristiano. Perseveren, aunque les cueste, en cultivar esos medios humildes y eficaces. Se convertirán ustedes en tierra de mucho rendimiento espiritual. Y no se olviden de que lo que vale cuesta. El Reino de los Cielos se alcanza a viva fuerza y sólo los esforzados lo conquistan (Mt. 11,12).

Las lágrimas de Ceferino son un lenguaje que debe llegarnos a lo más profundo, a nosotros los habitantes de la Patagonia, a quienes vivimos en su misma tierra. Juan Coñuel, secretario del cacique, confiaba al padre Esteban Pagliere que su primo Ceferino lloraba ante su padre al ver la misérrima condición de los indios, mal alimentados, ridículamente cubiertos con ropas prestadas o mal habidas.

"Papá, ¿cómo nos encontramos después de haber sido los dueños de esta tierra! Ahora nos encontramos sin amparo... ¿Por qué no me llevas a Buenos Aires a estudiar? Entre tantos hombres que hay allá habrá alguno de buen corazón que quiera darme protección y yo podré estudiar y ser un día útil a mi raza" (Testimonios, pág. 90).

La iglesia de esta tierra de Ceferino debe traducir su inquietud de "ser útil a mi raza" en algo cordialmente sentido y en un gran esfuerzo práctico.

Los ojos humedecidos de Ceferino nos indican dónde están nuestros hermanos mal alimentados, mal vestidos. "Ahora nos encontramos desamparados", siguen repitiendo.

Desde los pobres a todos es la única forma en que podemos captar el plan de Dios.

Carta Pastoral de Monseñor Hesayne

feriniano es que se trata de un fenómeno inclusivo (como en todas o casi todas las formas de religiosidad popular). En estos tiempos de exclusión, donde grandes masas de personas quedan fuera de los bienes y servicios indispensables para la vida, Ceferino convoca e incluye a todos.

Es más, Ceferino ante todo por ser quien es (indígena, pobre, joven, derrotado) debería ser considerado especialmente como el intercesor de los débiles, los aborígenes, los pobres, los excluidos.

Ellos son quienes están mejor predispuestos a su propuesta. Ellos son quienes más fácilmente se identifican con Ceferino Namuncurá. Ellos son también quienes hoy más lo necesitan. Ellos viven desde la religiosidad o piedad popular su encuentro con Ceferino y traen consigo los valores que el Documento de Puebla ha querido enumerar como típicos de la religiosidad popular, especialmente "la presencia trinitaria que se percibe en devociones y en iconografías". (p. 164)

Por eso, son muchos los pobres de nuestra tierra que se encomiendan a él, que piden o agradecen, o que peregrinan a los lugares en que ha quedado alguna marca de sus huellas.

En este sentido Ceferino se coloca en la perspectiva de las grandes orientaciones del Episcopado Latinoamericano en su "opción por los pobres", por todo lo que él representa y significa.

Pero Ceferino, a la luz de cuanto llevamos dicho, es también la opción "de" los pobres que lo sienten suyo, cercano, consustanciado con sus angustias y sufrimientos.

Los pobres y excluidos de nuestra tierra sienten que Ceferino vivió a fondo y sin concesiones la propuesta de Jesús de Nazareth y que vivió también la suerte de los marginados y discriminados del mundo.

Y que hoy está junto a Dios. Que hoy puede hacer algo importante por ellos y por todos.

Pero, sobre todo, que hoy nos invita a no esperar pasivamente, dejando correr la historia a nuestro lado.

Él nos llama hoy a "ser útiles a nuestra gente", a participar en la lucha por la liberación y la igualdad de oportunidades para todos los seres humanos.



El cacique Manuel Namuncura, padre de Ceterino,
con el uniforme de Coronel del Ejército Argentino.

Ceferino Namuncurá nos invita hoy a hacernos cargo del dolor de la humanidad, de las múltiples formas de opresión, exclusión y miseria que golpean a tantas personas.

Es éste un desafío grande que, tal vez, todavía está esperando una respuesta.

CAPÍTULO 11

Espiritualidad de Ceferino

*“Todos los que son conducidos por el Espíritu
son Hijos de Dios” (Rm 8,14)*

Vivimos en la era del Espíritu. Desde que Éste fue derramado en Pentecostés, vivimos de Él. En realidad, su venida, como sabemos, había sido anunciada ya en el Antiguo Testamento, en el que muchas veces se nos da a entender que toda la historia de la Salvación ha puesto su proa hacia Él. Pero no podemos resistirnos a transcribir un pasaje del Profeta Isaías, en el que el anuncio del Espíritu, cobra fuerza y valor inusitados: “No temas Jacob, mi servidor; Iesurín, a quien yo elegí. Porque derramé agua sobre el suelo sediento y torrentes sobre las tierras secas; derramaré mi espíritu sobre tu descendencia y mi bendición sobre tus vástagos. Ellos brotarán como las hierbas entre las aguas, como sauce al borde de los arroyos. Uno dirá: ‘Yo pertenezco al Señor’ y otro llevará el nombre de Jacob; otro recibirá sobre su mano: ‘Del Señor’ y será designado con el nombre de Israel” (Is 44, 2-5)

En la era del Espíritu, la Historia de la Salvación no anula la historia del pecado humano, pero hay una fuerza nueva que atraviesa el acontecer humano y llega también al corazón de los hombres. Por Él se cumple también esta otra palabra de Isaías: “Él fortalece al que está fatigado y acrecienta la fuerza del que no tiene vigor. Los jóvenes se fatigan y se agotan, los muchachos tropiezan y caen. Pero los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas, despliegan alas como las águilas; corren y no se agotan, avanzan y no se fatigan”. (Is 40, 29-31).

Aunque han sido dadas muchas definiciones de Espiritualidad, para lo que aquí nos interesa, diremos que entendemos por espiritualidad la obra del Espíritu de Dios en un cristiano que, por supuesto, se abre y secunda la acción del Espíritu.

El Nuevo Testamento está recorrido de una punta a la otra por el Espíritu Santo. Nada puede entenderse sin Él en la vida de la Iglesia y en la vida de los cristianos. Por eso, Pablo pudo afirmar: "Nadie puede decir: 'Jesús es el Señor', si no está impulsado por el Espíritu Santo" (1 Co 12,3). Es decir, somos incapaces de todo inicio y crecimiento en la fe, si no nos mueve el Espíritu de Dios.

Por eso, el mismo Pablo, en un famoso párrafo de la Carta a los Gálatas (Ga 5, 16-26), exhorta a los cristianos a dejarse conducir por el Espíritu.

Y como culminación de su enseñanza sobre la apertura y docilidad al Espíritu, Pablo concluye: "Si vivimos animados por el Espíritu, dejémonos conducir también por él" (Ga 5,25). Y como cada ser humano es único, cada uno resulta más sensible a algunos rasgos del Evangelio de Jesús, que "sintonizan" más inmediatamente con su temperamento, con la educación recibida y con su historia personal.

También el contexto social y cultural tiene su influjo en el modelo de espiritualidad que la persona puede ir forjando o asumiendo.

De todos modos, es siempre el Espíritu de Dios el que va guiando a las personas en esta síntesis integradora, en la que convergen tantos factores y que desemboca en lo que ha sido llamado "gracia de unidad". Este es precisamente el ámbito donde se fragua -o fracasa- la identidad espiritual de cada cristiano.

Y precisamente la vida de Ceferino Namuncurá resulta absolutamente incomprensible sin esta referencia explícita al Espíritu. Él fue quien lo condujo, tanto a través de su sorprendente curva biográfica, como también en su itinerario espiritual.

Ni los hechos concretos de la vida de Ceferino ni, mucho menos, su crecimiento y maduración en la vida cristiana, sus admirables intuiciones, su ofrecimiento indeclinable a la Voluntad del

Padre, pueden explicarse, si no es por la acción constante y desconcertante del Espíritu de Dios.

Fue el Espíritu de Dios el que condujo al P. Domingo Milanesio hasta la tribu de Namuncurá, en Chimpay, para bautizar allí a Ceferino y a otros miembros de su tribu, para que fueran ungidos por ese mismo Espíritu el 24 de diciembre de 1888. Y, desde entonces, el Espíritu lo fue acompañando y conduciendo a través de todas las etapas y vicisitudes de su vida.

En particular, creemos que el Espíritu de Dios modeló algunos rasgos significativos y peculiares en el corazón de Ceferino (por ser quien era y por responder como respondió), que pueden aportar su granito de arena a la magna y rica historia de la espiritualidad cristiana.



Capillita del reconstruido Fortín Mercedes, en donde descansaron hasta hace unos años los restos de Ceferino traídos de Roma en 1924.

I. El servidor sufriente

Entendemos que la figura del servidor sufriente es una de las que mejor puede ayudarnos a entender el significado profundo de la vida y del corazón creyente de Ceferino Namuncurá.

Por supuesto que los cánticos del Siervo de Yavé (I: 42, 1-9; 49, 1-9; 50, 4-11; 52, 13; 53-12) son, ante todo, el anuncio del Mesías que se ha cumplido plenamente en Jesús de Nazareth. Pero es cierto también que, desde esta concreta palabra de Dios, podemos asomarnos mejor a la obra del Espíritu en el interior de Ceferino. Y percibir cómo se fue decantando en él la vivencia profunda del Evangelio de Jesús.

Los principales aspectos de esta identificación con el sentido sufriente de Isaías, parecen ser los siguientes:

1. El sufrimiento de la raza

Como sabemos, desde muy pequeño, Ceferino se dio cuenta de la situación de postración y miseria en que se debatía su gente. Aunque era hijo del cacique -y tal vez en mayor medida precisamente por eso- sintió en carne propia la humillación de mendigar y de ver mendigar a su padre en Buenos Aires para obtener la propiedad de unas pocas hectáreas de tierra para quienes habían sido dueños de la Patagonia. Desde la rendición en General Roca -y aun antes, cuando su padre había tratado infructuosamente de firmar una paz honrosa- su gente vive bajo el estigma del desprecio y la frustración. Ahora bien, como lo sabemos, esta situación tuvo una repercusión muy honda en el corazón de Ceferino. Su hermano Alfredo testimonió: "Lagrimaba al ver la misérrima condición de los indios de chusma, mal alimentados, ridículamente cubiertos con ropa prestada o mal habidas. En esos días de escasez aun en los toldos del cacique, ante el apremio del padre imposibilitado de aliviar las necesidades de su gente hambrienta..."

Ante esta situación, Ceferino toma la decisión de ir a estudiar. Esto nos muestra hasta qué punto hicieron mella en él los padecimientos de su pueblo. En efecto, de su raza vencida pudo decirse también: "...creció como un retoño en su presencia, como una



Colegio "San Francisco de Sales" de Viedma. Fotografía de 1975. En este patio y en las aulas de la derecha jugó y estudió Ceferino entre 1902 y julio de 1904. En el centro, los Padres Teresio Giordano y el P. Cabiale.

raíz que brota de una tierra árida, sin forma ni hermosura que atrajera nuestras miradas" (Is 53,2).

2. "El que quiera seguirme..."

Y desde que tiene que dejar a su gente, podemos decir que el sufrimiento se acentúa. Al tratar de asumir la nueva cultura y entrar en el mundo del blanco, Ceferino se encuentra con la incompreensión, la burla, el menosprecio y, a veces también, el mal trato de sus compañeros (y de algunos de sus educadores). Él podría decir también: "No retiré mi rostro cuando me ultrajaban y escuchaban" (Is 50,6). ¡Cuántas veces se sintió llamar "indio" como si fuera el peor de los insultos! Y aunque había sido "elegido" del Señor, encontró muchas dificultades de parte de los hombres para poder cumplir sus sueños y responder al llamado de Dios.

Ésta fue la espina más aguda que llevó clavada en su vida, especialmente en sus últimos años. Su participación en el misterio pascual de Jesús, significó para él la muerte de aquello que más profundamente deseaba su corazón: ser sacerdote. Vivió intensa y

dolorosamente este deseo y la incertidumbre que la falta de respuesta por parte de los hombres generó en su corazón. Cuando no fue aceptado para ir con los aspirantes a la casa de Patagones, sintió el cimbronazo más fuerte de su vida y comenzó a vivir muy hondamente aquellas palabras del Evangelio: "Si el grano de trigo no muere, no da fruto" (Jn. 12, 24). Y, sin embargo, nunca se dejó doblegar por el resentimiento o la sospecha: "El Señor abrió mi oído y yo no me resistí ni me volví atrás" (Is 50,5). Es que en él se cumplen admirablemente también las palabras de Pablo en la primera Carta a los Corintios: "Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir a los sabios; lo que el mundo tiene por débil, para confundir a los fuertes; lo que es vil y despreciable y lo que no vale nada, para aniquilar a lo que vale. Así nadie podrá gloriarse delante de Dios" (1 Co. 1,27-29).

Y Ceferino pudo vivir intensamente esto que Pablo llama el "mensaje de la Cruz", "locura para que los que se pierdan, pero para los que se salvan, fuerza de Dios" (1 Co 1,18). Esta "elección" de Dios confunde los criterios y los deseos de los hombres, pero es "fuerza de Dios" para quien confía en él: "Pero el Señor viene en mi ayuda: por eso, no quedaré confundido; por eso, endurecí mi rostro como el pedernal y sé muy bien que no quedaré defraudado" (Is. 50,7).

3. La soledad y el abandono

El momento culminante de la pasión de Jesús, el "servidor sufriente", es precisamente la soledad y el abandono en la cruz. También esta experiencia fue profundamente vivida por Ceferino, sobre todo en su estadía en Roma y en los últimos meses de su enfermedad. Está solo, lejos de su familia y de su patria. No tiene casi con quien desahogarse y compartir. Él también debe sorber el cáliz hasta la última gota. En efecto, no es sólo el sufrimiento físico el que lo abruma en Roma, sino sobre todo el aislamiento y el abandono: "despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento" (Is 53,3). Y aun podemos preguntarnos si la humilde tumba en la que fue sepultado en el cementerio Verano, no cumple también esta palabra: "Se le dio un sepulcro con los malhechores y una tumba con los impíos, aun-

Contemplativos en lo cotidiano

Hemos constatado que nuestra vida, y la realidad que nos rodea, está toda ella atravesada por el Misterio de Dios, suprema verdad para nosotros. Vivimos inmersos en Dios, manifestado en la muerte y resurrección de Jesús.

Pero también constatamos, con frecuencia, que nos faltan ojos profundos y capacidad de escucha y de meditación para captar el significado de la realidad más allá de las experiencias.

Tenemos necesidad de silencio para ahondar en nosotros mismos, para atravesar las meras impresiones, y llegar al misterio de Dios y de nosotros mismos.

Esta es experiencia de interioridad en la Espiritualidad juvenil salesiana; un espacio íntimo y personal donde resuenan todas las voces que nos vienen del exterior, y donde cada uno ha de decidir sobre su propia vida, construir su propia personalidad, y ser coherente con las opciones. En ese espacio nos habla el Espíritu de Jesús, muchas veces desde el silencio.

Eso no es fácil. Por tanto, tenemos necesidad de ayudarnos mutuamente para lograr una nueva capacidad de ascesis que nos haga capaces de contemplar la realidad, desde el Misterio que lleva adentro.

Contemplar es atravesar las cosas para llegar a poseerlas plenamente, sabiendo conjugar lo que se ve y lo que permanece invisible a una mirada distraída y superficial.

La capacidad de contemplación afecta a toda la vida del hombre.

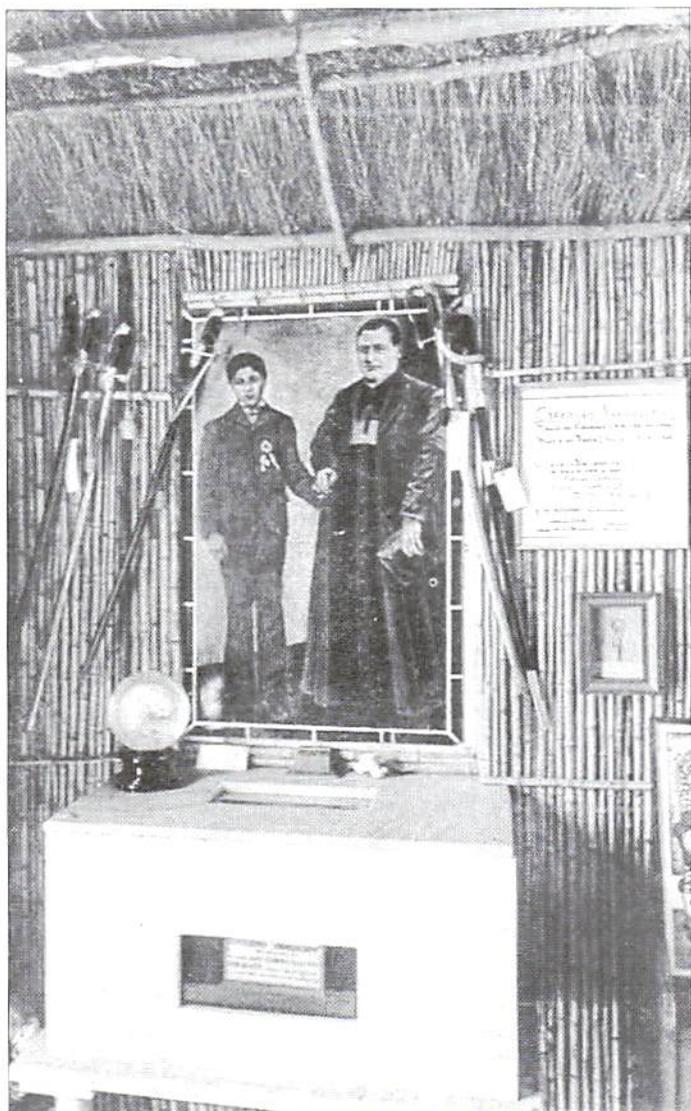
No es un gesto reservado para unos momentos especiales. Y si la vida diaria es la mediación donde se hace presente el Dios de Jesucristo, en todos los momentos de esta vida podemos contemplar la presencia de Dios y encontrarnos con él.

Quien contempla en lo cotidiano, busca un espacio separado en el que acercarse a Dios. Quien además llega a ser contemplativo en lo cotidiano, reconoce la sacramentalidad de su vida.

Una vida contemplada es el lugar en el que vemos a Dios, el espacio de nuestro seguimiento de Cristo.

En ella encontramos la razón para asumir y vivir el Reino de Dios, que es vida abundante para todos.

(Espiritualidad Juvenil Salesiana, Roma, 1996)



La urna con los restos de Ceterino en la capillita del Fortín Mercedes reconstruido. Allí descansaron de 1924 a 1991.

que no había cometido violencia ni había engaño en su boca” (Is. 53,9).

Pero, después de su muerte, entendemos que se cumple también plenamente en él el triunfo del servidor sufriente: “Si ofrece su vida en sacrificio de reparación, verá su descendencia, prolongará sus días y la voluntad del Señor se cumplirá por medio de él. A causa de tantas fatigas, él verá la luz y, al saberlo, quedará saciado” (Is. 53, 10-11).

4. La expiación

En efecto, la figura de Ceferino tiene, también a la luz del cuarto canto del servidor sufriente, una dimensión expiatoria, especialmente por los pecados de los blancos vencedores, que sometieron con prepotencia a su gente, pero también de los suyos, que tampoco fueron “inocentes” en el trato con los tehuelches o los vorogas.

Y también representa un fuerte llamado a la reconciliación y a la paz entre los pueblos y entre los grupos antagónicos de la sociedad: “El castigo que nos da la paz cayó sobre él y por sus heridas fuimos sanados” (Is. 53,5). Ceferino cargó sobre sí el pecado de muchos y, por eso, aún hoy su memoria no es, a veces, suficientemente entendida y valorada.

II. Espiritualidad de la vida cotidiana

En estos tiempos en que se produce el retorno de los brujos y de los ángeles, en el que aún la gente sinceramente religiosa (dejemos de lado el fenómeno de las sectas o los “under” de la religiosidad) está en busca de lo “extraordinario” y de “lo extraño”, y en que se pretende vivir experiencias “distintas”, vale la pena remarcar que la vida y la espiritualidad de Ceferino, representan un camino de sencillez y de humildad, enmarcados en el ámbito gris de la vida cotidiana.

Hasta tal punto no hay en él nada de extraordinario o de grandioso (más allá de ser el hijo del último gran cacique mapuche),

que quienes consideran la santidad cristiana bajo el enfoque de lo puramente heroico, se sentirían defraudados.

En ese sentido, su figura puede ayudar (ciertamente, no es la única) a entender la santidad cristiana desde otra perspectiva. En efecto, el Evangelio de Jesús ha de encarnarse para ser tal en la situación concreta de la vida de los hombres, allí donde se desenvuelve el accionar diario y donde estamos llamados a testimoniar los valores del Reino. No es fuera del mundo, sino dentro del mundo y de las circunstancias cotidianas, donde el Señor se nos manifiesta y solicita.

En realidad, ésta es una intuición que San Juan Bosco mamó desde su cuna de recia estirpe campesina. Su madre lo inició desde los primeros años en una fe muy concreta que se traslucía en la contemplación de los fenómenos de la naturaleza, en la vida de familia y en el quehacer de todos los días. Y él también, una vez que hubo comenzado la obra de los oratorios, supo realizar una propuesta cristiana simple y efectiva a los chicos “pobres y abandonados” que frecuentaban sus casas. Supo también trazarles una “pedagogía” de la santidad que estuviera a su alcance. Y los salesianos que vinieron a la Argentina –varios de ellos, entre sus primeros discípulos– trajeron también esta pedagogía espiritual.

Del “ambiente” que ellos supieron generar en los colegios de Almagro y Viedma –los que frecuentó Ceferino– y de la percepción que tuvo el joven mapuche de esa propuesta cristiana, resulta esta forma de vida espiritual, que hoy es particularmente interesante para el hombre de nuestro tiempo.

1. El “ritmo” de un internado

Ante todo hay que decir que Ceferino vive en Almagro al “ritmo” de un pupilaje. Allí la vida está organizada, a veces demasiado. Además, es compartida con muchos otros chicos de su edad. No hay lugar para excepciones, todos deben cumplir los mismos horarios, realizar los mismos deberes, ceñirse al mismo reglamento. El internado “marca” un cierto tipo de vida, al que necesariamente hay que adaptarse. No es para todos. Se corre el riesgo de

la masificación, de la mecanización (prima la rutina, pueden hacerse las cosas sin convicción), de la falta de libertad, sobre todo en el aspecto religioso.

Hay que decir, ante todo, que Ceferino se adaptó maravillosamente a la vida del internado. Él provenía de un estilo de vida simple, pero libre. Sin embargo, en ningún momento tuvo dificultades serias para adaptarse a las exigencias de los internados que le tocó frecuentar.

Pero hay más; Ceferino encontró en el Internado (que en la casa de Don Bosco se convertía en una verdadera familia) el cauce por donde pudiera ir fluyendo –mansa y serenamente– su vida cristiana.

Allí vivió –tanto en Almagro, como en Viedma, y en Frascati– su amistad con el Señor y con los hombres. Allí descubrió el valor de las cosas pequeñas, de los gestos cotidianos, del deber cumplido con alegría.

Con naturalidad (y, al mismo tiempo, con esfuerzo) trató de ser un buen alumno, de poner lo mejor de sí mismo en la convivencia diaria, de aceptar interiormente la “novedad” (y Ceferino tuvo que pasar por varios colegios) y la rutina de lo que tenía que vivir.

Hay que decir que las exigencias del Internado o de la familia de Don Bosco, vividas desde esta perspectiva, daban motivaciones fuertes y una pedagogía eficaz para la maduración en la fe y el camino hacia la santidad.

Prueba de ello son la vida de Domingo Savio (y tantos otros chicos del Oratorio de Don Bosco) y de la Beata Laura Vicuña.

LOS SACRAMENTOS DE LA VIDA COTIDIANA

Entendemos por tales a los sacramentos que pueden reiterarse habitualmente y, por lo tanto, tienden a “modelar” el corazón creyente y nutrir su fe.

Estos son los sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación. Recordemos que Don Bosco luchó mucho para que se admitiera a los niños a la comunión, y luego, a la comunión “frecuen-

Compartir

El instinto egoísta del hombre joven o adulto, lo lleva a buscar ventajas personales. ¡Lo mejor para mí!

Hay un testimonio muy elocuente de Pedro Tealdi que contrasta con este comportamiento. Dice que Ceferino, en los paseos, antes de comer, se detenía para ver si a alguno le había tocado una ración más pequeña. Entonces le ofrecía la suya pretextando que la del compañero le agradaba más.

Los domingos por la tarde los internos del colegio Pío IX solían ir de paseo a San Isidro. A la hora de la merienda corría el "mate". Es la bebida típica del indígena. Gaseosas, licores y otros brebajes se resumen para el aborígen en el clásico mate. Privarlo a Ceferino de ese elemento era como sacarle algo esencial a su sustento. Y allí asoma nuevamente el gesto del araucano que no sólo comparte con el blanco lo que es propio de su raza, el mate, sino incluso, deja su "turno" para que la "vuelta" sea más rápida.

El compartir de Ceferino era completamente desinteresado. Sin privilegios. Lo que en un muchacho suele constituir un afán de posesión, el ídolo de tener para Ceferino se trueca en un espontáneo gozo en el dar. Por eso llegó a ser grande.

El hombre se agiganta interiormente cuando aprende a donarse totalmente. Así era el estilo de Ceferino: compartir siempre, sin esperar recompensa. En todo caso está la promesa evangélica, según la cual tiene premio hasta un simple vaso de agua.

En la cuenta del divino banco, quien da uno recibe ciento.

(Barasich, Mensaje de un joven mapuche)

te". Lo consideraba un medio indispensable para alimentar la vida cristiana de los niños y adolescentes.

Ceferino vivió intensamente ambos sacramentos. La reconciliación semanal o quincenal era vivida y practicada como un encuentro con el Padre misericordioso, que le ofrecía el abrazo del perdón y lo animaba a seguir creciendo. Se sentía en esto "personalmente" interpelado. Se sentía llamado en primera persona a ser fiel.

Por otra parte, la Eucaristía representaba el encuentro con Jesús vivo, el que se lo había dado (y le seguía dando) todo, el amigo consolador a quien confiaba sus anhelos, sueños y frustraciones de adolescente.

Desde que Ceferino recibió su primera comunión, a los 12 años, quedó definitivamente "marcado" por la Eucaristía. La presencia "real", "viva" de Jesús le hacía percibir muy hondamente el misterio de la encarnación, de la cercanía del Hijo de Dios, que había venido a mostrarnos cuánto nos quiere el Padre.

La Eucaristía era para Ceferino un punto de salida y de retorno. Salida hacia la vida, hacia el encuentro con los demás, hacia lo de todos los días. Y retorno, después de lo vivido, con el corazón lleno de experiencias para compartir la historia ya vivida, para descansar en el Amigo y volver a emprender el camino.

Ceferino, sin rehuir el deber cotidiano, vive "pendiente" de la Eucaristía. Por eso su necesidad de "ver" la lucecita del Sagrario desde su banco de estudio; de ahí también el fervor con el que vive la Misa de cada día.

EL VALOR DE LAS PEQUEÑAS COSAS

Para un niño o un adolescente, si bien es cierto que es bueno que sepa enamorarse de grandes ideales, la dificultad radica muchas veces en ir encarnando en la vida concreta y progresivamente, las cosas que va descubriendo. Ceferino fue aprendiendo paulatinamente, como ya hemos tenido ocasión de decir, a santificarse en lo pequeño de cada día. No hay nada de extraordinario en esmerarse en ser un buen alumno y en estudiar las lecciones de

cada día, pero hacerlo siempre (y Ceferino debió readaptarse varias veces) desde Jesús y su Evangelio, ofreciéndolo y dando gracias por ello, significa ponerse en sintonía con el “agua viva” de la Gracia y del Espíritu.

Y lo mismo vale en el ámbito de todas las responsabilidades cotidianas y de los “servicios” que se le asignaron, a los que él se ofreció voluntariamente. Estas cosas vividas desde el “amor a Jesucristo y a los hermanos”, quedan transfiguradas. Se convierten en “oración”. Representan la continuidad y la prolongación de la Eucaristía, cuando ella nos devuelve al mundo.

2. Práctica sacramental

Ante todo, Don Bosco había sido un gran luchador -y esto había ido a contrapelo de ciertas corrientes espirituales de su medio- para que los niños y adolescentes se acercaran a los sacramentos. Y dentro de su sistema educativo, la confesión y la comunión frecuentes son considerados elementos de primera magnitud para el crecimiento de la fe de sus oratorianos.

Cuando Ceferino llega al Colegio Pío IX, todavía no ha hecho su primera comunión. Aunque no tenemos detalles de cómo haya sido su preparación, a juzgar por los efectos, ha dejado una huella profunda en su corazón.

Cuando a los doce años hace su primera comunión, ya es plenamente consciente de todo lo que la Eucaristía puede llegar a significar en su vida. Por eso, su participación en la Eucaristía de todos los días (tal como era habitual entonces en los colegios salesianos), era sentida y vivida como el acontecimiento central de la jornada y no como mero cumplimiento de un factor horario.

Podemos decir que el mismo Jesús Eucaristía fue modelando el corazón de Ceferino en este contacto diario con él.

Por otra parte, en ese momento, en los Colegios Salesianos la Catequesis era considerada como algo fundamental en la vida de la comunidad, ya que se volcaban en ella los mejores esfuerzos.

Tanto para estimular a los chicos, como para favorecer la mejor comprensión del misterio cristiano, no se escatimaban medios



Monumento en bronce a Celerino levantado en Funes (provincia de Santa Fe, proximo a Rosario), a pocos metros del Aspirantado Salesiano "Celerino Namuncura". Este monumento fue un homenaje a Celerino de las "Obras benificas "Celerino Namuncura", cuya presidenta es la señora Blanca Civalero Harrison. El autor de esta magnifica escultura fue el artista Piacenza. Los hermanos Gentile realizaron la fundicion del bronce. La inauguracion del Monumento ocurrio el 11 de mayo de 1975.

y, de algún modo, toda la vida del Oratorio o del Colegio se orientaba hacia La Eucaristía.

Al año siguiente Ceferino recibió la Confirmación, que significó un momento importante en lo que se refiere a la acción del Espíritu en su corazón. Precisamente es a partir de ese momento, cuando la apertura y la entrega de Ceferino se hacen más plenas y sin concesiones.

Pero es sobre todo, a través del sacramento de la Reconciliación cómo va descubriendo y experimentando el Amor misericordioso del Padre y en el que se hace efectiva la Dirección Espiritual, que lo va orientando progresivamente en el camino de la santidad cristiana.

Ceferino frecuenta y celebra asiduamente este sacramento y encuentra en él la posibilidad de abrir plenamente su corazón y confiar sus dificultades, dudas y aspiraciones. Encuentra siempre buenos confesores o, al menos, representan siempre una ayuda eficiente y concreta para él.

La vida de la gracia va tomando poco a poco forma en su corazón y la purificación constante a través del sacramento del perdón, lo ayuda a ir despejando el camino de toda barrera y de todo obstáculo para la acción del Espíritu.

La práctica sacramental representa también para Ceferino una inserción vital y cordial en la vida de la iglesia, especialmente importante en aquella época en que no eran tan “accesibles” otras formas de inserción y participación.

3. Vida de oración

Ceferino, como está abundantemente testimoniado en la Causa, fue un gran orante. Y esto, en varios sentidos.

En primer lugar, *Ceferino forjó desde su infancia un oído atento y un corazón abierto*. Tuvo el silencio interior y la capacidad de escuchar. Su oración estuvo transida de silencio y apertura. De su raza mapuche recibió sin duda una particular capacidad para “escuchar” y para hacer silencio. Y el Espíritu de Dios di-

lató esta posibilidad para que fuera tierra fecunda a la espera de la semilla.

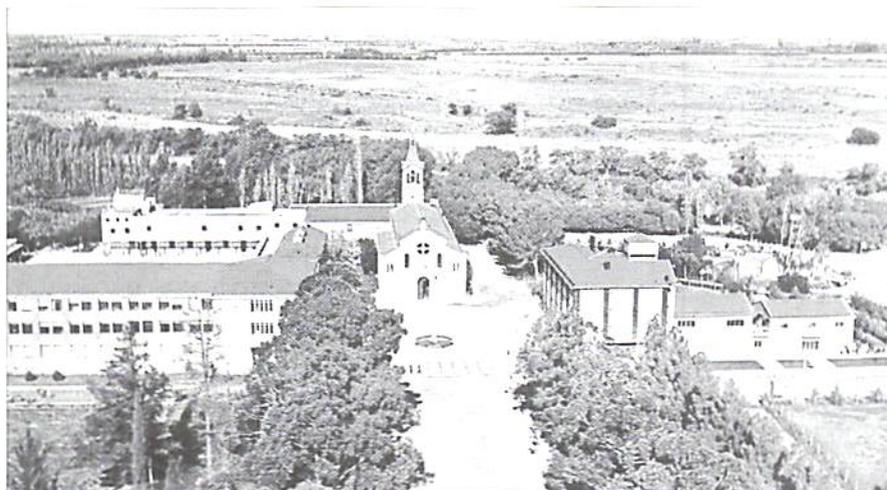
Sintiéndose pequeño, se daba cuenta de que no tenía nada que buscar en sí mismo, y por eso tenía el alma totalmente dirigida hacia Dios. Por eso, adquirió una gran facilidad o espontaneidad para ponerse en su presencia y se volvió extremadamente sensible a las inspiraciones del Espíritu. Como ya lo había aprendido en los campos de Chimpay, Ceferino era particularmente sensible a las manifestaciones de Dios en la naturaleza, pero después de la comunión también se mostró muy sensible a los signos de Dios en la historia de los hombres.

En segundo lugar, *Ceferino buscó permanentemente a Dios*. “Como la cierva sedienta va en busca del agua” (S. 41,1), como dice el salmo, Ceferino tuvo siempre sed de Dios. Especialmente hambre y sed de Eucaristía. Por eso, no solamente participó con gran fervor de la misa diaria recibiendo la comunión, sino que acogió con la mejor predisposición la recomendación de Don Bosco: “¿Quieren muchas gracias de Jesús? Visiten a Jesús Sacramentado. ¿Quieren pocas gracias de Él? Visítenlo poco. ¿No quieren ninguna gracia? No lo visiten en absoluto”. Por eso Ceferino visitaba a menudo a Jesús Eucaristía en las capillas de los Colegios o Casas Salesianas donde le tocó estar.

En tercer lugar, *la oración de Ceferino fue simple y profunda*. Probablemente no haya llegado a las altas cumbres de la oración, pero en su simplicidad, encarnó una forma de oración afectuosa y filial, como se transluce en sus cartas. Una oración hecha de confianza y de relación personal, dirigida al centro del misterio cristiano: Jesús en la Eucaristía.

4. Alegre cumplimiento del deber cotidiano

Esta es otra “marca” indeleble de la espiritualidad salesiana. La vida cristiana pasa concretamente por las vivencias cotidianas. Esta es la prueba de fuego de la virtud. El Evangelio de Jesús debe “calar” en las cosas pequeñas de cada día, a través de las cuales se encarna en la historia nuestra vida. Un cristiano “irresponsable”



Vista panorámica de Fortín Mercedes (estación Pedro Luro, provincia de Buenos Aires) a la izquierda, el Colegio Salesiano San Pedro, en el centro, el Santuario de María Auxiliadora, en donde actualmente descansan los restos de Ceferino; a la derecha, el Descanso de los Peregrinos, y atrás, el Fortín Mercedes reconstruido.

no puede ser un cristiano fiel. Ceferino comprendió rápidamente –guiado por el Espíritu que le dio la sabiduría de la fe– la necesidad de “ser fiel en lo poco, para ser fiel en lo mucho”.

Ceferino entonces, apenas fue “entendiendo” las exigencias del horario, del estudio y las “modalidades” del internado, se entregó de lleno a esa vida. Hay que destacar que no fue un cumplimiento automático, rutinario o simplemente “obligatorio”. Ceferino se adaptó espontáneamente a este ritmo, sintiendo que por allí pasaba la voluntad del Padre.

Y entonces se esmeró esforzadamente por ser un buen estudiante (y pensemos cuánto le costó, incluso algún aplazo), “finalizando” siempre su estudio al Señor y a los hermanos (nunca perderá de vista que él estudia, efectivamente, “para ser útil a su gente”).

Trató también de cultivar, como todo chico, la alegría del juego en el patio salesiano. Por eso, en Buenos Aires, no rehusó retomar el arco y la flecha para “demostrar” quién era a sus compañeros, ni montar al caballo del lechero recordando sus andanzas in-

fantiles en Chimpay. Y en Viedma, un compañero lo definió como “el alma del recreo”.

Igualmente, se tomó muy a pecho sus responsabilidades cuando le tocó ser sacristán, o cumplir tareas campestres en Urubelareta, o realizar otros oficios de limpieza en las Casas Salesianas.

Y esto nunca fue siempre considerado como un “peso” o como un “yugo” difícil de sobrellevar, sino fue siempre asumido con alegría y optimismo. Del mismo modo, cuando le llegó la hora de la enfermedad, Ceferino hacía lo que había que hacer con sencillez y serenidad.

En ese sentido, de alguna manera la faceta del “servidor sufrido” estuvo “escondida” por una actitud normal y espontánea de su ánimo templado y valiente, propio de su raza.

No se puede negar que Ceferino experimentó también, si se quiere, experiencias poco comunes para los chicos de su edad. Tuvo a su cargo discursos importantes ante personalidades de relieve; fue entrevistado por la prensa en más de una oportunidad; fue de alguna manera “tutoreado” por un ex presidente de la Nación; alternó en Turín con los superiores de máxima jerarquía de la Congregación Salesiana; y finalmente fue llevado ante el Papa. Pero hay que decir que en todos estos hechos, se comportó con extrema lucidez y humildad. Nada lo hacía salir de su habitual discreción y estos acontecimientos se enraizaban en continuidad con su vida de todos los días, a la que volvía siempre con convicción y alegría.

5. La dirección espiritual

Hay que decir que, apenas Ceferino llegó al Colegio de Almagro, supo buscar la Dirección Espiritual y que ésta representó para él un medio fundamental de crecimiento en la fe. Tanto con el P. José Vespignani en Almagro, como luego con el P. Vacchina en Viedma, se entregó con total confianza y docilidad a quienes lo podían orientar en su vida espiritual. Además supo combinar admirablemente la práctica frecuente de la reconciliación, como ámbito de purificación, de “vida nueva” en la Gracia y de encuen-

tro con Cristo vivo, con la orientación espiritual que, en sentido más amplio, recibía del sacerdote que lo acompañaba o del conjunto de instituciones que de alguna manera signaban la vida de los niños y adolescentes del Colegio. Ceferino realiza además una experiencia profundamente “sanadora” de la paternidad espiritual que lo ayudará a ir superando sus limitaciones y defectos, de manera progresiva y “natural”. Conserva siempre un recuerdo muy cálido de sus confesores o directores espirituales, les escribe periódicamente y los recuerda en su memoria y en su oración. En este sentido podemos decir que la “dirección espiritual”, al menos como la entendía Don Bosco, se coloca en el ámbito de la vida cotidiana de Ceferino.

6. Su “decisión” vocacional

Estamos convencidos también de que la temprana decisión de Ceferino en el plano vocacional fue un poderoso impulso de crecimiento y perfeccionamiento espiritual. Quien sabe adónde va, busca también por dónde ir. Esta es otra dimensión de este estilo de santidad profundamente “realista” que se enmarca en la espiritualidad de lo cotidiano. Además, su espíritu de lucha ante las dificultades hace que pueda mantenerse siempre firme en el camino trazado de seguir a Jesús viviendo su Evangelio. Por eso, no se cansa de pedir una y otra vez su certificado de bautismo, ora y llora por su vocación, busca el apoyo de quienes lo puedan ayudar y apoyar, se esfuerza en el estudio y en todo aquello que pueda significar un acercamiento al “ideal” que tiene siempre ante los ojos.

7. La presencia de María

Podemos decir que Ceferino aprendió a conocer a Jesús de la mano de María. En efecto, tanto en el Colegio Salesiano de Almagro como en Viedma, María estaba presente e iba abriendo camino a sus hijos. Por eso, desde que Ceferino se abre al misterio de

Cristo, se encuentra inmediatamente con su Madre, y en todas partes por donde pasó, se sintió acompañado por la presencia de la Madre. Él, que había tenido que dejar a su madre tan lejos, para no volver a verla ya nunca más, encuentra en la fe cristiana una nueva Madre, de la cual no se separará nunca. De aquí su fidelidad al Rosario, su diálogo constante con ella, la vivencia cotidiana del cántico de María.

Cuando estuvo en Turín, aprovechó intensamente el tiempo libre, para orar largamente en el Santuario de María Auxiliadora y poner en práctica, al menos durante algunas horas, aquella frase: "Yo estaría a los pies de María todo el día".

APERTURA MISIONERA

"Espíritu misionero" significa una peculiar manera de vivir la dimensión misionera de la fe a la que, si bien todos los cristianos estamos llamados a desarrollar, algunos, como Ceferino, se abren plenamente a la Gracia para poder vivirla más intensamente.

a) **Las necesidades de su gente.** Ceferino manifestó su "carisma" misionero, especialmente por su sensibilidad y por la resonancia que tuvieron en su corazón las necesidades de su gente. Podemos decir que Dios le "habló" especialmente a través de la situación que vivían los mapuches y, en particular los de su tribu, de cuya realidad inmediata él participaba más directamente.

Esa fue la primera motivación que lo llevó a partir. Sin duda que el Espíritu de Dios recibido en el Bautismo le abrió los ojos para que se diera cuenta de la realidad de "postración" y "agonía" en que vivía su tribu. "Quiero ser útil a mi gente". Evidentemente este deseo, que en Ceferino se convierte en firme propósito tiene, tal vez, en su inicio un soporte puramente humano, pero es la base de sustentación sobre la que se arraigará su vocación misionera. El "ser útil" encontrará su realización plena en el anuncio de Jesucristo.

b) **Apertura a sus coetáneos.** Pero en Ceferino, este deseo y esta vocación comienza a realizarse casi inmediatamente por su gran apertura a los coetáneos, con quienes le toca compartir la vi-

da. Ceferino no se cierra sobre sí mismo. Y, a pesar de demostrar en varios aspectos una precoz madurez, no deja de ser uno más entre sus compañeros. Pero es preciso destacar también que esta apertura es sobre todo para llevarles a Jesucristo en las actividades diarias de la jornada. Ceferino anuncia a Jesús, más que hablando de Él, viviendo de los valores de Jesús. No rehúye nada de lo que es sano y bueno (la recreación, el diálogo, las cacerías, excursiones, trabajos, estudio, música y canto, juegos y concursos), pero va aprendiendo también, que todo esto debe estar orientado al Reino.

Misionado y misionero, Ceferino, por una parte es, en alguna medida, fruto de la misión salesiana en la Patagonia. Su gente ha sido misionada por el Patiru Domingo y luego también por otros misioneros. Estos misioneros se entregaron de lleno y sin concepciones al anuncio del Reino. Trajinaron a pie, a caballo, en sulki, en vehículos muy primitivos, leguas y leguas de meseta patagónica, vivieron al sereno, en ranchos y tolderías y en primitivos fortines; fueron incomprendidos y tuvieron graves problemas con la autoridad civil y militar. Con sangre, sudor y lágrimas fueron roturando y esparciendo la semilla en el pedregoso suelo patagónico, aprendieron la lengua y la cultura de los mapuches; defendieron a los indígenas, aunque a veces no alcanzaron a comprenderlos enteramente.

Ceferino culminó su obra de formación en el Colegio de Almagro. Allí descubrió la vocación misionera en su plenitud y allí comenzó a ser misionero, en las circunstancias de la vida diaria, entre sus compañeros.

c) **Intercesión por su pueblo.** Pero podríamos pensar que el gran ideal misionero de Ceferino, en gran medida, queda trunco, en cuanto nunca llegó a poder realizarlo plenamente.

En realidad, tenemos que decir que nunca dejó de ser misionero. Al contrario, desde que Jesús lo llamó a compartir plenamente la herencia del Cielo, Ceferino comenzó a actuar más que nunca, respondiendo a las necesidades de su pueblo. Por eso, tantos fieles han experimentado la eficacia de su intercesión; por esto también tantos peregrinos acuden, desde los más remotos lugares, a cumplir promesas o agradecer favores obtenidos por su

43 y 44

UNION POSTALE UNIVERSELLE

Carte Postale - Postkarte - Post Card
CARTOLINA POSTALE

A mi querida Mama Rosaria B. de
Namuncura, Su afetivísimo hijo de do he
Ceterino Namuncura ste recuerdo felicidad
dedica a su madre. Felicidad



Estimada mama!
Conserva este retrato de la
Santidad Pio Decimo
como demostracion de a
mor, carino y gratitud
que nuestro hijo querido
os expresa. Dios y la Virgen
os bendigan sempre felizidad
su hijo Ceterino.

Postal de Ceterino a su mama, Doña Rosario Burgos,
enviada desde Italia, sin fecha. Posiblemente en 1901

intercesión. El pueblo cristiano ha intuido que Ceferino es un intercesor muy válido con el que todos pueden sentirse identificados. Y que lo que Ceferino no pudo realizar plenamente aquí en la tierra, durante su estadía en este mundo, lo está y lo sigue realizando ahora desde el Cielo.

CAPÍTULO 12

La voz de los mapuches

*“Hubo entre ellos quienes
dejaron nombre...” (Ecl 44,8)*

En la Escritura, constantemente se hace memoria de las obras de Dios, realizadas a lo largo de la historia. Se recuerda a los antepasados que cumplieron una misión importante para el pueblo.

En la Historia de la Salvación encontramos una esencial continuidad. Es la misma Alianza de fidelidad que Dios renueva constantemente con su Pueblo. Y esta continuidad es marcada también por las genealogías, por la ininterrumpida sucesión de generaciones.

En el libro de Ben Sirá (llamado también Eclesiástico) se dice precisamente:

*“Hubo entre ellos quienes dejaron nombre,
para que se hablara de ellos con elogio.
De otros no ha quedado recuerdo,
desaparecieron como si no hubieran existido,
pasaron cual si a ser no llegaron,
así como sus hijos después de ellos.
Mas de otro modo estos hombres de bien,
cuyas acciones justas no han quedado en olvido.
Con su linaje permanece
la rica herencia que procede de ellos.
En las alianzas se mantuvo su linaje
y sus hijos gracias a ellos.*

*Para siempre permanece su linaje
y su gloria no se borrará”. (Ecl. 44, 8-13)*

También el pueblo mapuche recuerda hoy a Ceferino Namuncurá. Él es un hito de esta historia de los pueblos indígenas, en la que se da, por una parte, la continuidad con la propia identidad y las raíces y, por otra, la apertura al encuentro y a la convivencia con otras culturas y con otros pueblos.

Recoger, entonces, el testimonio del pueblo mapuche es, como escuchar el eco de los antepasados y, al mismo tiempo, recordar la sabiduría de quienes, con su vida y con su consejo, han marcado para siempre la vida del pueblo.

A ellos pertenece precisamente Ceferino Namuncurá. Por eso, remontarse a él, a través de las vivencias de la “gente de la tierra”, significa proseguir y enriquecer una historia, manteniéndola viva con el aporte de quienes “viven para siempre”.

Hemos creído oportuno concluir estos apuntes con un capítulo dedicado a escuchar atentamente la voz de los mapuches. Nos ha parecido importante dialogar con aquellos que hoy continúan siendo la “sangre de la tierra”.

Mucho tiempo ha pasado desde la “conquista del desierto”, que se propuso erradicar al indígena e “imponerle” pautas de comportamiento extrañas a su cultura y a su historia. Desde entonces y de muchas maneras, ha sido clara una manifiesta incompreensión del indígena por parte de los blancos.

Sin embargo, en los últimos años está asomando una nueva conciencia acerca de la necesidad de respeto y reconocimiento de los pueblos indígenas, tal como ha quedado plasmada en la Constitución Nacional.

También las agrupaciones mapuches se han ido transforman-

do en el curso de estos años. Algunos han quedado en sus agrupaciones y conservando su lengua, sus tradiciones, sus ritos. Otros han emigrado a las ciudades y aún en ellas hay comportamientos diferenciados. Hay mapuches que, debido al escarnio y a la falta de valoración a que han sido sometidos por el blanco, no se reconocen como tales e incluso ocultan su identidad. Hay quienes mantienen la conciencia viva de lo que son, pero consideran que la integración y la pérdida de los propios valores es algo inevitable.

En lo que se refiere a las Agrupaciones, tampoco la evolución ha sido uniforme. Neuquén es la Provincia en la que se mantienen la mayor cantidad de agrupaciones (más de treinta), reconocidas o no.

Hay también posiciones extremas, que reivindican la independencia del pueblo mapuche y su autonomía cultural, territorial y jurídica.

Por lo que se refiere a Ceferino Namuncurá, la posición de los mapuches, tampoco es uniforme y presenta varias facetas.

Hay un cierto número de mapuches para quienes Ceferino sigue siendo un desconocido o alguien de quien se tiene un conocimiento muy vago y muy "remoto".

Para otros mapuches, Ceferino no tiene arraigo en su existir ni en su vida religiosa, porque lo consideran como algo extraño a su cultura y a sus tradiciones y como perteneciente al orbe católico.

Para los mapuches que han abrazado los cultos evangélicos o pentecostales (y aún otras sectas) la figura de Ceferino evoca resabios de idolatría.

Además, hay un pequeño grupo de mapuches (de fuerte radicalización ideológica) que tienen una visión muy crítica de la figura de Ceferino Namuncurá, por su inserción en la cultura huinca.

Pero, podemos decir, sin temor a equivocarnos, que la inmensa mayoría del pueblo mapuche, siente a Ceferino Namuncurá como algo propio, con el cual se identifica, a quien invoca como intercesor privilegiado, o considera válido como ejemplo a seguir. Sin duda que estos mapuches son católicos y ven a Ceferino en la órbita de la santidad cristiana. Pero, también es cierto que no con-

sideran que su identificación religiosa -en este caso cristiana- se contradiga con su identidad mapuche.

Precisamente, por considerar que este grupo es ampliamente mayoritario y también porque son quienes más han ahondado en la presencia de Ceferino y mantienen una relación vital con él, consideramos que su testimonio es particularmente representativo y significativo.

Por eso, los presentamos al lector, tal cual han sido tomados, esperando que mantengan toda su frescura y espontaneidad.

OLGA HUENEHUEIN

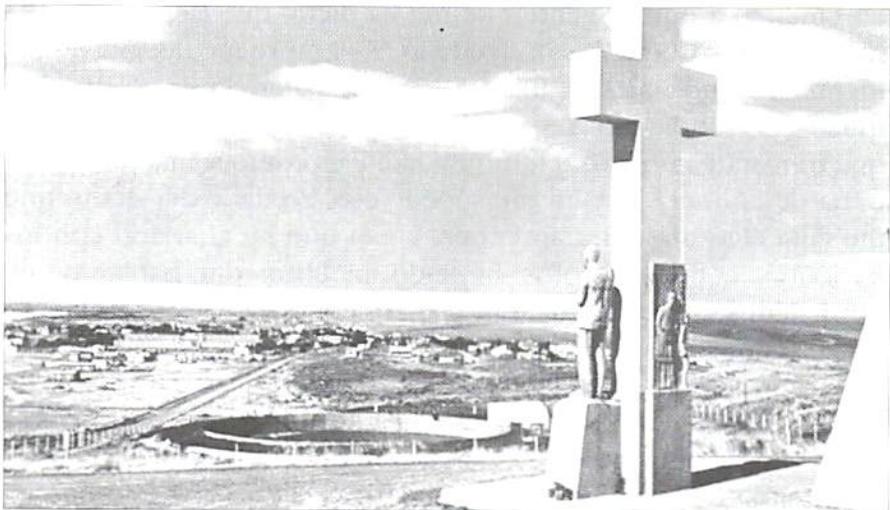
(Agrupación Chiquilihuín)

Desde que comencé la primaria, a los 14 años, empecé a escuchar la voz de Ceferino Namuncurá, apuntalada por el P. Mateo, mi profesor de castellano, ya que en aquella época no sabía hablar el castellano. Un poco conversando con la gente fui conversando con la gente de los Namuncurá. Ellos, por ejemplo, siempre hablan de Ceferino. Ellos tienen una gran fe en el hermano Ceferino. Su gente, creo que es una esperanza que tienen que Ceferino venga. Ellos sueñan con él, sueñan cosas muy lindas. Yo quisiera contarles lo que me decía el abuelo Juan Namuncurá. Me parece verlo y oírlo todavía. Él decía que Ceferino es uno de los hermanos que, en la Comunidad, está llegando. Y yo le pregunté por qué. Porque siempre lo estoy soñando a Ceferino. Y no sé por qué lo veo de otra forma que como sale en las fotos. Es decir, lo veo también como está en las fotos, pero de otra manera. Por ejemplo a Ceferino galopando, a Ceferino agarrando la boleadora, y de eso no hay fotos. Y hay gente que lo sueña de otras formas. Y ellos sueñan también que el espíritu de Ceferino pide volver con su gente.

Otra cosa es la de la gente mayor que le pide mucho a Ceferino por varias cosas, especialmente para que su gente pueda volver a hablar su lengua. Particularmente a mí, una de las cosas que más me hizo llorar, porque está Doña Teresa Hinal que sólo habla el mapundun, y ella en un momento del ruego le pedía a Ceferi-



El Cacique Alfredo Namuncura (hermano de Celerino) y un sobrino frente a la Capilla reconstruida en que descansaron los restos de Celerino. Fotografía del 16 de junio de 1947 (Del Volumen 5° de "Los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora en la Argentina", de CAYETANO BRUNO, Buenos Aires, 1995, pag. 74).



Monumento a Celerino en el balneario "El Condor", junto al mar, a 25 kilómetros de Viedma.

no que hiciera que los más jóvenes pudieran volver a hablar el idioma. A mí me emocionó mucho, porque es la única abuela que ruega y habla el mapuche. Inclusive había algunas abuelas que iban muy mal vestidas, como disfrazadas y pintadas, con cosas que nunca hizo el mapuche, y entonces se pedía también por ellas. Eso fue muy fuerte. Y los mapuches sienten que el cuerpo debe estar en la Comunidad. Y bueno, ojalá sea así. Y Futa Chao pueda alumbrar y lo podamos tener de vecino a Ceferino.

IRMA QUILALEO

(Junín de los Andes)

Ceferino representa para mí una gran historia, por toda la historia que lleva el pueblo mapuche. Pero, a pesar de tener tantas dificultades en la vida, de tener un compromiso grande con su comunidad, con todos sus hermanos, él pudo superar todo eso y salir adelante. Incluso cuando escuché por primera vez el nombre de Ceferino, para mí era uno más. Pero con el tiempo me fue interesando conocer cada vez más acerca de la vida de él, cómo había llegado al Colegio, quién era su familia, de dónde era. Hoy conozco la Comunidad, los parientes directos de él. Aparte conozco también a mucha gente que me ha dicho que Ceferino les ha hecho milagros, que los ha ayudado. Y siempre me decían: "Encomendate al indiecito". Y fue por eso que yo me interesé en saber quién era el indiecito. Y sí, es cierto que él tiene un gran espíritu que transmite confianza, tranquilidad. Y es como si una nunca termina de conocerlo. A mí me sucede eso. Yo día a día siento que me falta algo más para aprender. Y eso que he charlado con los parientes, con los devotos, he leído los libros que hablan de él, pero siento que es como si me faltara conocerlo mucho más. Yo tengo también a mi marido, que son muy devotos de Ceferino y era como que yo, bueno no podía tampoco dejar de invocarlo. Porque a veces uno se pregunta: ¿será tan cierto? Y sí es cierto que él nos acompaña y que escucha nuestros ruegos. Y yo no sólo lo tengo presente cuando voy a la Iglesia Católica sino que en la rogativa misma, que yo creo que todo el mundo lo tiene muy

presente. Este año, por ejemplo, fui por primera vez a la Comunidad de él, a San Ignacio, a la Misa que se le hace, y quedé asombrada de la cantidad de gente que va a esa Misa. Va muchísima gente también de otras comunidades. Y la comunidad de él, lo tiene realmente en un lugar muy sagrado. Ellos contaban que, a pesar de que siempre lo habían sentido muy cerca a Ceferino, cuando les enviaron el busto que pusieron en el cerro, sintieron algo increíble.

DOÑA CLEMENTINA HUILIPAN

(Nahuel Mapu)

Ceferino fue a estudiar y quiso ser, como decir, un santo. Pero Dios lo llamó jovencito y tuvo que irse. Nosotros le rezamos cuando vamos al Colegio Ceferino. Y sí, creo también en Ceferino, y por ahí le hacemos nuestros ruegos, lo mismo que a la Virgen María. Y pienso que fue así y es así.

LUCHO NAMUNCURÁ

(San Ignacio, Neuquén)

Para nosotros es una cosa muy sobrenatural. Porque él fue muy bueno según la historia que se cuenta, lo que han hecho los curas, pero también lo que me contó mi mamá y lo que contaba la madre de Ceferino, Doña Rosario Burgos, que estuvo sus últimos años en la Agrupación nuestra. Por lo menos, mientras él estuvo en la casa, en la familia. Después, cuando él se fue, ella ya no lo vio más. Para nosotros es algo grandioso.

Y pusimos una estatua de Ceferino arriba en el cerro, y todos los años lo recordamos, en el cerro que es también el lugar donde se hace la rogativa. Todos los años el 11 de mayo y el 26 de agosto hacemos la Misa con el Padre Mateo y viene mucha gente de toda la zona. Y también lo tenemos presente en la rogativa que se hace una vez al año.

ANGELITA CAÑICUL

(Huechuleufquen - Neuquén)

Yo, según me contaron mis parientes, soy un poco familia de él. Ceferino representa mucho para mí. Yo lo quiero muchísimo, porque es de mi raza y porque es... no, santo todavía no es, pero ¿por qué? ¿Será porque él está pasando lo que le pasó con el pueblo mapuche, que lo dejaron de lado? A lo mejor lo están marginando porque es mapuche. Yo a Ceferino nunca le he pedido nada, porque para eso yo me dirijo a la Virgen María, pero me interesa mucho más, por todo lo que él quiso hacer por mi raza.

MANUELA CAÑULAF

(Sierra Colorada)

Yo lo primero que me acuerdo es lo que leí en una Revista que hablaba de Ceferino y a partir de ahí, me quise enterar bien quién era Ceferino. Namuncurá también nosotros tenemos en el pueblo y me llamaba la atención que Ceferino tenía el mismo apellido que los viejos que teníamos allí en el campo. En Sierra Colorada, que todavía están los hijos de esta gente. Me interesaba saber si eran familiares de este Ceferino. Y así fui conociendo a través de la lectura la vida de Ceferino. Para mí, yo antes de conocerlo a través de la Iglesia, lo conocía por el apellido que era un guerrero Namuncurá, de Manuel Namuncurá. Y yo quería saber qué relación tenía ese chico con su gente, por qué había ido a morir a Italia. Así traté de conseguir la historia de él, los libritos que cuentan su vida. Y así empecé a conocer su gran vocación por traer el Evangelio a su raza. Aunque a veces no me quedaba claro, si nosotros invocamos a Futa Chao y si Ceferino fue a otra cosa que no era tan nuestra, no era tan directo en lo nuestro. Eso me preguntaba en mi juventud, cuando yo tenía diecisiete, dieciocho años. Y cuando yo fui creciendo y empecé a entender más todo esto fue con la llegada de los franciscanos, con ellos sí pude preguntar por qué este hermano nuestro había ido tan lejos y había dejado lo nuestro, y entonces los padres me comentaron que él



Fotografía de Ceferino Namuncura tomada en Buenos Aires en julio de 1904 en la "Fotografía Milanesa", antes de partir para Italia. Ceferino tenía 17 años y 11 meses.

fue un inspirado de Dios. Dios nos envió a este hermano para enseñarnos lo que era la Vida de Dios, la Vida de Jesús, la vida de Futa Chao, como decimos nosotros. Yo salgo a la mañana y le digo a Futa Chao que me ayude en esto, que me ayude en el otro... Diciéndole también a Ceferino, que es nuestro hermano. Él sabe lo que es el dolor y lo que es la alegría, que nos acompañe, que no haya tantas diferencias, que todos esos valores que se han perdido los volvamos a encontrar. Que todo eso vuelva a las familias y vuelva a nuestros pueblos. Eso es lo que yo siento y eso es lo que le pido a Ceferino. Porque es mi hermano de raza.

OLGA CURIPÁN

(Bahía Blanca)

Yo primero conocí a la familia de Ceferino por mis familiares. Los referentes de los mapuches como Calfucurá y los demás. Y a Ceferino específicamente lo conocí a través de la Iglesia, a través de los curas, dicho cariñosamente. Y por mi hermana mayor que ha estado siempre muy cercana a la Iglesia. Era la que nos transmitía el conocimiento de Ceferino. Ceferino a través de la Iglesia, no Ceferino Mapuche, digamos. A partir de allí, lo conocí y supe también que se habían hecho obras en función de Ceferino Namuncurá. Después tuve la ocasión de conocer todo lo que se ha hecho en función de un paisano nuestro, ¿no? Tan grande, ¿no? Hablar de un paisano nuestro es hablar de profunda fe, ¿no? A nosotros, los mapuches, si hay algo que nos sobra es fe. Entonces en eso creo muchísimo, en esto de acercarse con fe a este hermano nuestro, a este Peñi Ceferino. Y me parece hermoso todo lo que se hace, lo que ustedes han hecho, lo que los jóvenes hacen en función de esto. Es una manera más -como nosotros estamos en esto de difundir la cultura mapuche- es una manera más en esto de reivindicar a la gente de la raza. Creo que todos los que tenemos una posibilidad y una raza como la nuestra, a veces nos preguntamos por nuestro origen y qué podemos hacer por los nuestros. Sin duda, el más reconocido ha sido Ceferino, ¿no es cierto? En el campo que cada uno esté, en la disciplina que cada uno desarrolle, es bueno saber que puede hacer algo, ¿no? Ceferino puso un gran granito de arena por nuestra gente. Es un ejemplo. Y es un orgullo también, ¿no? Porque él es uno de los nuestros.

TERESA NAMUNCURÁ

(Agrupación Namuncurá, San Ignacio, Neuquén)

Yo ya tuve conocimiento de él, desde muy chiquita, de cuando Rosario Burgos vino a vivir a la Agrupación. Yo era muy chiquita, pero ya se hablaba y ella también hablaba de Ceferino. No siempre, porque lo trataba con mucho respeto. Pero en las fechas

de Ceferino, ella contaba cosas. Yo casi no me acuerdo ahora. Porque era chica y ahora por ahí la memoria no me da.

Nosotros, los mapuches, por lo menos nosotros, tenemos una gran creencia en Ceferino. Porque él se entregó a Dios y nos dice que también nosotros nos tenemos que entregar. Y tenemos mucha esperanza en él, porque él dijo: "Quiero ser útil a mi gente". Y nosotros, que somos de su raza, sabemos que Ceferino nos escucha y nos abre camino.

Cuando se inauguró el busto que tenemos en el cerro, se hizo una rogativa en mapuche y la gente estaba con mucha emoción.

Yo he hecho novenas y he conseguido lo que pedía. Por eso, yo digo, que estamos siempre guiados por él. Todas las rogativas las hacemos prácticamente en memoria de él. Cuando hay problemas difíciles o que no se puedan resolver, parece que con la ayuda de él, todo se hace más fácil.



1956. Don Renato Ziggotti, Rector Mayor de los Salesianos, con Anibal, hermano de Ceferino, Cacique de la Agrupación Namuncura. A su izquierda Páinefulu y otros representantes de la agrupación. A la derecha de Don Ziggotti, el Padre Inspector Carlos Pérez, luego, Arzobispo de Salta.

FRANCISCO HUILIPÁN

(Junín de los Andes)

Ceferino representa una persona y un símbolo. Es uno de los grandes del presente de los jóvenes, que ha llegado al corazón de muchos jóvenes, de muchas familias, sobre todo por la sencillez y humildad que él transmite y que ha transmitido siempre.

Lo más valioso es que es un santo (es decir, lo van a declarar algún día, porque lo fue). Es un mapuche, gente de la tierra, segundo porque es argentino, tercero porque es patagónico. Y, además de eso, es importante porque siendo mapuche, él puede dar a conocer que no son indios los que están acá. Los indios están allá, en el otro continente. Nosotros somos mapuches o aborígenes, gente de esta tierra, que nacimos y vivimos acá, mucho antes que hubieran venido los colonizadores, ya los pueblos aborígenes estaban aquí en esta tierra.

La sociedad considera a la gente mapuche, a nosotros, como que somos menos, pero a través de Ceferino se puede percibir el tacto de los mapuches, la sencillez, y que a través de eso llegan a Dios, llegan a sus hermanos y así se manifiestan, por supuesto también en la rogativa, que es la oración propia de cada comunidad y de cada mapuche.

JACINTO ÑANCUFIL

(Patagones)

Ceferino Namuncurá es alguien muy importante para el pueblo mapuche. Él estaba destinado a ser alguien con poderes especiales dentro del pueblo mapuche, hasta que Manuel Namuncurá se entregó y lo entregó a los blancos.

Pero el peñi Ceferino siguió siendo mapuche y llegó a ser de enseñanza también para los blancos. Namuncurá demuestra que también los mapuches tenemos mucho que enseñar a los blancos y a todos. Ceferino fue a aprender, con toda su sencillez, pero resultó y resulta ser, más que un niño, un anciano por la sabiduría que tuvo y que tiene. Vea, que él estaba tocado por Dios no me

queda ninguna duda. Desde chico, desde ya antes de irse de su tribu, él ya estaba tocado por Dios.

Ahora también los blancos buscan a Ceferino, todos lo buscan, porque fue un elegido de Dios. Fue alguien que, ya desde muy chico, supo respetar y adorar a Nguenechén, a Futa Chao. Él ya se daba cuenta que Nguenechén es el único Padre y Creador de lo que existe y que sólo Él, no los generales ni los presidentes, gobiernan el Universo.

Mire, Ceferino es uno que ha dejado una huella que no se va a borrar. Por eso tanta gente lo quiere y se hacen las peregrinaciones y van a buscarlo adonde están sus restos. Yo también voy a Fortín Mercedes y también he estado en Chimpay.

Y Namuncurá le responde a la fe de la gente. Yo mismo, cuando mi hija estuvo muy enferma del hígado y la tenían que operar, y ella estaba embarazada, los médicos decían que había que abortar. Pero nosotros no quisimos, porque la vida no se toca, la vida le pertenece sólo a Dios. Y ella tuvo su bebé, mi hija Milagros, porque fue un milagro de Dios, pero por el peñi Ceferino.

Por eso, no importa tanto si lo decretan santo a Ceferino, porque yo pienso que él ya es santo y lo que él no es no se lo saca ni se lo pone nadie.

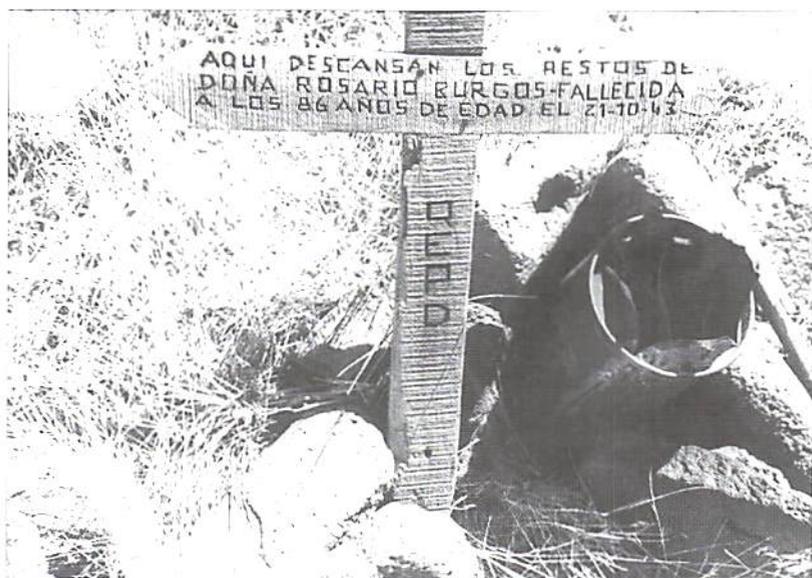
APARICIO MILLAPÍ

(San Antonio Oeste, Río Negro)

Para mí, Ceferino es, sobre todo, un ejemplo a seguir. Fue alguien que se jugó, que no estuvo mirando el partido desde afuera, sino que se puso a jugar en serio. Ceferino es un cristiano. Muchos lo ven sólo como alguien que hace gracias y favores. Yo lo veo sobre todo como alguien que vivió la Palabra de Dios, ¿no? Vivió el Evangelio de Jesús, se lo tomó en serio. Y lo vivió sin darse aires, con mucha sencillez y humildad. Yo creo que Ceferino tiene un gran mensaje sobre todo para los jóvenes. Uno es grande no por las pilchas que se pone, no por la plata que pueda tener o qué sé yo, uno es grande cuando es capaz de hacerse chiquito y servir al Señor. Lo dice el Evangelio, me parece: "Felices los que son



La mamá de Ceterino, Doña Rosario Burgos, con un bisnieto en brazos; a su derecha, Clarisa Namuncura, hermana de Ceterino; a la izquierda, la hija de Clarisa y su esposo.



Fotografía de la tumba de Doña Rosario Burgos, mamá de Ceterino, fallecida el 21 de octubre de 1915, a los 86 años. Esta foto fue tomada en el cementerio de San Ignacio (Neuquén) por el misionero Salesiano Antonio Mateos (Archivo de las Misiones Salesianas de la Patagonia, de Bahía Blanca).

como niños...”. Y Ceferino es un ejemplo para todos, porque lo que él vivió estamos llamados a vivirlo todos los cristianos. A veces, lo tenemos medio olvidado y por ahí, zas, Tata Dios nos hace una entrada para que nos demos cuenta dónde está la verdad, cuál es el camino. Bueno, Ceferino es una lucecita que Él ha querido dejarnos.

JULIO, RAFAEL, SILVIO Y JOSÉ

(Agrupaciones de Carrilil y Sañicó, zona de Junín de los Andes)

Ceferino es, para el pueblo mapuche, un santo, una cosa muy sagrada, un joven que arriesgó la vida, no tuvo temor de dejar su familia. La gente de acá le reza. En Ruca Choroi hay una imagen en el cerro y la gente pasa cuando viaja a dar gracias o a pedirle buen viaje. Le dejan plata y le prenden velas. También en la ruta de Aluminé todos pasan, para que les vaya bien en el viaje. Creen que si no pasan, les puede pasar algo.

Se le reza a Ceferino por respeto a él y para llegar a Dios por intercesión de él, para que Dios lo tenga en cuenta. Y como en Sañicó no hay Misa ni capilla, la única forma de llegar a Dios que la gente tiene son esos lugares, una Virgen o Ceferino. Los únicos que llegan ahí son los misioneros, y ellos dejaron la Virgencita para que la gente le rece. En Ruca Choroi los evangélicos a veces pasan a sacar la plata y romper todo.

Nosotros le rezamos y la familia también. Yo lo hago cuando paso por la ermita. Algunos le rezan también en la Rogativa. Por ejemplo en San Ignacio, porque son sus familiares. En otras comunidades no es así, puede ser porque no conocen la historia. Los viejos pasan y le rezan en mapuche solamente a Dios.

* * * *

Éstos son tan sólo algunos de los testimonios que hemos podido recoger. En realidad, hay una riqueza grande en el testimonio de fe del pueblo mapuche. Y ellos entienden (en su mayoría) que

la religiosidad mapuche de Ceferino los predispuso favorablemente a la sabiduría cristiana.

Valdría la pena, en un próximo trabajo, afrontar esta temática más específicamente, porque la “gente de la tierra” tiene todavía mucho que decirnos.

Índice

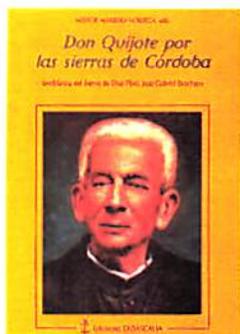
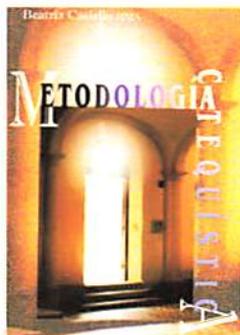
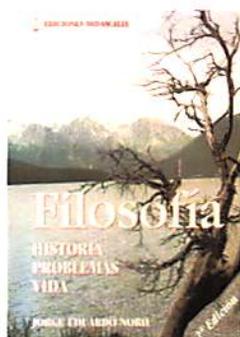
<i>Presentación</i>	5
<i>A manera de Prólogo</i>	7
<i>Introducción</i>	9
<i>Capítulo 1</i>	
La tierra y la gente de Ceferino Namuncurá	15
<i>Capítulo 2</i>	
La llegada del Evangelio.....	31
<i>Capítulo 3</i>	
Los antepasados.....	45
<i>Capítulo 4</i>	
Chimpay, la tierra del nacimiento	57
<i>Capítulo 5</i>	
Viaje hacia la cultura huinca	73
<i>Capítulo 6</i>	
Ceferino en Buenos Aires	85
<i>Capítulo 7</i>	
Ceferino en Viedma	99

<i>Capítulo 8</i>	
Ceferino en Italia	119
<i>Capítulo 9</i>	
La memoria de Ceferino	137
<i>Capítulo 10</i>	
Ceferino, en el hoy de nuestra historia	147
<i>Capítulo 11</i>	
Espiritualidad de Ceferino	157
<i>Capítulo 12</i>	
La voz de los mapuches	183

COLOFÓN

- Este libro, que escribió RICARDO NOCETI y que publicó Ediciones DIDASCALIA, se terminó de imprimir en los talleres de la Escuela de Artes Gráficas del Colegio Salesiano "San José" (calle Presidente Roca 150) de la ciudad de Rosario de Santa Fe (República Argentina), en el mes de junio de 2000. Año Santo del Gran Jubileo.
- Diseño y composición: Estudio Marta Pereyra
Tel./Fax: (0341) 4484278, de Rosario de Santa Fe.
- Corrección de pruebas, selección de ilustraciones y cuidado de la edición: Néstor Alfredo Noriega.

*Para gloria de Dios. Y para favorecer el conocimiento
y la imitación de las virtudes del
Venerable CEFERINO NAMUNCURÁ.*



EDICIONES DIDASCALIA

OBRAS PARA LA EVANGELIZACIÓN Y LA CATEQUESIS
Presidente Roca 150 - 2000 Rosario (Santa Fe) Argentina - Teléfono y Fax (0341) 4480225

75 obras divididas en estas **14 COLECCIONES**

1. Colección "*Catequesis y Liturgia de los Sacramentos*". 8 obras de HÉCTOR J. VALLA.
2. Otras Obras Catequísticas de HÉCTOR J. VALLA. 9 obras.
3. Colección "*Estudios Documentales sobre la Evangelización Americana*". 11 obras del Dr. CAYETANO BRUNO.
4. Obras Catequísticas de la Hermana BEATRIZ CASIELLO. 4 obras.
5. Obras Catequísticas del P. NÉSTOR J. GASTALDI. 2 obras.
6. Colección "*Documentos catequísticos*". 1 obra.
7. Colección "*Educación de Adolescentes*". 4 obras.
8. Colección "*Madre de Dios y de los Hombres*". 4 obras.
9. Colección "*Narrativa Cristiana*". 12 obras.
10. Colección "*Creo en la vida eterna*" (El ocaso cristiano de los próceres). 3 obras del Dr. CAYETANO BRUNO.
11. Colección "*Testigos de Dios y Hermanos nuestros*". 6 obras.
12. Colección "*Ecumenismo*". 1 obra de JUAN ANTONIO SELLE.
13. Colección "*Poemas con el Hombre, el Universo y Dios*". 7 obras.
14. Colección "*Catequesis de Adultos*". 4 obras.

INFORMES Y PEDIDOS

Ediciones DIDASCALIA

Presidente Roca 150 - 2000 Rosario (Santa Fe) Argentina - Teléfono y Fax (0341) 4480225

RICARDO NOCETI, sdb.



- Sacerdote, salesiano, argentino, nacido en la provincia de Río Negro. Pertenece a la Provincia Salesiana "San Francisco Javier", con centro en Bahía Blanca.
- Ha publicado artículos en CRITERIO, DIDASCALIA, ACTUALIDAD PASTORAL... Dirige también el **Centro de Comunicación Popular para la Patagonia**.
- Es autor de estas obras: **Disponibles para el Dios que salva** (Editorial Don Bosco, Asunción del Paraguay); **La ética de la liberación en Enrique Dussel** (Editorial Goudelias); **Jugarse por Dios. La santidad en nuestros tiempos**. (Ediciones Didascalía, 1995); **Diario de un camionero** (Ediciones Ceferino Misionero); **Mateando con Dios** (Charlas sobre la fe de un hombre de campo).
- Es director de la revista **Ceferino Misionero**.
- El padre Ricardo ha sido director de estudios y superior de algunas Comunidades Salesianas en la Patagonia. Actualmente desarrolla su apostolado en Bariloche.
- Meduloso en sus conceptos y de una expresión directa y sobria, su palabra oral y escrita es muy solicitada y ávidamente escuchada o leída.
- Es un notable estudioso de Ceferino y de la cultura mapuche, y un infatigable apóstol de las actuales comunidades aborígenes de Río Negro y Neuquén.



Ediciones Didascalía

OBRAS PARA LA EVANGELIZACIÓN Y LA CATEQUESIS

Presidente Roca 150 - 2000 ROSARIO (Argentina)

Teléfono y Fax (0341) 4480225